Regiones Encadenadas

Presagios Vespertinos, Volume 1

Eli Key

Published by Eli Key, 2024.

This is a work of fiction. Similarities to real people, places, or events are entirely coincidental.

REGIONES ENCADENADAS

First edition. October 5, 2024.

Written by Eli Key.

Also by Eli Key

Cascadas de Perlas Zafiro

Alyséth: Crónicas de Magia y Guerra

La Prisionera de las Mil Noches

Corazones Entrelazados

Un invierno cualquiera en Newport

Erase una vez en el festival del queso rodante en Gloucester

Decepciones y Causalidades en Leeds

El atardecer del último día de otoño

Presagios Vespertinos

Regiones Encadenadas

Cuando caen las Sombras

Clérigos y Guardianes

Standalone

Cuando el corazón siente la obligación de continuar
Por muy difíciles que sean las cosas...
Cómo escribir un libro
Decisiones de Acero
El secreto de la niña de madera

A mi papá que me llevó al colegio a lo largo de toda la secundaria

Regiones encandenadas nació de la voluntad de escribir una novela ligera y de la mezcla con otra que redacté con el título La leyenda del rey cuervo: El último circasiano



Prólogo
PRIMERA ODA



¿Dónde están las contemplaciones divinas,
los marcos de los indiscutibles centuriones,
cuyas hazañas rebotan en los años?
¿No es esta la Tyneple forjada en fuego,
en orgías de pasiones mentales,
que vestían de encajes de seda,
de suave raso y finas bandejas de plata?
Sirven las copas ufanadas de vino,
el aroma de los asados, de la carne,
el rigor de las mesas, los invitados,
y las miradas que acechan en las esquinas,
Oh, si, ellos ríen, tiranizan y ríen,
cubren los campos de sangre,
de hiel y muerte y ríen de valor,
de arrojo, por sus envenenados dardos,
que han impuesto como coronas,
sobre las trémulas cabezas de los vencidos,
Más allá, en el poste de los aderezos,
en las recámaras de aseo,
donde las damas parlotean frente a los nobles,

en los pasillos de mármol, de granito,
frente a la arquitectura de un mundo,
plagado de injurias, deseos y ambiciones,
estallan las traiciones, las manos se ensucian,
lo sádicos parroquianos de la alta estirpe,
quiebran los dominios de otros,
y Tyneple es sodomizada,
arden los fuegos extraños, no hay veredicto,
se usurpan los mandatos a través del puñal,
y la sensualidad ya no es lírica ni gentil,
el amor perece por un alto precio,
la burguesía triunfa sobre todos, ellos,
ríen bajo los arcos de la inmoralidad y el desdén,
y los palacios se cubren exquisitos festejos.
Las esculturas alaban a sus amos, a sus dioses,
pronto dejarán esos atavíos y vestirán otro,
uno que mancillaran a un despojado cordero,
maniatarán las verdaderas enseñanzas,
y quebrarán los pactos antiguos,
El Justo Nombre de lo verdadero será pisoteado,
porque habrán descubierto, la nueva mortaja,
el látigo que podrá dominar, extenderse,
en ríos de sangre, en ríos de conquista,
cómo herejes endemoniados, como verdugos,
y de nuevo reirán, se sentirán en la cúspide,
persiguiendo a inocentes, destruyendo los hogares,
escupiendo,
sobre los rostros de las madres subyugadas,
mientras las niñas son violentadas, acosadas,
en medio de risas, de juicios que ellos mismos,

inventarán, con la excusa de ser los elegidos,
los heraldos de una orden superior,
Todo lo cubrirán de deshonra, de feroces castigos,
todo lo harán, bajo el criterio de una religión autoimpuesta,
en nombre de algo que nunca les perteneció,
Su banalidad los ha encarcelado,
pronto recibirán su merecido,
el juicio divino espera a sus puertas,
y el antiguo y verdadero fuego,
ese que consume las rocas y el agua,
los convertirá en cenizas,
Y entonces el gran templo de oro,
de mentiras e idolatría,
se vendrá abajo,
la desolación visitará esa tierra,
la libertad enseñará sus dientes,
y el lobo que se escondía,
detrás de esa túnica de finas sedas,
huirá lejos, vencido y deshonrado,
¿Cuándo será eso?
Nadie lo sabe,
pero el pacto perpetuo,
convertirá en ruinas ese oscuro santuario de muerte.



LOS ETHONNIS



El territorio se presentaba hostil, severo, inapropiado para cualquiera que no estuviera acostumbrado a sus recovecos. Y los animales que los poblaban, eran en extremo peligrosos. Cualquier cosa peluda y con dientes agudos podía salir detrás de algún follaje.

La loba líder de la manada —cuyo número de miembros se contaba por cincuenta; de los cuales, treinta eran machos y veinte hembras; avanzaban con cuidado a través de la floresta.

Cuatro musculosos lobos que tiraban de un viejo carromato cuya carga estaba cubierta de pieles de oso—; habían distinguido a lo lejos, las sombras de los primeros árboles del Bosque Sereno.

La veterana líder, había enfatizado en sus instintos, que aquello podría considerarse como una salida del abrazador desierto; una solución al problema del sol, la sed y de las incontables horas que arañaban sus cuerpos; incluyendo los fríos vientos que se descolgaban por las noches. Sin embargo, también era consciente, que dicho territorio, de seguro que estaría plagado de bestias y otros nativos propios del lugar.

Los enormes lobos que halaban el viejo armatoste, tras dejarlo detrás de unos árboles, se movilizaron en parejas junto a otros cuatro, para estudiar el peculiar páramo agreste.

La líder procuró ser la primera en avanzar, pero estaba demasiado debilitada como para formar parte de una expedición. Se replegó y se recostó sobre unos mullidos arbustos. Nadie rebatió su decisión. Por otro lado, la necesidad de hallar agua era primordial y más urgente que cualquier otra cosa.

Olfateó en el aire en busca de amenazas cercanas. No pudo percibir nada. Nada que le indicara que los suyos pudieran estar en peligro. Sintió la impotencia de no poder moverse, de no poder ir con ellos. Pero uno de los miembros de la manada, se movió en su dirección y se acurrucó a su lado. Una hembra joven que se limitó a gimotear, en un intento por calmar los nervios de su líder que murmuró complacida por el gesto.

No muy lejos de ahí; otra situación se suscitaba como imprevista. Una pequeña dotación compuesta por hombres y mujeres, se aproximaba también a las puertas del mencionado bosque. Un nutrido grupo de esclavos tiranizados por un veterano de voz aguda y chillona, se colaba por el sendero, liderando a una facción de guerreros y amazonas que custodiaban varios carros que contenían diversos equipamientos, así como prisioneros entre otras cosas.

Esclavos y esclavistas. Acarreadores guiando a caballos tan desnutridos como ellos mismos. Y los prisioneros encadenados unos, moribundos los otros.

La guarnición de infantería avanzaba impulsada por el látigo del presunto jefe de coalición que se abría camino entre gritos y reproches, rodeado por las insoportables moscas que zumbaban enloquecidas. Detrás de él, los mercenarios y otros rejuntes de guerra, cabalgaban con prudencia entre el llano polvoriento y la nueva vegetación que se extendía delante. Lo hacían abrazados por el sudor y el deseo de llegar de una buena vez a las tierras que conocían.

El día continuaba siendo agobiador. Y el sol pegaba tan fuerte con sus ramalazos de aire caliente que sacudía los nervios de algunos. La sequedad árida de los follajes, parecía alargarse hasta las ramas y las hojas de los inmensos árboles que permanecían incólumes frente a la odisea del desierto.



—¡VAMOS PERROS CARROÑEROS —dijo el guardia-cárcel, empujando a un grupo de esclavos desgreñados y cultivados en el peor de los castigos brutales de la tortura y el encierro—

¡Muévanse malnacidos! Debemos llegar cuanto antes a la arboleda de allá —señalando a las inmediaciones del bosque Sereno.

Su boca se movió en un gesto de desaprobación. Las llagas por la deshidratación le partían el rostro y le secaban cada vez más la boca, toda cuarteada y blanca.

«Debería estar en los senderos, protegiendo a las yeguas de los vicarios y revolcándome con las novicias nuevas. No aquí, con estos idiotas descerebrados.»

El obispo encargado de supervisar las tareas de los esclavos y esclavistas había notado irregularidades en los envíos que provenían desde la costa este, más precisamente, de los puertos de Alshor, cercana a la próspera New Holand; por donde una gran cantidad de tráfico de especias, minerales, telas y armas se comercializaban bajo el escrutinio vigilar de los Cónsules Tenhadrem.

Dicho vicario, presumía que posibles saqueadores podrían llegar a tener algún tipo de alianza con los transportadores. A tal motivo, Niphon, a quien apodaban: Kaliel, el guardia-cárcel de las Mazmorras Negras en la fortaleza de Tyneple, fue escogido para investigar este asunto; en especial este envío que se consideraba urgente con importancia diplomática.

¿La razón?

Un guerrero que se adjudicaba el título de rey heredero a la corona de Amisbialth, había sido capturado, y era menester que llegara con vida a las fronteras del reino de Tyneple.

«Condenado obispo. Me he secado la cabeza procurando que todo este cargamento llegue a buen puerto. Descontando que debimos combatir con los sabuesos de las praderas, y las salvajes Orquidem de cabellos rizados.»

Al recordarlas, su reseca lengua se movió con lujuria por su boca.

«¡Cómo me gustaría echarle mano a una sola de esas arpías! No imagino el placer que me daría poseerla toda una noche. Las haría aullar de placer.»

— ¡Con mil rayos! —expresó golpeando a uno de los acarreadores. Levantó su mano para alcanzar una pesada correa trenzada que se hallaba por detrás de su espalda—. ¡Vamos, inútiles pordioseros! ¿Para qué reciben su paga? ¡Muévanse!

Pero los designados a cuidar de las jaulas que contenían hombres y mujeres sobrevivientes de la Primer Emancipación —una trifulca que habíase originado tras el derrocamiento del gobierno circasiano—; y conjurados por un acechante peligro que enturbiaba los ánimos, se movieron hacia la izquierda del grueso del contingente, para otear lo que había más adelante. El guardia-cárcel notó el extraño movimiento y también levantó su cabeza, arrastrado por la repentina curiosidad, de saber qué era lo que estaban viendo.

— ¿Qué demonios? —dijo pasando el dorso de la mano sobre sus agrietados labios—. ¡No solo el calor, también lobos ahora! ¡Lobos! ¡Con mil rayos!

Bekum de Stroglia estaba con una pierna cruzada sobre la cruz de su montura. Se apoyaba sobre la rodilla con su codo, mientras esgrimía desconfianza y apatía a todo lo que representaba en la vida del viejo guarda-cárcel. La espada de doble filo aserrada, se escondía en su vaina sobre su espalda. Todos o la mayoría de los que lo acompañaban en esa peculiar facción de esclavistas, lo conocían bien. Y todos lo trataban con respeto.

Bekum, que vestía una cómoda armadura de plata y acero, era adepto al vino, a la cerveza y las mujeres. Vivía la vida con prudencia y desapego. A pesar de que, en más de una ocasión, su temeridad lo hacía rozar el velo de la muerte entre carcajadas y burlas que arrojaba a sus enemigos.

Pero también odiaba perder el tiempo. Mucho más, odiaba tener que vérselas con animales salvajes. La brizna que sostenía con sus dientes se rompió al distinguir la manada de lobos al frente del bosque. Supo que eso no era una buena señal. Su semblante coriáceo se tensó en un despreciable gesto de fastidio.

—Porquería —dijo escupiendo al suelo—. Tengo sed, estoy hambriento y todavía debo lidiar con estos carroñeros—. ¡Kaliel! Soy un mercenario y no un mata lobos ni nada parecido. Envía a otros o me devuelvo por donde vine.

—No tengo a nadie más, tozudo de melena larga —gruñó Kaliel con soberbia, en tanto bebía de lo que quedaba del agua en su pellejo—. Solo a ti y a tus hombres. Duplicaré la paga si te deshaces de ellos. Deja de quejarte y haz tu trabajo.

Por arriba de la boca del mercenario, una clara y vieja cicatriz, se abría camino desde el labio superior hasta su mandíbula. Un recuerdo con un rabioso lobo de las Estepas Florianas. De ahí su desdén para vérselas con estas criaturas.

— ¡Púdrete viejo cascarrabias! Haré el maldito trabajo y más te vale que me consigas doble ración de carne y cerveza, además de mi pago.

— ¡Jajaja! —resonó la exclamación—. No eres más que un metiche maloliente que nadie contrata, excepto yo. No dejes que esos perros llenos de garrapatas te alcancen o no tendrás nada de eso.

—Muérete infeliz.

Uno de los subordinados de Kaliel, resopló resentido sobre su puño. De gran estatura, cubría sus lomos con una armadura de hierro y cuero. Murmuró por lo bajo y se adelantó al grupo.

—Iré primero —dijo sin mirar a nadie.

—No te descuides, Moren —observó su líder—. Haremos lo de la última vez. El fuego siempre gana contra estos montaraces.

—Y la carne chamuscada nunca cae bien entre los de su especie.

—De ninguna manera retrocederán —expresó interviniendo un larguirucho espadachín vistiendo de negro, con una increíble espada larga sobre su espalda.

—Que se pudran, perros estercoleros y sarnosos —dijo una mujer que vestía apenas unas prendas, y sobre las mismas, una armadura de cuero y hierro. Llevaba, además, unas calzas negras y unas botas largas hasta por encima de las rodillas con abrazaderas y unas cadenillas de acero por encima del empeine, similar a las amazonas del norte. La armadura, desde la cintura y por debajo de su cinturón donde pendía varios puñales cortos, dejaba caer una especie de vestido de cuero fino corto a los muslos. Sus cabellos cortos se encontraban sucios y llenos de tierra. Su rostro curtido por los desiertos, dejaban entrever varios rasgos femeninos atractivos a la vista. Sonrió despectivamente, mientras devoraba un trozo de carne seca.

—Runely —así se llamaba la mencionada amazona—, llévate a tres de tus hermanas; y junto a Moren, rodeen las bestias o vean que clase de trampa es mejor para deshacernos de ellos.

— ¡Porquería, Kaliel! Siempre nos mandas al frente.

—No discutas, mujer. Tu paga espera, también. Solo, no pierdas tus bragas.

— ¡Móntate a tu chiva loca, mercader de esclavos!

— ¡Y si tú me invitas primero y yo te pago después?

—Condenado imbécil, no te pases o no me importará para quien trabajas.

—Bromas aparte, amazona. ¡Ve y haz lo tuyo!

—De seguro tu madre te dio a los burdeles para que te críen.

Kaliel se carcajeó con fuerzas, y se dedicó a revisar las jaulas. Una en especial fue a la que le dedicó más atención. Esta llevaba cadenas por dentro y por fuera. En el interior, un enorme guerrero se hallaba sentado a modo turco, viendo hacia el contingente que partía rumbo al encuentro con los lobos. Vestía una chamarra de cuero larga de color marrón oscuro trabajada a mano. Pantalones de cuero y un par de botas. Sus manos encadenadas no le impedían moverse, y, aunque el reducto resultaba no ser pequeño, la poca movilidad lo llevaba a sentarse o verse recostado sobre el suelo de madera. La jaula estaba construida con barrotes de acero de cuatro centímetros de diámetro y con poca brecha entre uno y otro. Medía dos un metro y medio de alto por dos de ancho y dos de largo.

—Todavía no puedo creer que tú eras la razón principal del envío —repuso Kaliel—. Y a pesar de que no logramos hallar esas irregularidades de las que tanto se hablaban, sospecho que todo se debía a un acto fingido por parte del obispo con tal de que me trajera a los mejores para tu traslado —bufó con sorna—. Desgraciados clérigos, esto debía ser una acción militar. Pero al camuflarse con un ordinario tráfico de esclavos, nadie podría presumir que traeríamos al mismo rey de los picos helados con nosotros. Si supiéramos por las penurias que debimos atravesar para dar contigo, no...

—Hablas y chillas como una vieja, viejo fanfarrón —gruñó el hombretón.

—Perro engreído, ya verás el trato que te dan los idiotas de la corte.

— ¿Eres uno de ellos?

Kaliel pateó uno de los barrotes y escupió hacia adentro.

—Mófate todo cuanto quieras. Cuando lleguemos, no te quedarán ganas de hacerlo.

El guerrero no contestó. Su vista estaba puesta en la delantera. Recogió un pedazo de manzana y le echó un mordisco. Un gruñido de satisfacción brotó de su boca.

—Cretino estúpido, siquiera te das cuenta en el aprieto en el que te encuentras.

Bekum de Stroglia, parpadeó inquieto y desmontó pocos metros antes de llegar a una pequeña elevación de abundante follaje. El viento del desierto había estado soplando sin cesar a lo largo de todo el día, levantando polvo y tierra e inundando los alrededores con su insoportable calor.

Runely se apeó también de su montura y flexionó sus macizas piernas hasta colocarse en cuclillas. Bekum como al descuido le echó un ojo al fondo de las calzas de la amazona quien no se dio por enterada del vistazo que acababa de recibir por parte del osado guerrero.

«Menuda curvatura hay allí adentro. Debes gritar como una loca si alguien te llega a rozar con menudencias y pasión. Por supuesto, en caso de que ese alguien sea lo suficientemente audaz y capaz de acercarse a ti, y no termine de cabeza en algún abrevadero.»

Su pensamiento le arrancó una sonrisa. Enseguida puso una rodilla en tierra, y clavó en el húmedo suelo, el extremo de su lanza corta y pesada.

—Muy bien, ahora veamos a nuestros amigos de piel negra y dientes amarillos.

Paseó con su mirada al grueso grupo de lobos que se hallaba a unos doscientos metros. La manada se mantenía quieta, inquiriendo en dirección de la facción. Atentos muy atentos. Con sus ojos rojizos, con el cruento peligro de sus colmillos y el filo de sus garras.

Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir la fuerza que despedía esa oscura realidad. Una fría y viscosa realidad. Y él temía esa furia ofensiva cuando esta se desataba.

Remolinos de tierra y hierba se elevaban por aquí y allá. Y por todas partes se oía la vida que rebullía en los múltiples recovecos del interior del bosque.

«No he olvidado el acre aliento de la bestia que me rasgó la cara. Y en estos momentos, el hedor de todos ellos me llega hasta aquí. Y no solo son del tamaño de un ternero; son muchos más de lo que imaginaba. Sería una estupidez enfrentarnos a campo abierto. No. Tiene que existir otra manera.»

—No creo que nos ataquen —dijo Runely acercándose despacio al observador—. Sospecho que más bien desean descansar del calor ardiente del desierto. Todo indica que solo están tomando un respiro.

La fragancia que desprendía la amazona no resultaba ser el asqueroso olor a grasa de potro, ropa vieja y cerveza rancia, que ciertas amazonas solían portar sobre sus cuerpos con el único fin de mantener alejado a los hombres.

No. El de ésta, asumía a madreselva y peonías. Más allá de lo desquiciada que podría llegar a ser dicha mujer, tal revelación de fresco aroma le despertó la curiosidad, así como el interés.

— ¿Qué te hace pensar tal cosa? —respondió sin dejar de ver a la manada.

—Mira aquella loba. La más grande, la que se encuentra en la retaguardia del grupo. Parece agotada y hasta enferma, sin embargo, sigue siendo la líder; de otro modo, hace ya rato que la hubieran dejado abandonada. Lo cual es extraño. Pero no viene al caso. Presta atención. ¿Alcanzas a ver como la rodean? De seguro están a la búsqueda de algún paraje donde puedan establecerse. Lo que nos conviene, por cierto. Porque aún no han marcado territorio. Intuyo que, si no los molestamos, nos dejarán pasar. Después de todo, el camino se abre en dos. Uno que atraviesa el bosque, y el otro que podríamos tomar, en caso de rodearlo. Lo cual me parece acertado y prudente. Y agradezcamos que no es invierno, es cuando más enloquecidos están por causa del hambre. Sostengo que deberíamos dejarlos en paz y... seguir con lo nuestro; lejos de ellos, muy lejos.

—Pienso que deberíamos atacar y eliminarlos a todos —interrumpió el espadachín uniéndose a la plática.

—No puedes ser menos idiota, Gelmeth —repuso Runely con enfado—. ¿Por qué rayos haríamos tal cosa, si no han arremetido contra nosotros ni tampoco parecen tener intenciones de hacerlo?

— ¿Quién dijo que no lo harán?

—Tú solo matas por diversión sin antes saber de nada, cerebro de mosca. Si hubieran decidido venir por nosotros, ya lo habrían hecho muchos antes de que nos acercáramos.

—Con más razón, bruja —Runely se puso de pie con rapidez—. Deberíamos tomar la iniciativa antes que ellos lo hagan. Un lobo muerto, es una muerte menos para alguien.

—Todavía no lo hemos decidido —replicó Bekum, sintiéndose fastidiado por la demora e interponiéndose entre ambos. Dejó la lanza en el lugar y se replegó unos pasos—. Tengo las intenciones de llegar vivo y a salvo a la ciudad de Tyneple. Esta expedición llevará las de perder si no tomamos el recaudo necesario para que así sea.

—Ve al punto —dijo Moren desmontando de su caballo.

—Un encontronazo con los lobos nos dejará a todos exhaustos, heridos y hasta de seguro, matarán a algunos de los caballos. Porque sin importar si vamos de frente, ellos buscarán al resto para infringir el mayor daño posible. Atacarán a los acarreadores, a los esclavos; y sin los primeros, no podremos llevar el cargamento a buen puerto. Y eso no solo nos retrasará, sino que podríamos perder lo que mucho nos ha costado conseguir. Y con toda franqueza, quiero mi paga —buscó su recipiente con agua y bebió un poco. Pasó el dorso de la mano por la boca y asintió decidido—. Largarme del mando de Kaliel y aventurarme a otras regiones más pacíficas es lo que pienso hacer no bien ponga un pie en el reino. Estoy harto de todo esto.

Rodearemos el bosque. Eso es lo que haremos. Decididamente, este es un signo al que prestaré mucha atención.

—Cobarde —dijo el espadachín al que no se le objetaba nada en la vida excepto el de haber trabajado siempre como traficante de esclavos. La vida para él no representaba nada. Su espada era su existencia y con ella obtenía lo que quería, y lo que no, se lo dejaba a los perros.

Un coro de aullidos lo llevó a volverse con rapidez hacia donde se encontraban los lobos. Todos fueron conscientes del sonido y las manos volaron hacia las empuñadoras de las armas. Bekum regresó por su lanza.

La manada se había desplegado sobre el terreno como una gran sombra oscura, pero en silencio y sin perder de vista a la guarnición de exploradores.

Gradualmente, el atardecer ya descendía sobre todos.

—Deberíamos incendiar el bosque y ahuyentarlos con eso —instó el espadachín, mientras estudiaba a la manada que se movía hasta conformar un semicírculo—. Si no hacemos algo, nos atacarán en cualquier momento. En cambio, podremos dar tiempo a los nuestros a que se parapeten, entonces...

—Tienes miedo, guerrero —dijo interviniendo Runely, al tiempo que sonreía despectivamente.

— ¡Vete al carajo, amazona! Si seguimos esperando más, perderemos el factor de la iniciativa. ¡Bekum! Sabes que tengo razón. Tú mejor que nadie eres consciente de lo irracional y hasta inútil que significa lidiar con estos animales.

—Los lobos están quietos —dijo Bekum por fin y resuelto a sostener su postura. De ninguna manera caería en la idea de iniciar un conflicto en estos páramos. La opción de Runely le resultaba ser la más acertada—. Los dejaremos en paz. Tomaremos el camino alterno y rodearemos el bosque.

El espadachín rumió algo por lo bajo y apartó de un empujón a una de las amazonas. Como un felino, ésta se volvió hacia él; pero Runely la detuvo.

—Déjalo con su veneno, Nhea. Al ritmo que va, de seguro encontrará su propia muerte muy pronto.

—Por muy acertada que sea tu resolución, Bekum —expresó Moren—; Kaliel es quien tiene la última palabra.

—No combatiré a los lobos. Es lo que opino. Y le valdría aceptarlo.

Bekum percibía la impaciencia de todos en el aire, así como el enojo por cualquier cosa. El largo mes que había durado la expedición había terminado por dejar huellas de tensión en toda la comitiva. Hacía un par de años que cumplía con su profesión de mercenario y jamás se había acostumbrado a tra-

bajar en grupos que eran liderados por quisquillosos comandantes que cumplían órdenes de ciertos puestos jerárquicos en el reino. No obstante, y como buen guerrero a sueldo, percibía que había algo más en la captura del desconocido guerrero de las oriundas Estepas Luviales. Presentía que toda esa exagerada cantidad de cadenas, significaba algo mucho más grande que transportar a un simple prisionero de guerra de un reino a otro. Un asunto que ponía nervioso a Kaliel y a su tropa de furibundos carceleros. Llevando a que Bekum, de igual modo, se sintiera todavía más incómodo al respecto.

Llevaba trabajando para Kaliel, más o menos un año. Y desde un principio, para nada estuvo de acuerdo con la forma de proceder de ese guardia-cárcel, tan maniático y degenerado como era. Como cierta vez cuando fueron hasta las costas del Mar de Alejandro, a recoger un cargamento de plata y cobre para las refinerías de la ciudad. El proceder de Kaliel con ciertas aldeanas terminaron por asquearlo. Al sujeto poco y nada le importaba profanar a mujeres extrañas sean estas doncellas o casadas. Y el maltrato que recibían de su parte, originaba gritos y fuertes gemidos de dolor que solían escucharse por horas en el interior de su tienda. Definitivamente, odiaba ese tipo de comportamientos tan arraigados al salvajismo como al abuso sin sentido.

En aquella ocasión, para evitar escuchar los terribles lamentos de aflicción al que eran expuestas las pobres desdichadas. Recogió sus cosas y buscó las cercanías de un solitario arroyuelo a unas cinco leguas de aquel obtuso libertinaje, al cual Kaliel, solía dar rienda suelta junto a sus hombres, los sacerdotes de la Emancipación.

Y al ser un enviado del Obispo del santo concilio, nadie intentaba oponérsele. ¿Quién osaría levantar una palabra de juicio en contra del odioso comandante que representaba la ley religiosa de los santos Edvanios de la noble Tyneple?

«Emancipación demoníaca había dicho por ese entonces. Siervos de la inquisición desmedida cuya crueldad no conoce límites. Cumpliré con mi convenio pactado con la corona y me largaré. Juro que lo haré.»

Al presente, todo parecía resultar diferente. El edicto para atrapar al misterioso guerrero le ocasionaba cierto recelo. La cuestión conformaba un cuadro perplejo y misterioso al mismo tiempo. Por cuestiones que escapaban a su voluntad, Kaliel había dictaminado que debían regresar cuanto antes a la primera capital. Entregar al prisionero y despedir a los involucrados en el incidente. Los días no resultaron ser los mejores. Hubo peligros que enfrentar, y muertes que afrontar. Vidas que se perdieron y que no recibieron un entierro digno. Combates con forajidos y batallas contra bestias erizadas de dientes.

No. La cruzada no había sido para nada solícita ni mucho menos favorable para algunos. Bekum mismo había discutido con Kaliel acerca de traer los cuerpos para que sean regresados a sus familiares. Pero este había objetado que ningún caído en batalla debía ser traído. ¿Qué tipo de urgencia ameritaba este tipo de postura tan insensible como incoherente?

Para colmo de males, ni una brisa corría por los alrededores del Bosque Sereno. Y durante toda la mañana, su instinto le indicaba que no había nada bueno en esa expedición. Cada vez más fuerte se hacía esa sensación. Runely también lo presentía. Notaba que algo extraño flotaba en el ambiente. Y en tanto se alejaba del grupo, se volvió hacia Bekum y percibió

que éste la miraba. El rostro de la amazona fue inexpresivo, sin gesto alguno. Pensó, tal vez sería posible que pudiera conversar con él de este peculiar síntoma que había comenzado aquejarla. Y se alentó a que, a la primera oportunidad, le compartiría aquel extraño presentimiento. Quizá entre los dos, podrían llegar aclarar algo de lo que allí estaba ocurriendo. Después de todo, Bekum era de confianza. Continuó su camino, meneándose leve y provocativamente, sonriendo para sus adentros. El guerrero no desvió su atención de lo que le interesaba en esos momentos. La miró sin vergüenza. Después de todo, él era un hombre, y ella, toda una mujer debajo de esa tosca y rebelde actitud de amazona.

«No me engañas Runely. Finges ser dura y apaleas a muchos para que no te molesten. Pero en el fondo, estás buscando que alguien pueda domarte.»

—Tenemos un largo camino por delante —precisó Moren—. Al rodear el bosque, eso nos llevará día y medio hasta que alcancemos el primero de los valles secos. Y desde ahí, otros dos hasta la frontera con nuestro reino.

—Tu reino, viejo estepario —repuso el aludido que continuaba viendo a Runely, a la vez que ojeaba el trasero de ésta que se veía relleno por debajo del corto vestido de cuero—. Yo no lo tengo. Lo mío son los caminos y esas... maravillosas posaderas de los lagos de Einhanfil de senos pequeños, y no las cabras sueltas que se regodean en la corte, frente a los gordos cubiertos de vino y cordero.

La carcajada estalló alegre y prolija en esas horas. Varios lobos levantaron sus cabezas al escucharla.

Kaliel, deshecho por la espera que se estaba volviendo interminable, decidió ir a investigar. En el camino se topó con Runely y su grupo de amazonas.

—¿Qué ocurre? —dijo aprehensivo.

—Rodearemos el bosque —repuso con firmeza la aludida—. Será lo mejor. No podemos exponernos a combatir contra esa enorme jauría.

Kaliel pareció que iba a decir algo, pero espoleó su caballo en dirección de Bekum y los demás. Rodear el lugar le llevaría mucho más tiempo para llegar a Tyneple. No estaba dispuesto a aceptarlo.

—¡Bekum!

—Daremos un rodeo, Kaliel. Hacerles frente sería una mala apuesta. Según Runely, solo están de paso, en busca de un territorio para establecerse.

—¿Piensas hacerle caso a esa mujerzuela?

—No fue su decisión —objetó Moren—, sino la de él. Y confío en los instintos de ambos. El fuego o cualquier ataque solo los molestará y el asunto se tornará desfavorable para nosotros.

Kaliel parecía no querer oír nada de lo que su subordinado estaba diciendo. Miraba el vasto bosque y lo bien que vendría descansar un poco.

—No...; es demasiado. Allí adentro podremos encontrar agua y hasta un buen refugio para cuando llegue la noche. No dejaré que esos animales me cierren el paso.

—¿No has escuchado lo que te hemos dicho? —reclamó Bekum.

—¡Gelmeth, haz que preparen las antorchas y diles a los arqueros que se apresten para la batalla!

— ¡Kaliel! ¿Has perdido la cabeza? ¿No has visto lo numerosos que son? Terminarán por hacernos pedazos.

— ¡CÁLLATE BEKUM! —gritó con sus ojos encolerizados. Al siguiente, hizo un gesto con sus manos en actitud de calmarse—. Solo cállate. Y déjame a mí, dar las órdenes. ¡Moren, haz tu trabajo! ¡El resto que conforme un círculo con todos los carros y haz que rodeen los equipos de carga con aceite para extender un anillo de fuego! Nos cubriremos y estaremos bien. Estaremos bien. Ellos se irán y nosotros podremos seguir camino —Moren desvió su mirada hacia Bekum que negaba con la cabeza. Kaliel insistió enfáticamente—. ¡Vamos, Moren! ¡Estás bajo las órdenes del Obispo! ¡Obedece y haz lo que te digo! ¡Ah, malditas moscas de porquería!

Un eco lúgubre trazó un silbo a través de la calurosa corriente. Y el golpe de viento se extendió como sobrecogedores latigazos dados contra la piel. El sudor corría a raudales y los efectos cansinos del viaje hacían mella en todos.

«Idiota de mente estrecha y su desdén por la vida de otros —espetó Bekum forcejeando en sus pensamientos. Avanzó a toda prisa hacia el resto de la facción—. El muy necio hará matar a todos. Hombres y mujeres por igual. No me jugaré el pellejo. No me halaga demasiado la idea de morir aquí por nada.»

Buscó a Runely y la llamó aparte.

—El imbécil atacará a la manada —dijo por lo bajo.

— ¿Qué hará qué? —replicó con enfado.

—Lo que has escuchado...

— ¡Pero...!

— ¡Escúchame! No hay tiempo que perder —Runely calló viendo fijamente a los ojos de su interlocutor—. Será una car-

nicería. Te sugiero que tomes a tus hermanas y te largues de aquí cuanto antes.

—Yo...

—Olviden las monturas de repuesto, y solo lleven los caballos que montan. Diríjanse hacia esa conformación montañosa que dejamos hace un par de leguas atrás. ¿Recuerdas que vimos unas cuevas a unos diez metros del suelo pedregoso? Refúgiense allí, hasta que la noche pase. Estarán bien.

— ¿Qué harás tú?

—Todavía no lo sé. Pero deberán marcharse ahora mismo antes que ese inepto se pueda dar por enterado y las obligue a quedarse.

— ¡Desde luego que no nos obligará!

—Runely, deja tu orgullo a un lado. De nada vale combatirlo si al hacerlo expones las vidas de tus hermanas. Solo váyanse.

La aludida apretó sus labios y cerró los puños. Inmediatamente, se fijó en su mente que lo que decía Bekum tenía razón. Inútil sería una confrontación directa con los hombres de Kaliel. Se dio la vuelta para marcharse y se detuvo para ver a Bekum.

—Cuídate guerrero. No hagas locuras

—Dense prisa.

La facción de amazonas, después de llevar sus caballos de tiro hasta la parte posterior de la caravana, se alejó a todo galope del lugar. Kaliel, no supo de su deserción hasta media hora después cuando todo ya casi se encontraba listo para la disputa.

Prometió que nunca más las dejarían entrar a la ciudad y hasta pensó en poner un precio a sus cabezas.

El lugar se vio envuelto en gritos y órdenes que iban y venían arengando a la facción de acarreadores, esclavos y esclavistas por igual, a que se prepararan para la contienda. La sola mención de los lobos movía a todos hacia el terror.

Incluso los caballos presintieron el peligro derramarse sobre sus lomos.

Gelmeth entró a empujones en medio de los hombres y mujeres que se apiñaban asustadizos y sosteniendo torpemente sus lanzas y arcos.

—¡Ustedes! ¡Las lanzas aquí, rápido! ¡Formen un círculo! ¡Lobo que entra, lobo que matan!

Los gemidos se sucedían sin cesar. Los ojos reflejaban el miedo por lo que pronto vendría. Gelmeth golpeaba los hombros de los atemorizados acarreadores, en tanto Moren increpaba a las mujeres que no paraban de llorar frente a la turba que ya se amontonaba dispuesta a matar o morir.

Finalmente, varias esclavas convulsionadas ante el horror de ser despedazadas por los lobos, abrieron la jaula que las contenía y salieron corriendo en dirección opuesta al campamento.

Kaliel, al ver lo que estaba ocurriendo, simplemente levantó la mano he hizo un gesto cortante. Sus subordinados lo entendieron y sostuvieron con firmeza los arcos apuntando hacia las mujeres que huían.

—¡Kaliel no lo hagas! —exclamó Bekum.

Pero fue demasiado tarde. Las saetas salieron dejando un vestigio sombrío y llevando la ponzoña del desprecio por la vida en sus puntas. Bekum dirigió su mirada hacia las mujeres que corrían tropezando aquí y allá.

Hasta que, los flechazos fueron un sonido sordo al dar en el blanco. Y el impacto del eco de los lamentos que se elevaron por los aires, fue todo cuanto se escuchó. Los cuerpos de esas pobres desconocidas parecieron sostenerse por unos momentos de pie, con sus manos implorando a los azulados cielos y sus inocentes gemidos lastimosos que buscaban abrazar la libertad de sus almas. Poco después, cayeron pesadamente a tierra. Hubo un forcejeo y una agitación de brazos. Al siguiente, todo permaneció inmóvil.

Las siluetas cubiertas de flechas permanecieron inertes. La tierra reseca bebió la sangre de esas inofensivas vidas que alguna vez fueron arrancadas de sus hogares, apartada de los suyos. Y no hubo ya ningún movimiento, excepto el viento que comenzaba a soplar cada vez con más fuerza, trayendo el duro y humeante calor del desierto.

Hubo un confluir de rabia y de emociones revueltas en el estómago de Bekum al ser consciente de la locura de Kaliel. Permaneció quieto, atónito sin poder creer lo que sus ojos acababan de presenciar. Sintió una amarga sensación que le produjo una agria repulsa.

— ¡Demente sin alma! —espetó a un indiferente Kaliel—. ¡Solo eran mujeres escapando por sus vidas!

—Eran esclavas que huían de mí, guerrero. No me vengas con tus estúpidas disertaciones morales. ¡Ustedes! —señalando a los acarreadores y demás esclavos—. ¡Muévanse sino desean sufrir el mismo destino! Demasiada paciencia he tenido con toda esta torpeza que solo busca retrasarme —se volvió hacia Bekum que contemplaba los fláccidos cuerpos de las mujeres asesinadas.—. Tú también, Bekum. Tu paga espera y el final del acuerdo con los reyes. No lo eches a perder. Después de esto,

podrás hacer lo que se te plazca. Hasta entonces eres otra herramienta más de la corona. Un recurso que sirve a mis intereses.

Espoleó su caballo y puso rumbo hacia el frente de la caravana, donde Moren y los otros terminaba por esparcir aceite y pólvora sobre el resquebrajado suelo. Bekum apretó los puños y se sintió sucio al ver esa muerte inútil y sin sentido. Y en ese preciso instante, una repentina idea lo abrazó como una silenciosa convocación. Llevó su atención hacia Kaliel y luego a la última jaula de acero que resguardaba al misterioso guerrero, ubicada por detrás de unos follajes en la parte baja de la colina. A mitad de esta, para ser precisos.

Se movió de prisa en esa dirección.

—Todavía no sé tu nombre —dijo Bekum y al siguiente paseó la mirada en el tumulto que se revolvía histérico en la delantera—, aunque poco y nada importará.

— ¿Por qué lo dices? —respondió el prisionero dirigiendo su atención al frente de la caravana que, al estar en esa posición de declive no podía distinguir demasiado.

El primero de la guardia pasó a contar lo que vendría. El rostro del prisionero cambió de expresión casi de inmediato; hincó una rodilla en el suelo de la jaula y aferró los barrotes con sus manos.

— ¡¿El calor le frito los sesos a ese hijo de perra?! —exclamó—. Sabes que esos no son lobos ordinarios, ¿Cierto?

— ¿Por qué dices eso? Por supuesto que lo son, tal vez algo un poco más grande que los lobos comunes, pero...

El prisionero lo miró desconcertado, negó con la cabeza y al siguiente, se devolvió a su posición anterior a modo turco. Movió su mano hacia su cinturón de cuero y rebuscó en una especie de cartera pequeña que pendía abrochada del mismo.

Tomó del interior una pequeña redoma. La desatapó y pasó a salpicar el lugar, al tiempo que pronunciaba unos versos en su idioma.

Bekum lo vio intrigado. El prisionero se devolvió y le espetó con firmeza.

—Te aconsejo y solo lo hago porque no te has comportado como un idiota engreído, conmigo. Presta atención a lo que te diré, desenvaina tu espada; hazte un corte en la mano derecha y deja que la sangre se escurra sobre la hoja. Luego ve, con este tu acero y dirígete al frente de la manada. Una vez allí arrodíllate y extiende tu estoque con ambas manos en dirección del grupo y déjalo en tierra. No los veas y sal de allí. Enseguida busca esa jaula que ha quedado vacía y métete en ella. Cierra la puerta y... pase lo que pase, escuches lo que escuches, no intentes mirar. Mantente en esta posición o sentado como tú quieras, pero viendo hacia el suelo. ¡Carajo con ese cretino de Kaliel! Será despedazado sin que se dé cuenta.

Para Bekum aquella historia parecía completamente desquiciada, un cuento de esos que se suelen escuchar durante una reunión de ebrios que hablan por el solo hecho de decir algo con intenciones de impresionar a otros. Pero la tensión que percibió en el rostro del forastero; además de ciertas historias que alguna vez oyera respecto de pueblos maldecidos por hechiceros y los horribles juicios sombríos que estos traían como látigos de condenación; hizo que su instinto se disparara. Había algo en el aire que lo llevó a repensar lo dicho por el prisionero. Hubiera preferido montar su caballo y partir como un loco, detrás de Runely y las amazonas. Miró a su interlocutor por varios instantes con el ceño fruncido. En un principio se resistió a la idea. ¿Cómo no habría de hacerlo si la trama que

acababa de escuchar parecía tan enredada como imposible? Un cuento de viejas y locas parlanchinas para asustar a las mocosas con el fin de que no salieran por las noches detrás de sus tontos enamorados.

«De seguro me está tomando el pelo.»

—Tiene que ser una broma, ¿verdad?

— ¡Condenado estúpido! ¿Me ves sonriendo, acaso? ¡Haz lo que te digo, si quieres vivir! Esos lobos pasarán a degüello a todos sin importar que griten piedad o no. No dejarán en pie a nadie y a nadie con vida —Bekum asumió un rostro serio y sombrío—. ¡Hazlo! ¡Muévete o muere con los demás! No me importa. Me tiene sin cuidado lo que hagas. Por mí, todos se pueden ir al carajo.

Quiso preguntar más. Sin embargo, un súbito escozor molesto y desagradable, le recorrió la espina dorsal. Su mente intentó razonarlo, pero sus instintos gritaban que debía actuar. Él lo sabía bien, que existe una ley que moviliza todas las cosas por una razón; pero que también, hay otras que se esconden en las eras cavernosas de los propios latidos del mundo; y que son estas, las que guardan secretos de muerte en ocasiones.

Se movió con rapidez y sin pensarlo, obligando a su cuerpo a que lo hiciera.

A lomos de su montura se dirigió hasta la cabecera de la facción.

«Esta jodida jornada nos ha llevado a todos a perder la cabeza. Realmente he perdido el juicio para hacer lo que este tipo dice.»

Kaliel y los demás lo vieron pasar, encaminarse hacia la manada que ya se movía inquieta y recelosa. Los gruñidos se

habían intensificado. Bekum pensó si aquella no sería una mala idea.

—Pero... —dijo el guarda-cárcel a través de su sudor y de la horrible sequedad en la boca—. ¿Qué es lo que se propone hacer?

Más adelante, el caballo de Bekum no quiso dar un paso más y se encabritó asustado. El jinete lo calmó, se apeó y desenvainó su espada. Se quitó el guante de cuero y pasó la hoja por la palma. Dejó que la sangre se deslizara a través de la hoja. Los lobos que estaban al frente, el doble de uno normal, lo vieron con detenimiento y gruñeron despectivamente. En ese momento, la líder se apoyó en sus patas y arrojó lo que parecía ser una orden a los primeros lobos. Estos se voltearon a verla y retrocedieron. El arriesgado guerrero avanzó sosteniendo su espada con la mano derecha, y a metro y medio donde antes se encontraban los primeros lobos, se detuvo. Se colocó de rodillas y extendió el acero con ambas manos, se inclinó a modo de reverencia y la depositó en el suelo. Se puso de pie con su rostro inclinado. Dio la vuelta y regresó por su caballo, que ya no estaba.

«¡Porquería de animal!»

A su regreso, apuró el paso y decidió dar un rodeo a los que estaban ya ultimando detalle, para la ejecución del perverso plan. Kaliel lo observó y masculló algo por debajo.

—Presumido cascarrabias. Ya verás cuando regresemos. Haré que te encarcelen o mejor aún, que te expulsen del reino sin nada encima.

Bekum se regresó a la jaula que mantenía encerrado al extranjero. Se acercó y lo miró fijamente.

—Son Ethonnis —empezó a decir éste—; una raza guerrera que se pensaba extinta. Maldecidos por un grupo de druidas que no pudo controlarlos. Toda su nación fue exterminada. Poseían un don especial para la consagración de los metales. Una especie de forja única que depuraba cualquier metal hasta volverlos puros y sin mancha. Eran hábiles alquimistas y nobles hasta el fin —se volvió hacia la delantera—. Al verlos y escucharlos aullar, me di cuenta que eran ellos. Sin pensarlo, el idiota de Kaliel, nos ha traído a todos a una celda mortuoria. Será una masacre. Deben matar, tienen que hacerlo para que nadie hable de ellos ni sepan de su existencia, de lo contrario, enviarán a cazarlos. Jodida mala suerte venir a dar con su grupo.

Bekum prefirió ser cortés y pasar por ignorante cuando respondió.

—Cielos, hombre; todavía no logro comprender lo que acabas de decir.

—Si salimos con vida con esto, lo sabrás. Ya no queda tiempo, la noche se acerca —señaló hacia el naciente—. Habrá luna nueva. Métete en la jaula y trábala desde adentro y si aprecias tu vida, no veas nada. Cierra los ojos si es necesario. Después de todo, no tienes nada que perder. Los cantos de los lobos darán

forma a la desolación. Ve y haz lo que te he dicho o no lo hagas, es tu decisión.

El aturdido mercenario todavía vacilante frente a las palabras que contenían secretos terribles y peligros de muerte. Se giró para ver el tumulto que ya se disponía a llevar a cabo el plan del guarda-cárcel.

—Todavía no sé tu nombre, guerrero.

—Beiqam, uno de los últimos circasianos en esta pobre tierra olvidada por el destino. Créeme... Ese obispo que ustedes tienen por jerarca religioso, no es quien dice ser. Y sin importar lo que sea, será la ruina de muchos. No ha hecho más que abrir las fauces del infierno y liberar un terror inmediato y castigador.

Fue todo, inclinó la cabeza y apoyó los brazos sobre sus rodillas. Bekum, luego de unos segundos, se decidió a seguir las instrucciones de ese misterioso encadenado y fue hasta el otro armazón vacío que antes ocuparan las mujeres asesinadas por Kaliel. Se adentró a su prisión en el momento que las llamas estallaban incendiando el ambiente. Logró escuchar los gritos eufóricos de Kaliel arengando a sus tropas. Los aullidos se desataron frenéticos. Trabó la puerta y se ubicó en el centro del carromato imitando la postura del prisionero. Apretó los puños y suspiró con fuerzas. Inclinó la cabeza y cerró los ojos. Se arrebujó en su capa sintiendo que el frío del anochecer traía un matiz diferente.

En un lapso de tiempo que resultó breve, los aullidos dejaron de resonar, y en su lugar, unas desgarradoras exclamaciones, asomaron como un afilado estilete hendiendo las sombras.

Bekum dejó de respirar por unos segundos para poder percibir mejor el entorno. Comprendió que la noche traía algo más consigo. Algo que no deseaba ser despertado o molestado; pero que, sin embargo, estaba ahí.

El bosque murmuró cosas ininteligibles y la incertidumbre del momento fue una estalactita negra y helada. No podía entender de forma racional lo que allí se estaba gestando. Lo único que escuchaba eran gruñidos que bufaban y alaridos extraños en tonos de voces cortantes. El fragor que llegó a sus oídos resultó ser terrorífico.

Y entre los salvajes relinchos de los caballos y los espantosos alaridos de los hombres siendo masacrados, advirtió gruñidos y bramidos que provenían de voces roncas y de tonos graves. Incluso le pareció escuchar gritos ululantes propinados por mujeres. Tal teoría que de repente se materializaba en su mente, resultó ser otro enigma indescifrable. ¿Por qué todo resultaba ser tan complejo? Supuestamente, estaban combatiendo contra lobos, toda una manada de ellos. ¿Por qué entonces los gemidos y jadeos intensos y macizos simulaban ser de...?

«No son animales; no es el rastro de una jauría de lobos atacando. Es algo más, algo que no logro comprender. Oigo los gritos dementes de los hombres de Kaliel aullando como histéricos, aterrados; pero... lo otro, que... ¿qué es lo que está ocurriendo allá afuera? ¿Contra qué o quienes están combatiendo?»

El viento del oeste se había levantado en invisibles zarpazos de polvareda, volviendo el aire irrespirable. Bekum suspiró disgustado percibiendo su inutilidad en todo aquel encierro. Buscó abrir los ojos, pero una fuerza fuera de sus capacidades lo instó a que no lo hiciera. Un movimiento hacia los barrotes y de nuevo el penetrante y ronco silbido del peligro ordenándole que se detuviera.

«No hay de donde sostenerme. No hay nada que me indique lo que pudiera estar ocurriendo allá afuera.»

Súbitamente, su celda se sacudió bruscamente. Fue un pequeño y seco cimbronazo. Como de algo que chocaba contra los hierros. Bekum se sobresaltó e intentó extender la mano para alcanzar las rejas, inmediatamente la detuvo y la colocó sobre la empuñadura de su espada. Su respiración se aceleró y la garganta se le secó. Se mantuvo atento, agudizando sus oídos e instintos.

— ¡DÉJAME ENTRAR! ¡DÉJAMEEE ENTRAR BEKUM! —estalló una voz. Olió el miedo y también la sangre que golpeaba su nariz. A su alrededor todo parecía quebrarse en lamentos. Aullidos. Gritos desaforados. Aterradores. Voces humanas que declamaban algo. Hasta podía sentir el calor de las llamas. Con todo, no abrió los ojos. Se esforzó por no hacerlo. El asunto estaba fuera de lugar. Algo horrible sucedía y no deseaba saber nada. La voz que había escuchado resonó, una y otra vez.

Sabía de quien se trataba; lo conocía. Jonesh, uno de los lugartenientes de Moren, de elevada estatura, fornido y orgulloso como él solo. Siempre había dicho que no le temía a nada que caminara en dos o cuatro patas. Se erguía como un altanero ca-

paz de derribar a cualquiera con su espada acerrada. Pero ahora su voz, sonaba de manera chiquilinada, terriblemente asustada.

— ¡Por favor! ¡Por...! —al siguiente supo que algo venía por él, porque comenzó a gritar sin control—. ¡No! ¡No! ¡NOOOO!

Bekum estuvo a punto de abrir los ojos para ver lo que sucedía. Se escuchó un jadeo, algo similar a un gruñido pesado y bajo. La caja se conmovió por unos segundos y el grito de espanto de Jonesh, se convirtió en un instante pasmoso e inquietante. Enseguida, pudo experimentar como su propio cuerpo y rostro era salpicado por un líquido caliente. Rápidamente lo entendió. Sangre. Cerró los puños y mantuvo su postura. Luchó por mantenerse de esa forma.

Instantes después, sus instintos se percataron de una presencia. Algo estaba afuera viendo hacia adentro. Comprendió que lo observaba, y hasta sintió el aliento caliente y casi despreciativo venir hacia él. Logró percibir también, la respiración profunda y agitada que se colaba rítmicamente y completamente excitada, producto del fragor de la batalla.

Seguidamente, todo rastro de lo que pudiera ser aquello, se fue rasgando los aires como un animal que escapa en silencio. Pasó el antebrazo por su cara, para limpiarse la sangre. Escupió hacia abajo. La incertidumbre lo estaba matando. Su mente se perdió por viejos corredores donde un silencio mucho más ponderoso que los pensamientos mismos, pendía en hilachas de las sombras de un inevitable rememorar; y el murmullo de otras corrientes cubiertas de olvidos e historias prohibidas. Un augurio de cosas incomprensibles y terroríficas.

Y en el proceso podía escuchar a los gritos de aquellos que retrocedían, tal vez con sus rostros aullantes, tropezando unos

con otros y con los cuerpos de los caídos. Se figuró esa escena, porque ya la había visto tantas veces. Es algo que se lo sabía de memoria. Todo ocurría de igual manera. Siempre lo mismo. Un peligro desconocido, un horripilante miedo y los pies de muchos que buscaban alejarse.

Sus instintos estaban tan agudizados que pudo notar los inciertos mecanismos de la guerra cerrándose sobre el campamento; el aire se había llenado de ese gusto dulzón y metálico. Las criadas de los cerdos de Estigia de seguro festejaban el laberinto de muerte y sangre que se estaba desarrollando en ese lejano páramo junto al desierto. Forcejeó con las intenciones de abrir los ojos para ver de una condenada vez lo que pudiera estar ocurriendo. No obstante, el crudo aliento de la noche fría y sombría que traía consigo ciertos y vagos temores, lo hicieron cambiar de opinión.

Golpes, lamentos de miedos y espantosos sonidos; huesos que crujían al romperse, el olor a carne chamuscada y los bestiales alaridos que escapaban de las gargantas humanas, fueron un anacrónico rugir de acertijos confusos para este mercenario que pensó que lo había visto todo. No obstante, se hallaba frente a las puertas de otro misterio más.

Y luego vino el silencio. El hedor, ese típico hedor que impregnaba los aires después de una batalla, llegó hasta Bekum. Hedor de sangre y muerte. Las aves chillaban en lo alto de la espesura de la noche. Podía escucharse el flamear de las antorchas que se hallaban en las esquinas de su prisión.

¿Cuánto más debería seguir así?, se preguntó. Las uñas de la noche se arremolinaban en torno al territorio.

Creyó escuchar sonidos de pasos acercándose. Su mano fue en dirección del pomo de su espada.

—No será necesario, guerrero —oyó decir—, abre tus ojos. No te haremos daño.

Pesadamente, calculando la observación dicha por alguien, los fue abriendo lentamente. Lo que vio al siguiente segundo, hizo florecer su imaginación hasta dilatarla. Hubo un murmullo de voces que le siguieron a su asombro. La pesadez de la visión se fue retirando progresivamente.

Un séquito de mujeres y hombres, de variadas estaturas, de contexturas firmes, brazos y piernas musculosas y de cuerpos flexibles, lo miraban fijamente. Bekum, admitió en un primer momento, que sus rostros tenían rasgos élficos, aunque más bien, se asemejaban a cierto grupo de daneses con el que una vez se topó, en las márgenes cercanas de New Holand.

De cabellera larga, rojiza unos, negra otros y castaña los demás; de ojos profundos, claros y agudos, portaban en sus manos sendas espadas de diferentes diseños, brillantes y afiladas. Vestían solo un extraño ropaje, pero sin armaduras. Las mujeres llevaban vestidos de cuero negro con caperuzas con cordones en su pare frontal y los hombres solo pantalones de cuero marrón.

En su amplio investigar, también contempló que estaban descalzos.

Y en todo esto, le pareció que los hombres lo veían con una agresividad casi animal, sin embargo, controlados. La sangre de ellos y enemiga se reflejaba tanto en sus rostros como en sus cuerpos y túnicas. Sangraban, eso resultaba indudable. Bekum les echó un reojo a las particulares guerreras que se mantenían viéndolo en silencio.

— ¿Quiénes son ustedes...? —articuló con prudencia.

—Eso no tiene importancia —respondió con tono grave una de las mujeres, algo un poco más baja que los otros, dejando entrever el verde de sus ojos que ardían como dos pequeñas flamas—. Debes prometer que no dirás nada de lo que aquí ha ocurrido. Como verás, te hemos perdonado la vida. Nos debes eso.

Uno de los desconocidos, de tez blanca y mirada perdida, balanceaba una cadena de plata. El mercenario deseó saber más del asunto.

— ¿Qué pasó con...?

La cadena se detuvo, osciló ligeramente y se detuvo de nuevo. Su dueño la observó con curiosidad. Luego levantó la vista y la centró en Bekum quien no desvió la mirada. El sujeto sonrió retadoramente. Avanzó dos pasos y aferró la cadena con fuerzas. La liberó y de su extremo una hoja de unos treinta centímetros surgió fríamente. Delgada, afilada y destellando desafiante.

—Bekum, amigo —intervino Beiqam, recogiendo una espada del suelo y revisando su hoja—. Nos acaban de dar una oportunidad de seguir con vida. Se más respetuoso y apréciala, por favor. Pocas veces se ven.... Mm... servirá, tiene una buena hoja —recogió la funda y se acercó hasta un desorientado mercenario—; escucha, pocas veces se ofrecen buenas dádivas en esta vida para hombres como nosotros —se encogió de hombros—. Acéptalo y ya.

El grupo de desconocidos se alejó rumbo al bosque. El dueño de la cadena se los quedó viendo un rato más. Los estudió y luego inclinó la cabeza hacia la izquierda. La severidad impregnó su semblante. Mostró sus dientes como un cachorro

de león y fue con los suyos. Bekum sintió alivio cuando se fue. Buscó seguirlos con la mirada, pero la noche cerrada le impidió ver con claridad cualquier cosa que hubiera ocurrido en la delantera del campamento.

Las sombras se movieron espesamente entre los callejones de la noche y se internaron en los fondos de los senderos polvorientos. Una ligera neblina se levantó en las inmediaciones.

En lo alto, la luna nueva iluminaba los caracteres de la sangrienta jornada. Bekum pensó en Moren, en Gelmeth, en el tonto de Kaliel y en los otros.

«Pobres desdichados.»

Él que pensaba saber de batallas, conoció que todavía había mucho por aprender; que todavía era un vagabundo habitando en mundos extraños y secretos. Y por ello, supuso que podría ser buena idea investigar lo que había sucedido, puede que con ello supiera algo más de todo ese reverendo entuerto de maldiciones y lobos que ya no estaban.

En el momento que se aprestaba a ir, la mano de Beiqam sobre su hombro derecho, lo detuvo. Se giró para verlo y se encontró con un enigmático circasiano que negaba con la cabeza.

—No des tanta rienda a tu curiosidad y deja que los muertos descansen en paz. No interrumpas los plenilunios de la madre noche —lo soltó y comenzó a recoger varios leños secos que se hallaban desparramados—. Si tanto te interesan, espera a mañana. La cerrazón es pesada y poco podrás hacer. Y en caso de que te preguntes si han quedado sobrevivientes, déjame decirte que ellos no dejan a nadie con vida. Son un cerrojo de secretos. Es mejor dejar que la mañana nos sorprenda vivos. Por supuesto, está en ti el no hacer caso y de ir a curiosear. Aunque...

no sería buena idea que lo hicieras. Ellos pasarán por fuego a todos. No dejarán nada en pie, bueno... me refiero a los cuerpos.

Bekum se sobresaltó apenas, e intentó relajar los hombros. Sentía la tensión en su espalda y el rigor en los músculos. Lo cual lo llevó a resoplar con fuerzas. Había estado demasiado cerca de una terrible y sangrienta batalla de la cual el destino lo excluyó. Estaba convencido de había tenido una gran suerte de que así fuera. O puede que no haya sido suerte, sino que, la voluntad de alguien influyente y poderoso sobre todas las cosas, le propusiera esa oportunidad.

Beiqam encendió la fogata y la contemplación de los vaivenes de las llamas, le agradó. Acomodó una roca cerca de la hoguera y se sentó. De una bolsa de cuero que traía consigo, extrajo varias tiras gruesas de tocino, carne seca y frutas.

—Al menos disponemos de la provisión que dejaron tus carroñeros y... un poco de vino que encontré en las alforjas de esos caballos —Bekum miró en dirección de donde señalaba. Próximo a la última carreta, en las cercanías de un pequeño pastizal, dos percherones se encontraban atados—. Por suerte no escaparon. ¿Los otros?, vaya a saber hacia dónde huyeron. Como te dije, lo mejor es esperar. Si vas allá donde están ellos, de seguro te sacarán a empujones o peor, te golpearían entre todos. Son gente de cuidado.

—No desean dejar evidencia de nada, ¿cierto?

—Si te refieres a quemar los restos, pues... tú lo has dicho, mercenario.

— ¿Son ellos las criaturas nocturnas?

—Si te refieres a los lobos, sí. La maldición degeneró su estirpe. Vagan por el mundo siendo animales y cada luna nueva, su verdadera forma florece. Durante cuatro días son personas,

un legado de lo que una vez fueron. En un principio, su odio e ira, los consumía como un fuego que quemaba sus almas. Su naturaleza salvaje los enloquecía y poco faltó para que se perdieran en las sombras de ese maldito dictamen impuesto en contra de su voluntad. Y aquí, la historia se pierde un poco, porque... el viento se llevó gran parte de ese cuento.

— ¿Qué cuento? —arrimándose a la fogata.

—No lo sé, pero escucha... se cree que una niña de ojos negros como la noche, se les apareció un día —hizo un gesto de incomprensión—; nadie sabe de dónde vino. Como sea el asunto... ella refrenó su locura animal y hasta donde sé, rompió el hechizo druida que los mantendría convertidos en lobos por siempre. Sin embargo y al parecer... el resto de su condenación, solo puede ser rota, cuando haya una luna de sangre. Dicho rompimiento debe ser ejecutado por sacerdotes o sacerdotisas que contengan un... un... —colocó la carne sobre el fuego, sostenida por un par de varas de hierro para que no se quemaran—. ¡Perfecto! Ahora sí, creo que... —rebuscó en una alforja de lana y cuero—; sí, sal y algo de pimienta. ¡Eh, mercenario! Nada mal, ¿eh?, ya verás cómo quedará este tocino.

—Hablabas de un rompimiento de hechizos.

—Sí, exactamente eso —mordisqueó un poco de carne seca y le ofreció una porción a su convidado, pero éste lo rechazó. Para Bekum, toda esta historia llena de galimatías y desordenes sobrenaturales solo le provocaban dolor de estómago. Prefirió beber abundante agua—. Y no sé tú, pero yo conozco un templo donde existen estas mujeres, Las Juhylian, las llaman; y por el rumbo en el que estamos, creo que ese grupo va en su dirección —bebió un sorbo de vino, eructó y sonrió satisfecho—. Dentro

de tres días, habrá una luna de sangre. Como verás, el ciclo se está cerrando.

— ¿Cómo es que sabes todas estas cosas?

—Mi hermano, él es un Guardián de territorios. Fue reclutado hace varios años por una orden de, eh... cuyo nombre no recuerdo ya. Él lo hizo, él me narró todo esto. Incluso me dio la descripción de ellos, para que, si alguna vez me los cruzaba por el camino, tomara otro. Él fue quien me habló de la particularidad de sus aullidos, que sonaban entre el camino de un lobo y de un perro salvaje. Fuertes y grandes como terneros machos —colocó un trozo de queso en dos rebanadas de pan y adjuntó un pedazo de carne de cerdo cocida a las brasas—. Y ya ves, las historias son ciertas. ¿Seguro no quieres?

—Tal vez el tocino y algo de frutas.

—Estupendo. La noche será fría y es mejor pasarla de la mejor manera posible, abrigados, llenos y satisfechos. Además; ningún lobo se acercará por aquí, ni osos. Estaremos bien por esta noche.

Bekum lo estudió y advirtió recién ahí, lo grande que era. Un hombre fornido, de espaldas anchas y notablemente peligroso a simple vista, a pesar de lo afable que resultaba ser.

Recordó además que, al momento de su aprehensión él no se encontraba presente. Su viaje lo había conducido a otras tierras en pos de los esclavos que el vicario ya había adquirido a algunos mercaderes.

— ¿Cómo es posible que te hayan atrapado? —inquirió intrigado.

—Dejé que lo hicieran. Estoy buscando a mi hermano el que te acabo de mencionar y supe de buena fuente, que se hallaba en las cercanías de la fortaleza de Tyneple.

—Espera, ¿eres o no eres alguien de la realeza?

—Les hice creer que yo era el heredero a Amisbialth, lo cual es en parte cierto y en parte no, dado que mi hermano es el legítimo heredero al trono, y yo; bueno... vengo a ser una especie de sucesor suplente por si algo le llegara a ocurrir. A decir verdad, no aspiro a la corona, no es lo mío —pausa—. Es igual. En cuanto al guarda-cárcel de Tyneple. No se necesita de mucho para conformar a un degenerado corrupto y avariento de ese tipo. Idiota infeliz, así le fue —se estiró y bostezó—. A todo eso, ¿has visto lo hermosas y letales que son esas mujeres?

—No distinguí demasiado sus rostros a causa de sus caperuzas.

—Yo sí, pude ver casi todo de ellas y déjame decirte que...

El sonido llameante de un gran fuego los interrumpió. Ambos se pusieron de pie. Las densas hogueras comenzaban arder bajo el silbido de los eternos velos. Las palabras callaron y los comentarios absurdos también.

La noche dejó escapar a las zorras negras de sus madrigueras y estas vagaron por la comarca. ¿Quién podría llegar a verlas en medio de la neblina?

Sonriendo entre dientes, se escabulleron en las matas y los arbustos. El día ya había muerto y la madre de los mil encantos reverberaba a través de los relieves de sus sombras.

El viento se movió en rumores y gorjeos, golpeando los aires y quitando las hojas de los árboles. Esa noche, Bekum pensó en todo y no le gustó las definiciones de ciertas cosas. Beiqam, por el contrario, se emborrachó para poder dormir bien. Y el primero envidió al segundo, envidió su seguridad y confianza para lidiar con los misterios de la vida. Finalmente, también se durmió.

Hacia la mañana, Bekum terminó de revisar su montura y subió. El animal sacudió su cuello y las largas crines; golpeó con su pata el suelo un par de veces y avanzó unos metros hasta que se detuvo.

—Menudo ejemplar los que nos ha tocado —asintió Beiqam—. De seguro formaban parte de algún tipo de obsequió para un gordo remachado de vino y festines.

—Kaliel los mantenía a salvo y no dejaba que nadie los montara. Incluso las sillas y las bridas permanecían sobre los animales.

—Estúpido jamelgo, a él deberían haberle puesto una silla, el bozal y un cabestro y alforjas pesadas para sepa lo que siente un animal después de desandar leguas y leguas sin descanso. No bien los vi, me apené muchísimo. Puedo matar a un hombre con mis manos y no sentir nada, porque soy lo que soy; pero ver maltratar a un caballo, me saca de quicio —acarició la frente de su montura y sonrió—. Cuando la jaula se abrió, lo primero que hice fue quitarles todo el equipo que llevaban encima. Les eché agua y los ubiqué cerca de esos matorrales para que comieran —se inclinó hacia adelante y tocó las puntas de sus botas negras con sus dedos. Los huesos de la espalda crujieron al instante. Rió con ganas—. Nada mejor que un buen estiramiento de huesos para iniciar el día. Ahora, basta de cháchara y salir de aquí.

—Debo recuperar mi espada —Beiqam a lomos de su caballo, asintió con respecto a algo que sabía pero que su compañero de noches brumosas, no. Tomó las bridas y se puso a un lado de la montura de Bekum, al tiempo que mordisqueaba un trozo de manzana—. Muchacho, ya no es tu espada sino de ellos.

Bekum reaccionó con un gesto de sorpresa.

—No, esa es mi espada. La he llevado por años en mi cinturón. Yo mismo hice que la forjaran según mis deseos.

—Bien, mi taimado joven estepario —susurró sordamente y su semblante se ensombreció—. Permíteme que te relate una pequeña historia. Cada espada que ellos reciben de la manera como tú se la entregaste, es parte de un pacto secreto. La mayor de todos, la líder recoge la sangre de la hoja y hace una pequeña argamasa con hierbas que solo ella conoce. Luego la mastica y escupe su contenido nuevamente sobre el acero. Pasa el mismo por su mano y se hace un corte. Su sangre se mezcla con todo ese brebaje, que luego es echado al fuego —giró su caballo y negó con consentimiento—. A partir de ahí, tu vida es sagrada para ellos. Te unes en sangre y fuego al espíritu de su clan. Por si no te has percatado, ellos siempre cargan con un carromato donde disponen de todas sus pertenencias, así como las espadas, armas y otras utilerías que llevan con ello. Yo lo hice en una oportunidad. Mi antigua espada descansa en sus alforjas. Los crucé cuando hice una expedición a estas tierras. Vieja historia que no viene al caso. Vamos.

Bekum para nada era partidario de compartir sus pertenencias y menos su estoque con cualquiera. A la brevedad de la cuestión, esto era diferente. Movió su cabeza hacia uno y otro lado para quitarse la tensión del cuello. Su agotada mirada lo decía todo.

—Carajo... era una buena espada

—Descuida, al menos te darán una; ya lo verás.

—Como sea, ni loco regresaré sin un arma. Sería picadillo de cualquier mantecoso que se las quisiera dar de vivo conmigo. Y de esos hay a montones; renegados, bandoleros, saqueadores

y hasta brujas viejas de huesos partidos con ganas de hacerse a costilla de otros.

— ¡Jajajaja! Mi pobre remilgado, ya deja de quejarte, ahora eres parte de un poderoso clan. Ambos lo somos.

— ¿Qué fue lo que rociaste en tu jaula? ¿Fue para que no te atacaran?

— ¡Oh, no! Son especias de fragancias para alejar el mal olor y los insectos que son atraídos por este tipo de contiendas.

—Menudo circasiano raro eres.

— ¿Por qué?

—Siendo un guerrero circasiano te perfumas durante una batalla.

— ¡Jajajaja! Mejor oler bien estando vivo que mal estando muerto, ¿no te parece?

Tanto uno como otro sintieron el hedor calcinado de las hogueras. Un hedor que ya se disipaba con el viento, pero cuyos restos todavía permanecían apilados, cenizas en parte, huesos otra. Los escudos y las armas se amontaban lejos del polvo y la humareda que flaqueaba en remolinos que iban y venían. La derrota de quienes combatieron a los Ethonnis, se palpaba en el aire. Los hombres desviaron la mirada de las piras funerarias y las depositaron en una mujer que estaba parada en medio del sendero. Vestía un corto vestido de cuero y seda, y llevaba brazaletes de plata en sus muñecas. No cruzaba los veinte años y ya esgrimía una estatura de violencia inaudita en sus ojos; al igual que en su aguerrido cuerpo, sajado por algunas cicatrices en sus elásticos y musculosas piernas.

— ¡Tu acero, guerrero! —dijo a secas, extendiendo una espada en su funda. Sus ojos azules se fijaron en los de Bekum—. No desmontes. Simplemente tómala y continúa tu camino.

—Haz lo que se te dice muchacho y no hagas preguntas —observó Beiqam.

El aludido al pasar junto a la mujer se inclinó un poco para recoger el ofrecimiento. Pero la mujer sostuvo el agarre en la espada. Por unos momentos, tanto uno como otro se vieron en la agonía de un desconocido lazo familiar.

—Es extraño, pero creo reconocerte —dijo ella.

Bekum la miró durante unos instantes. Le sacó un cálculo rápido, acorde a su experiencia con los números y la estatura. Medía aproxidamente un metro setenta. Evitó dirigir la vista hacia los abultados pechos que sobresalían por encima del escote del vestido. Fijó los ojos en el rostro aperlado y limpio. Un par de aretes de oro pendían de los lóbulos. El caballo era quizá lo más interesante, puesto que llegaba casi hasta la cintura. Sus

brazos contenían músculos elásticos y entrenados. No quiso ver hacia abajo, a las piernas, de seguro sería golpeado o insultado por descortés.

—La mayor parte de los encuentros tienen esa particularidad.

—Tal vez tengas razón, ¿cómo te llamas?

—Bekum, ¿tú?

—Lo siento no puedo decírtelo.

—Caí en la trampa.

—No hay tal.

—Claro, gracias por la espada.

—Servirá hasta que puedas hallar otra.

— ¿Qué harán con la mía?

—Será forjada y depurada en una mejor y... será para mí.

—Estará en buenas manos, en ese caso.

— ¿Cómo puedes saberlo si no me conoces?

—Cierto, no te conozco, supongo que es... algo así como una buena corazonada.

— ¿Hacia dónde te diriges?

«Preguntas y más preguntas.»

—Tyneple.

—La fortaleza maldita —Bekum se extrañó que la llamara de esa forma.

— ¿Por qué le dices así?

—No tiene caso, ¿qué tienes que ver tú en todo eso?

— ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero, responde, por favor.

—Oh —dijo asombrado de la audacia de la muchacha. Giró la vista para ver a Beiqam que sonreía divertido—; bueno... soy un mercenario que trabaja para ellos o, mejor dicho, lo hacía.

Daré un informe de que fuimos atacados por algunos enemigos de la corona y después... supongo que me iré hacia alguna parte, ¿complace esto tu pregunta?

—No del todo, ¿dices entonces que apoyabas a estos esclavistas inmundos?

—No, digo que protegía a un determinado cargamento.

— ¿Cuál cargamento?

Bekum se enderezó en su silla, aspiró profundamente y se preguntó cuándo terminaría todo ese interrogatorio. Se volvió hacia la bella mujer que lo veía detenidamente.

—A este señor que está a mi lado.

—No solo apoyabas a los esclavistas, sino que también, ¿tu espada estaba al servicio del secuestro? Y no me refiero a ese patán.

Beiqam enarcó las cejas, admirado de la prerrogativa.

—Cielos... si lo dices de esa manera, suena horrible.

— ¡Por supuesto que sí! ¿Tienes hermanas, familia, padres?

—Sí, están del otro lado del continente.

— ¿Te gustaría que un día vinieran por ellas y luego te secuestraran a ti? ¿Tus hermanas, esclavas? ¿Y tu padre y madre, también?

—No, claro que no.

—Bájate del caballo.

— ¿Disculpa?

— ¡Que te apees del caballo, guerrero!

Bekum miró a Beiqam quien había dejado de reír y luego a la mujer que se había apartado unos pasos de la montura. Solícito, desmontó de un salto. La muchacha se dio la vuelta y fue hasta el montículo donde se apilaban las espadas, las lanzas y

demás elementos de combate que fueron recogidos después de la batalla. Recogió una espada y regresó con Bekum.

—¿Qué...?

—¿Sabes cuántas mujeres han sido arrancadas de las manos de sus familias? ¿Sabes cuántos niños lloran a sus madres? ¿Cuántas esposas han sido despojadas de la felicidad de sus hogares? ¡Centenares! ¡Decenas de ellas! Y solo... solo para satisfacer el hambre y los bajos deseos de esos idiotas degenerados que no saben qué hacer con sus miserables vidas. Hacia donde sea que voy solo veo degradación, muerte, violaciones y un sinfín de atrocidades que ese bueno para nada de Edran empuña como su propio patio personal de juegos perversos, o acaso me dirás que, pensabas liberar a esas pobres mujeres que fueron asesinadas enfrente de todos sin que nadie pudiera hacer nada al respecto... siquiera tú.

—No hubo nada que pudiera hacer... no habría...

—¿Qué no habría? —dijo entre dientes, en tanto sujetaba el borde superior de la armadura del desconcertado guerrero y lo halaba hacia ella. Bekum sintió un embriagante olor proveniente de esa enfadada amazona que lo confrontaba con criterio absoluto. Una especia de fragancia animal seductora—. ¿Qué no habrías de hacer?

—Yo... no sé qué quieres que te diga.

—Y ahora de pronto te has quedado sin palabras —lo soltó y colocó el acero sobre el hombro. Negó con la cabeza y retrocedió unos pasos—. ¿Por qué ustedes, mercenarios sin precio sobre sus espaldas, regenteados de una buena paga, no hacen algo útil por los demás? ¿O creen que ese es el único trabajo del mundo? Desenfunda.

Bekum suspiró consciente de hallarse en un grave atasco. Contempló al grupo de los Ethonnis, ubicados debajo de la sombra de los árboles. Una variedad de mujeres y hombres, unos sentados y otros de pie, que veían en su dirección. Del mismo modo, contempló a la líder del grupo, recostada sobre un mullido arbusto, que veía el pequeño tumulto que la muchacha y él estaban protagonizando. Cansado ante la presencia de aquel requerimiento, cansado de todo, frustrado y desalentado por lo ocurrido en el día de ayer. Arrojó su acero al suelo.

—No pelearé contigo, mujer

— ¡Lo harás! ¡Combatirás conmigo!

— ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo para hacerlo?

—Esclavista, mercenario y secuestrador de mujeres, ¡de niñas! Tienes las agallas para llevar a cabo una miserable labor de porquería, pero no las tienes para pelear conmigo.

—Tienes razón. Es lo que he estado haciendo estos últimos dos años. Acompañar a este idiota que yace entre los muertos, a tomar las hijas de otros y a secuestrar niñas de los conventos con el fin de satisfacer a unos pocos. Todo por un miserable pago. Tienes toda la razón de juzgarme frente al mundo y de acusarme de tales delitos. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

Stroglia se detuvo y pensó en continuar con su enérgica demanda, pero se abstuvo. No podía seguir hablando con alguien que lo acusaba directamente y sobre quien no poseía conocimiento alguno ni mucho menos, argumentos que pudiera darle para refutar el tipo de juicio que en esos momentos estaban recayendo sobre él. Llevó las manos a la cintura e inclinó la cabeza. Todo esto le generaba un serio dolor de cabeza. Cansado de todo este jodido dilema que parecía nunca acabar.

—Deberé pagar por todo esto en algún punto de mi vida. Puede que sea hoy, mañana, no lo sé. Pero lo haré. Llegado el momento, deberé rendir cuentas. Escogí esta vida porque lo quise, y a pesar de que aborrecí lo que Kaliel hacía; no intervine demasiado. No era mi problema. Yo... simplemente era un mercenario...

La muchacha se acercó sin dejar de verlo. Bajó la espada y continuó despacio.

— ¿Veías sus rostros? ¿Los rostros de todas ellas? La angustia que las embargaba al ser arrebatada del lado de sus seres queridos. ¿La loca incongruencia de manos impías limpiándose en vidas que no les pertenecían? Los niños que lloraban por sus madres. Las madres que se veían morir al ver que sus hijas eran arrastradas como una vil mercadería —Bekum levantó la mirada y los ojos de la muchacha lloraban—. Tu espada no servía. Tu vida no sería perdonada en caso de intervenir. No obstante —se acercó hasta estar a unos centímetros de él—. Nuestra madre, vio algo en ti. Un sufrimiento interno. Una enorme tristeza escondida en las capas de tu alma. Ella literalmente... encontró un dolor oculto en las madejas de tu corazón —extendió su mano y tocó una de las mejillas de cara de Bekum. Fue un gesto suave, cálido. Las fuerzas de aquel hombre parecieron desvanecerse por unos segundos—. ¿Qué pasó contigo?

El rostro de Bekum sufrió un cambio, algo que lo perforaba desde adentro; algo que buscaba salir, comenzó afectar su estado de ánimo. Un destello borroso se coló por sus pensamientos y se filtró hasta sus recuerdos.

—No vale la pena.

—No digas tonterías, ¿sabes por qué escogí quedarme con tu espada? Te lo diré, verás...; cada espada tiene su propio sig-

nificado, ellas poseen un lenguaje difícil de descifrar para cualquier persona. No poseen alma ni requieren de nada. Pero, muy a menudo, la energía de su portador, suele terminar en las fibras del acero o del bronce, lo cual las vuelve perceptibles en el campo espiritual. ¿Sabes lo que yo vi en ella? Vi a un hombre de rodillas llorando por todas esas mujeres que fueron vilmente saqueadas. Vi a un hombre ayudando a un grupo de niñas a escapar de noche en un bote. Vi también a ese hombre pelear para evitar que unos depravados abusaran de una madre y dos niñas. Lo vi ensangrentado, lo vi pelear como un demente para protegerlas. También —las lágrimas volvieron con una dolida sonrisa dibujada en el semblante—; me mostró a este mismo hombre, combatir contra cuatro solo para salvar a una ancia… anciana y a su nieta —la voz se volvió dulce, gentil, comprensiva—. Tal temeridad, casi te cuesta la vida. Pero te sobrepusiste y acometiste de nuevo contra el horror, y esta vez, fue por unas novicias del templo Caleb. Tú las ayudaste, lo hiciste a pesar de que fuiste terriblemente herido y terminaste en prisión por todo un año —la espada de la mano cayó y esa misma mano fue al otro lado de la mejilla—. Bekum, nunca fuiste un mal hombre, e hiciste lo que pudiste para librar tu propia batalla personal contra la herejía y la maldad. ¿Por eso permanecías con ellos? —el aludido apretó su boca sin responder—. Y ahora mientras te injuriaba, mientras te acusaba, no te defendiste. Preferiste permanecer en silencio. Y yo… —se enjugó las lágrimas y continuó—; quise probar tu temple, y no cediste un palmo. Te mantuviste firme sin retroceder. Yo… lo sabía, sabía que estabas con ese perro para evitar en lo posible que pudiera llevar a cabo su plan. Y entonces sucedió lo que sucedió, mira hacia allá —detrás de unos árboles, varias mujeres se encontraban atadas y vendadas.

—Pero... ellas son... ¡Las sanadoras y las que llevaban las provisiones!

—Jamás les haríamos daños, no a ellas. Solo ellos merecían morir, simplemente, porque nos atacaron primero. Ay, mi querido guerrero... no fui capaz de comprender ese dolor del que hablaba mi madre. Y entonces me lo contó. Perdiste a tu familia a manos de unos esclavistas, ¿verdad?

No supo que responder, se limitó a levantar la vista y a bajarla. Suspiró y esta vez, fue él quien dejó caer sus lágrimas. ¿Qué había en esa mujer que lo hacía sentir vulnerable? Por mucho tiempo cerró en bloques de hierro sus recuerdos. Los enajenó en un montón de banalidades que buscó para enterrarlos. Se propuso a sí mismo no detenerse hasta que ese agrio y trágico pasado quedara en el olvido. Fue así que se regenteó burdeles de mala muerte; antros llenos de forajidos y puertos de la peor calaña, con el único fin de obtener trabajos miserables y de llevar a cabo tareas desdeñosas, exasperantes, para aprender respecto del mundo en el que le tocaría vivir. Su misión lo condujo hasta las puertas de un lugar donde se necesitaban mercenarios a sueldo parcial.

—Yo... no pude hacer nada. No pude...

—Mi querido, cuánto has sufrido desde aquel penoso incidente. Y es una carga que has llevado tú solo todo este tiempo. Hasta hoy. Mi nombre es Letycia, y quiero que te quedes conmigo y conozcas mi historia.

Beiqam atento a todo, miró hacia el horizonte donde el sol ya no estaba; donde bancos de nube se levantaban llevados por los vientos del nuevo día. Sabía con toda franqueza, que algo secreto estaba pasando en esos minutos con esos dos.

—Escúchala, hermano.

Bekum la vio desconcertado y solo atinó a volverse hacia el circasiano.

—Bekum —dijo la muchacha—, ¿quieres quedarte conmigo? Permíteme que sane tu corazón, permíteme que sea tu amiga, ven conmigo, por favor. Tus errantes caminos te han llevado de un lugar a otro y en más de una oportunidad, has buscado la muerte. Pero esta te ha sido esquiva. El destino quiso que, al presente, tú y yo estuviéramos aquí.

Bekum reconocía que las palabras tenían cierto significado que solo él comprendía. Sus recuerdos no se habían ido, estaban con él la mayor parte del tiempo; pero ahora, percibía que todo podría llegar a ser diferente, que un cambio podría llegar a gestarse en favor de su futuro. Ya lo había dicho días atrás, que este sería el último trabajo que llevaría a cabo.

Se percató a la vez que la mera atracción que sentía por esa joven amazona que lo desafiaba con creces en todo sentido, no era un simple deseo de embriagarse de placer o de acostarse con ella como lo había hecho con las mujeres de la taberna del remero Johbs. Esto era distinto, un sentimiento mucho más profundo, un deslumbrante anhelo había roto los muros que se había esforzado por levantar para que nadie entrara en su corazón.

Gentileza, sutileza, una comprimida embriaguez de estar con ella, lo invadió de los pies a la cabeza. ¿Qué podría haberlo unido a esta mujer en este lugar de conflicto y penas? ¿Por qué de repente su corazón latía más fuerte que de lo normal?

—No me conoces... no sabes quién soy realmente.

—Ni tú a mí, sin embargo, no somos tan diferentes. Ambos llevamos historias, ayeres que pesan, amargos, difíciles de olvidar. Hacemos lo que podemos para seguir adelante. Y hoy, te

ofrezco mi amistad sin conocerte, y quiero que la aceptes. Lo he sentido toda la noche. Desde que tu espada me mostró todas esas visiones, desde que supe de tu sufrimiento. Yo, Letycia, entendí que tú, Bekum de Stroglia, eras aquel a quien había estado esperando toda mi vida.

—Hermano, en serio, quédate —expresó Beiqam viendo a las nubes y al camino que lo aguardaba—. Ya no le debes nada a nadie. Lo que aquí ocurrió es un antes y un después. Nada te obliga devolverte a ese lugar de porquerizas, y a esos enfermos de corrupciones. El destino te puso aquí por una razón. Nada ocurre por casualidad —se volvió hacia un abnegado mercenario que lo veía pensativo—. Como lo veo, la vida y el Cielo te han abierto las puertas para que entres a vivir la vida que te fue arrebatada. Tómala, amigo mío... y no la desprecies. Me marcho ahora. Ha sido un gusto compartir un trozo de pan contigo y beber de ese asqueroso vino caliente. ¡Jajajaja!

¡Yeah!

Cuando el caballo se puso en marcha. Bekum no sintió deseos de seguirlo. Solo vio alejarse y para cuando regresó su atención a Letycia, se encontró que sujetaba la mano de ella.

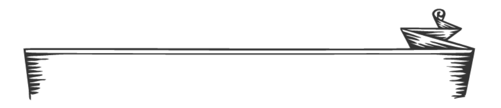
—Yo...

—No digas nada, deja que yo me ocupe de ti. Ven ahora, te presentaré a mi madre y a mis hermanos y conocerás nuestra historia.

Más allá, la líder de los Ethonnis, se encontraba de pie, sonriente. En su semblante se reflejaba una cálida bienvenida.

«Mi pequeña Letycia, ya eres toda una mujer. ¿Qué otras cosas nos esperarán hasta que nuestro nuevo nacimiento se concrete? Falta poco para la conjunción de la Luna de Sangre y pronto estaremos a las puertas del templo de Las Juhylians,

¡y cómo se conmueve mi corazón al saber que finalmente recobraremos nuestro destino en la tierra!»



RECUERDOS DE LHYANNE Y ELORA



No cabían las palabras para los felices momentos que Lhyanne poseía. Su casa, se ubicaba en las viejas llanuras septentrionales, muy al sur de las hermosas riveras de los ríos, Kubán y Térek, al oeste del Cáucaso. Una tierra próspera, habitada por pastores y ganaderos, estos últimos montañeses.

Como todas las mañanas, luego de asearse, beber su leche de cabra con pan y queso; salía presurosa para dar de comer a las gallinas. Le seguían a continuación, unas tareas similares, dado que sus padres poseían varias ovejas, cabras, antes mencionado y una variedad de patos, gansos y como era de suponerse varios perros, propios de la región.

Poco después, bajaba unos quinientos metros, hasta un pozo, donde extraía agua con una cubeta de madera. Acción que le gustaba, dado que se recostaba sobre la base de una colina, una especie de muralla de piedras y tierra, a un lado de un camino. Y desde allí observaba hacia abajo, en dirección a las aldeas, Askaletya y Nilevts. Y mientras degustaba un trozo de pan con miel y queso, esperaba unos minutos para poder apreciar lo que ella denominaba: "estampa perfecta de mi hogar". A su derecha, el enorme pastor caucásico, de larga melena, hue-

sos fueres y una gran complexión musculosa, mordisqueaba un hueso y de tanto en tanto, olfateaba el aire.

—Este lugar, sin dudas es nuestro amado hogar, ¿lo crees, Isba?

La niña acarició el pelaje de su amigo y sonrió. Para ella, los pequeños detalles, era lo que más le importaba y el estar con su perro, un trozo de pan y algo de agua, lo era todo. También amaba la leche de cabra y sus variedades, junto con el queso, la miel y por supuesto, las exquisitas tartas de verduras; las bolas de masa rellena de carne, verduras o requesón y el pastel relleno de carne picante. Oh, era su delicia; toda una obra de arte que amaba degustar.

En esto pensaba, cuando su perro, olisqueó el aire, giró su cabezota hacia un extremo del camino y gruñó alerta.

— ¿Qué pasa, Isba? ¿Qué ves?

En la distancia, a unos metros, por una bajada no demasiado empinada, ascendía la figura de un jinete a lomos de un notable percherón. Fue como si se hubiera desprendido de la nada, súbitamente y cerca de donde ellos se encontraban.

—Mm... ¿quién podrá ser, Isba? Es la media mañana y... no parece muy apurado, algo cansino; o tal vez... herido.

Los ojos verdes de la pequeña observaban con cuidado a la figura que se acercaba. Distinguió una armadura y una espada sobre su espalda. Un guerrero, pensó. Solitario y sin ejército. Quizá un mercenario, son los que más abundan por las comarcas. Callados. Distantes. Objetivos, nada que apreciar en ellos, excepto el deseo por el oro. El yelmo con la abertura para el rostro, poseía un penacho negro.

«Un circasiano de tierras bajas.»

El viajero pasó delante de ellos y se fijó en el perro. El can le devolvió el gesto y solo esbozó un amable gruñido. Sus instintos perrunos no vieron peligro en el guerrero. Levantó la cabeza y luego la dejó caer sobre sus patas delanteras. El viajero agradeció la bienvenida y le arrojó un trozo de carne de ciervo. La niña se levantó.

—No está envenenada —la tranquilizó el viajero—. Dime, ¿conoces Anexir-Bhen?

La niña dudó en responder, lo hizo más por temor que por prudencia. Finalmente, levantó la mano señalando hacia el sur.

—A diez días de marcha a caballo —expresó casi en un susurro.

El guerrero miró hacia allí y sostuvo la mirada por unos momentos.

—De acuerdo, gracias, pequeña.

Espoleó su caballo y se alejó. Lhyanne, pensó en ese momento, que sería buena idea ir a buscar a su hermana que se hallaba en los linderos bajos de la primera aldea. Isba se molestó porque debía posponer su comida para seguirla a través del campo.

Lhyanne corrió y corrió sin detenerse. Atravesó un pequeño arroyo de aguas claras. Se volvió y recogió algunas piedrecillas y florecillas que pudo encontrar en las orillas. Las guardó en su delantal y continuó con su carrera. Isba que se había dispuesto a comer, apretó con sus dientes el trozo de carne y la siguió.

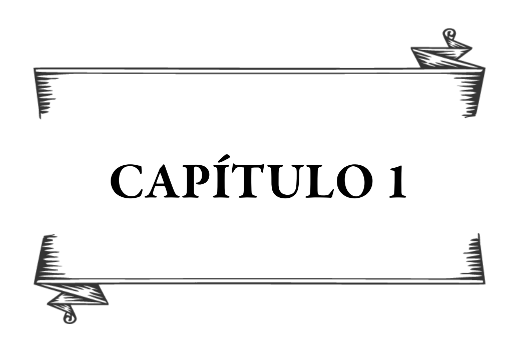
Un par de minutos más tarde, entre caminar y detenerse a contemplar la flora y fauna de la región; de correr y de nuevo detenerse, divisó a su hermana, cerca de uno de los senderos que se extendían en las proximidades del bosque.

La llamó a los gritos y levantó las manos. Su hermana estaba de espaldas e inclinada sobre un grupo de Grosellas. Lhyanne tropezó con un montoncillo de rocas y por poco se va de cara al suelo. Se apoyó sobre la gramilla, se puso de pie y limpió las manos en su delantal.

—¿Has visto, isba? Casi me zurro la nariz y la boca

Isba comía de su trozo de carne, gruñendo satisfecho. Todo estaba bien. Su protegida estaba bien y el día no podía ser mejor que degustar esa pieza de...

Se incorporó y olfateó el aire. De pronto todo dejó de estar bien. Gruño enseñando los dientes. Lhyanne que ya avanzaba hacia su hermana, se detuvo en seco. Un feroz rugido, seguido de bufadas y resoplidos se dejaron escuchar. Para cuando quiso advertir, una masa enorme de músculos y garras venía hacia ella. Isba se puso delante de su protegida y se preparó para enfrentar a la criatura...



CAPÍTULO 1

Años después de haber transcurrido el suceso con ese violento animal salvaje. Las cosas habían cambiado para estas hermanas. Hoy las promesas de una vida tranquila, habían desaparecido. Circunstancias fuera de lo normal, encerraron en prisiones los destinos de ambas. Nadie podía determinar el rumbo de cómo seguiría todo ahora. ¿Quién podría?

El calabozo estaba sumido en la más tétrica de las penumbras, iluminado solo por una débil antorcha en la pared más lejana, cuyas llamas parpadeaban erráticamente, como si estuvieran a punto de extinguirse. El aire se hallaba denso; cargado con el hedor de la humedad y la descomposición proveniente de los musgos y las enredaderas que trepaban por los muros.

Las paredes de piedra rezumaban agua, formando charcos en el suelo de tierra compactada. Allí, en ese abismo de miseria, encadenadas a la pared, dos figuras femeninas permanecían sobre un harapiento lecho. Sus bien alimentados cuerpos con sus senos parcialmente desnudos, y aunque rebosaban de la juventud y el esplendor de su edad, eran sombras de lo que alguna vez fueron; apenas unas jóvenes mujeres cubiertas de polvo y cenizas, de tierra y mancilla. Sus ojos de una tonalidad verde, brillaban con un ligero resplandor de amargura.

La mayor de ellas, Elora, levantó la cabeza; su cabello oscuro, caía sobre sus hombros y estaba enredado y sucio. Totalmente inexpresiva, parecía decididamente enfocada en pensamientos que solo a ella le concernían. Sombría y aguda, con su voluntad intacta, batallaba contra la flagelación y el encierro de la miseria a la que ella y su hermana, habían sido destinadas desde hace mucho tiempo por seres tan inescrupulosos como violentos.

Sus ojos veían hacia la noche, hacia las cerrazones; ese tumulto entretejido con negras madejas que se extendía por todas partes. Apática, cerrada al mundo, mostraba una insólita indiferencia para con todos los que la rodeaban.

En más de una ocasión se había liado con otras esclavas que sostenían un favoritismo especial con los sacerdotes. Despreciada e insultada por las otras prisioneras y deseada por los robustos comandantes de las guarniciones, marcaba los días con severidad, en un intento por mantener a su hermana, lúcida y viva. Sabía bien que solo se tenían a sí mismas para enfrentar lo que sea. Nadie más pelearía por ellas. Su enojo la mantenía cuerda y enfocada. No había tiempo para debilidades o lágrimas. El tiempo corría. No se detendría a pensar en su miseria. Tenía un solo objetivo. Uno solo. Escapar a como dé de ese escarnecido infierno.

Por esa razón y para su inequívoca resolución, la degradación que contemplaba dentro de los muros, no le afectaba. Había aprendido a tragarse sus lágrimas y a convertir los amargos trances, en un férreo instrumento de odio; un infatigable odio para la venganza que alguna vez gestaría, una vez que lograra huir de ese horrible testamento de muerte.

Como una bestia al acecho, llena de resentimientos y enfado por sus captores; la habían llevado a convertirse en una prisionera siniestra y feroz. El odio vino a ser para ella como el aire que respiraba, sabía que la infectaba por dentro como el veneno de un áspid y hasta le dejaba un sabor desagradable en su boca, pero era todo lo que tenía para sobrevivir.

Sí, indudablemente, necesitaba el odio, necesitaba masticarlo y brindarle aliento para que continuara creciendo, sin embargo, en los oscuros callejones de su alma herida, había alguien que evitaba que se deshumanizara por completo; dicha persona impedía que perdiera sus sentimientos y la vida que la colmaba. Esa era su hermana menor, Lhyanne, la razón de que no perdiera su cordura y con quien compartía el asolador cautiverio.

Contempló los cabellos de Lhyanne y sonrió, fue una sonrisa de quien sabe que no está sola, la de alguien que sabe cosas que nadie más sabe.

A cierta distancia en los olvidados confines del castillo, pudo percibir la algarabía de los hombres y los gemidos suplicantes de las mujeres, entre otros sonidos sollozantes. Poco después, también oyó secos estampidos dados contra la pared amurallada. Una extraña energía que rodeaba los elementos.

El aire estaba enrarecido y caliente, en algún lugar dormía un incierto presentimiento; como una viscosa serpiente esperando caer sobre todos. Las demás reclusas, sintieron miedo por el reptar de esos oscuros movimientos que se movilizaban del otro lado de las paredes; fue un miedo negro y contundente, y ese terror se mezcló con la ambigüedad de los instantes y la ponzoña de un desconocido peligro.

Los rumores se esparcieron. Las voces de alerta se alzaron de una celda a otra. Las manos aferraron los barrotes y las miradas inquirieron hacia los sólidos techos de granito.

«Me pregunto qué será todo aquello —continuó Elora, pensativa—; algo viene con la noche. Algo acecha en las brumas de este repugnante sitito.»

Observó a su hermana que se encontraba a su lado. Ambas habían aprendido a soportar el dolor, aguantar el hambre y a no mostrar miedo durante los momentos en las que eran empujadas a satisfacer a los nobles de turno.

Cada día en ese lugar maldito, había sido una lucha infranqueable por su humanidad; una lucha para no perderse en los infernales recovecos de la desazón que las rodeaba y las devoraba lentamente.

Lhyanne, que siempre se aferraba al coraje de su hermana. A menudo, soñaba con los días antes de su esclavitud, antes de que los viejos sacerdotes las arrancaran de sus vidas. Y esos recuerdos eran lo único que la mantenían cuerda.

Atrapadas en esas celdas, lo único que tenían a mano, era saber que se tenían una a la otra. Para Elora su cautiverio resultaba irremediable, sin fines ni propósitos que pudiera fortalecerla, excepto odiarlos a todos. Hacía tiempo que habían olvidado sonreír. La apatía del mundo, la cruel negligencia que debían soportar de sus captores, solo provocaba un deseo cada vez más fuerte de verlos a todos calcinados en el fuego de una destrucción que los llevara arder de por vida.

Lhyanne, por el contrario, razonaba si acaso estaba bien el pensar de ese modo. No deseaba llegar al final de su camino, siendo una ojerosa y flacucha carcomida por el resentimiento y sirviendo a un instinto de desolación, que tarde o temprano

terminara por consumirla a ella también. No deseaba eso. La ira significaba una combustión instantánea que le producía cierta liberación y alivio de saber que, en algún punto del futuro, les haría pagar caro su atrevimiento. Sí, le agradaba pensar de esa manera, no obstante, era consciente de que podría terminar cayendo a un abismal pozo de locura interminable, un hoyo de violencia irremediable.

Cada vez que meditaba sobre ello, se retiraba hacia el rincón, juntaba las manos sobre su pecho y oraba para que no terminara perdiendo la razón. Y de igual forma, oraba por su hermana.

Para Elora, en cambio, nada tenía importancia. Se ejercitaba cada vez que podía. En las noches a altas horas después de los baños que recibían.

El vapor recorría su cuerpo transpirado una vez que terminaba con sus exigidos ejercicios. Se acercaba hasta la ventana y observaba la luna.

Y una y otra vez se repetía.

—No moriremos aquí. Saldremos y les haré pagar por todo lo que nos hicieron. Reuniré fuerzas de algún lado y echaré este sucio lugar abajo. Que el poder que me escuche, reciba esta declaración que hago. Entregaré mi vida a quien me responda y me ayude a cumplir con esta labor. Seré un recipiente para quien desee poseerme y me ayude a cumplir con mi venganza. Mi vida y mi sangre entrego a quien responda este pedido.

En los espaciosos corredores de las tinieblas, las voces se silenciaron. Permitieron que el mensaje se moviera y encontrara su destino. Un ruego elevado con la fuerza innegable de un espíritu que estaba dispuesto a sacrificarse, sin importar lo que eso costara.

Se escuchó un rumor en la distancia. Un gemido de satisfacción. Dos enrojecidas pupilas se estremecieron en la penumbra de las sombras.

Lhyanne, sentada sobre la litera, se aferró las piernas y pensó en Isba, ese compañero fiel que la acompañaba y con quien había compartido tantos buenos momentos. Recordó los días en su hogar; corriendo junto a las cabras, trepando, rizando los caminos junto a los riscos, donde tantas veces se le había prohibido jugar. Reía y cantaba. Oh, sí, ella era feliz, tenía esperanza y creía en el amor. No había maldad en los confines de las aldeas, donde se acostumbraba a celebrar la vida, a disfrutar de esas costumbres que regían los condados en esa parte de la región.

Pero ahora, ese rememorar se desvanecía como un sueño al amanecer, reemplazados por imágenes de horror y sufrimiento, a cal y canto en miserias y desdichas.

—¿Elora? —murmuró con una voz apenas audible.

Su hermana giró su rostro hacia ella.

—Estoy aquí, Lhyanne. Estoy aquí. No nos rendiremos. Y hoy más que nunca. Escucha... tengo un vago presentimiento de que algo ocurrirá.

—¿A qué te refieres?

—Solo recuerda nuestra promesa de escaparnos de aquí.

—Sí, cómo olvidar esa promesa... es como un ave chillona y molesta que no sirve para nada.

—No pierdas la fe y confía que nos sacaremos de aquí.

—Ya no sé en qué creer. Anoche el idiota de Lehandro, me... me hizo hacer cosas que...

—¡Lhyanne! —la cogió de los hombros con firmeza—. Ya no pienses, no lo hagas, verás que...

—No puedo evitarlo, Elora —la expresión agobiada, se reflejó en las lágrimas—; es algo que está ahí, como un pájaro negro y funesto que no me deja en paz. Es como si todo estuviera

perdido y solo nos quedara esas... esas estúpidas horas con las que compartimos turnos con esos idiotas degenerados.

—Lo sé, sé cómo te sientes, pero... —pasó sus dedos sobre la mejilla de su hermana—; solo aférrate a lo que nos prometimos. Es algo que nos brinda esperanza, y sé que está más cerca de lo que imaginamos.

—Ojalá —el suspiro, la llevó a toser un par de veces.

—Toma, bebé agua de mi redoma, ya veré de conseguir más.

—Gracias...

—Te lo prometí, Lhyanne y lo cumpliré, verás que sí. Ninguna cadena por más fuerte que sea, impedirá que seamos libres.

«Saldremos de aquí, a como dé lugar. Alguien escuchará nuestros ruegos. No me importa quién o que sea. Yo sé que obtendré respuestas.»

Expresaba esa promesa, no por el hecho de brindarse esperanzas, sino porque, en el ocurrente deseo de algún tipo de vaticinio, lo sabía, ella sabía que un día dejarían atrás esos tortuosos muros que la aprisionaban. Su instinto se lo decía. Y vez tras vez, indagaba en las paredes, en los pasillos y en los almacenes cuando la enviaban por suministros. Sus ojos estaban atentos al igual que sus oídos.

Y hoy, lo sentía, lo podía sentir en sus entrañas, que la noche traería consigo una oportunidad, una grieta en la prisión que las retenía. Lo supo al ver a los guardias que se habían mostrado más agitados de lo habitual; susurros de algo impredecible e inminente que deambulaban por los pasillos advirtiendo de un peligro, una amenaza inminente en los linderos de la ciudad.

Al ser una esclava, había aprendido a observar y a retener los detalles por más pequeños que estos sean, en especial aquellos, que para muchos pasaban inadvertidos.

Entonces, como si el destino mismo hubiera escuchado sus pensamientos, un estruendo sacudió la fortaleza.

El temblor fue seguido por gritos y el entrechocar del metal. Los guardias tropezaban unos con otros, con sus pisadas que resonaban en las paredes de piedra. Todo bullía con el típico alarido de la guerra y la sangre derramada.

—Algún idiota que pretende asaltar la guarida del lobo —dijo Themesia, una escultural griega, de cabellera larga y mirada profunda, que se hallaba en una de las celdas, próximas al fondo del corredor.

Recostada sobre la pared, hurgaba en los sacos de provisiones, indiferente a los ruidos del exterior; para ella, la vida solo existía en esas confinadas murallas; lo demás, todo lo que pudiera venir del otro lado, no afectaba sus emociones. Conocía que, sin importar las circunstancias y en caso de que la fortaleza cayera en manos enemigas, simplemente pasarían a ser propiedad de otros dueños. La mayoría de los concejales y nobles, sabían de la ambición que otros reinos enemigos sostenían por las mujeres de la fortaleza de Tyneple. Cien esclavas bien dotadas y bellas como pocas.

— ¿Quién crees que sea? —preguntó Vhenea, otra griega de complexión delgada.

—Algún loco degenerado que quiere alzarse con nosotras —encontró una pequeña manzana verde en buen estado—. Sí, el oro y el moro. Justo lo que necesitaba.

— ¿Por qué lo dices? —expresó Kyna, una robusta africana.

—Mm... ¿qué tiene este lugar que no sea a nosotras? —recorrió con su vista los rostros de las cuatro mujeres que no estaban encadenadas y compartían su celda. Sonrió y dio un mordisco a su fruta—. Nada. No hay nada. El viejo mago se sienta sobre su sitial como si fuese su reino. Pero es astuto y sabe de las intrincadas maniobras de traiciónes y amenazas que se extienden sobre él. No, mis queridos juguetes sexuales, él no tiene nada de valor aquí, excepto a nosotras. Este burdel, sirve solo para ese fin. Sus posesiones y riquezas están en otro punto de la ciudad. ¡Siquiera armas hay aquí!, solo las que los idiotas centinelas llevan en sus cinturas —chasqueó con la lengua y negó con la cabeza—. Vienen por nosotras —levantó la mirada hacia el techo—. Otro perverso miserable con ideas raras, está buscando entrar. Ahora quiero comer.

Al siguiente el horror se filtró en su mente.

— ¡MONDRADEEL! —se escuchó desde arriba y con gran fuerza.

Themesia, quedó con la boca abierta. Dejó de masticar y corrió hacia las rejas de la puerta de entrada de su celda. Intentó ver hacia la izquierda y observó que varios soldados corrían por las escaleras. Volteó a ver hacia la derecha y no vio a nadie más. El pasillo estaba desolado. Se dio la vuelta y se recostó sobre los barrotes.

—Esto no es bueno. No lo es, para nada.

— ¿Qué ocurre? —dijo la africana.

—Tú no lo conoces, no sabes quién es ese monstruo. Solo diré que, si este lugar llegase a caer... —se enfadó volviéndose hacia las rejas—. ¡Carajos! No puede ser cierto. Esto no puede estar pasando, ¿cómo es posible que nadie previera esta situación?

—¡Themesia! —exclamó Vhenea, escuchando los gritos de guerra que se alternaban con otros sonidos que rasgaban los muros—. Por favor, ¿qué pasará con nosotras?

La aludida la miró directamente a los ojos.

—Nos llevarán lejos de aquí. Nos venderán a los brutos de Dinamarca y muy posiblemente, después de que se cansen de nosotras y hagan lo que quieran... terminaremos siendo sacrificadas a sus repugnantes ídolos.

Vhenea palideció y buscó acurrucarse contra la pared. Themesia se arrepintió de haber dicho eso último y fue con ella con intenciones de tranquilizarla. La abrazó y besó su cabeza.

—No solo esclavas, sino también vendidas para lo peor —dijo Kyna—. Jodida suerte.

Elora, por otro lado, lo supo al instante. Volteó su mirada hacia el techo. El tumulto venía de arriba, de los pisos superiores. Una feroz batalla arreciaba furiosamente sobre el emblemático lugar.

— ¡Lhyanne, levántate! —dijo con urgencia—. Será ahora o nunca. No podemos perder esta chance. Debemos prepararnos. Nada más puede retenernos aquí.

—Prepararnos... ¿para qué?

Aprehensiva, Elora tanteó con un viejo y oxidado clavo, la cerradura de sus cadenas y buscó el punto débil que había notado días atrás. Sus manos rasparon el metal con el pequeño elemento, buscando desesperadamente cualquier resquicio que pudiera hallar.

El sonido de los gritos en el exterior se intensificó, acompañado por un estallido que hizo vibrar las paredes. Todo aparentaba convulsionarse y venirse abajo. La tormenta humana a la que llamaban batalla, había comenzado.

«No aguantaremos mucho más aquí. Vendrán por todas nosotras y nos trasladarán al piso inferior, al peor de todos; y allí nos mantendrán encerradas hasta que todo acabe o ellos mueran y se olviden de nosotras y los nuevos perros nos encuentren para su uso personal. ¡Porquería! ¡Ya cede de una buena vez!»

— ¡Vamos, vamos, jodida cadena!

...

¡Clack!

El chasquido metálico al romperse, la llenó de entusiasmo. Rápidamente liberó a Lhyanne. Los labios resquebrajados de ésta, apenas se abrieron.

—Elora… yo, no puedo, me siento muy cansada. Han sido días extenuantes y…

— ¡Sí que puedes y lo harás! No tienes opción —replicó con severidad—. Tengo fuerzas de sobra para luchar por las dos. ¡Vamos, debemos salir de aquí!

Lhyanne se puso de pie y avanzaron hacia la puerta del calabozo que se encontraba entreabierta. Los guardias, distraídos por el caos del exterior, habían descuidado la vigilancia. Además, ¿qué podían hacer dos esclavas encadenadas?

Los gritos crecían, al igual que lo hacía la batalla y el fragor que está traía; toda erizada de colmillos de acero y aplastando todo a su paso, como una frenética y colosal silueta recogida en un caldero en llamas.

Elora empujó las rejas con cuidado. El pasillo exterior estaba desierto y solo el eco lejano del conflicto llegaba hasta sus oídos. Se movieron paso a paso, casi gateando, en un silencio roto por la respiración entrecortada.

Continuaron conscientes de saber hacia dónde debían ir. Durante años habían oído hablar de un viejo alcantarillado, un conducto de escape utilizado por los antiguos habitantes del castillo.

A lo largo del corredor, las otras prisioneras clamaban a grito por ser liberadas. Varias llamaron a Elora para que las ayudara a escapar, prometiéndole oro que tenían escondido entre otras cosas. El sonido de la trifulca, atenazaba los rostros de las mujeres que se resquebrajan de miedo, de una incierta desmoralización.

— ¡Elora, por favor! ¡No nos dejes aquí! ¡Es el ejército de Mondradel el que ataca la fortaleza! Si ellos vencen nos

venderán a los brutales hijos del mar y del hielo; y cosas peores caerán sobre nuestras cabezas.

—No ganarán —respondió con firmeza—; el mago es mucho más fuerte que toda esa inútil infantería de guerra que han traído para atacar este sitio —lo siguiente fue dicho en voz baja—. Su muerte es mía. He puesto mi alma en venta para que eso ocurra.

— ¡De igual modo, ayúdanos!

— ¡No nos dejes aquí!

—No lo hará —interrumpió—, Themesia. Yo, no lo haría. ¡Viaja con la buenaventura esclava del dolor y de la lujuria! ¡Puede que un día nos encontremos o no, quien sabe...!

Elora, posó la vista sobre la orgullosa griega. Hizo el ademán de avanzar hacia la celda.

—No, mi querida amiga, esta es tu lucha. Ya tienes a Lhyanne como para que cargues con otras. De todas formas, somos hermanas de la esclavitud. De seguro nos volveremos a ver.

—No me olvidaré de ti, Themesia.

—Lo sé, querida. Ahora ve, aléjate de esta barahúnda mugrienta y lleva a cabo tu plan.

Elora extendió la mano y Themesia hizo lo mismo. Sus manos se entrelazaron en un firme saludo que evocaba despedidas.

—Gracias por las veces que compartiste tu pan.

—Me harás llorar, sajona. Vete y no mires atrás. Tampoco escuches a nadie. ¡Deja que aúllen los que comen a la mesa de los primeros cardenales y huye de aquí, amiga mía! —apoyó los brazos sobre los barrotes horizontales—. Vete, Elora. Y vénganos —sus ojos se tornaron sombríos—. Véngate de todos.

Las miradas de miedo de las otras prisioneras de primera línea; las que gozaban de ciertos privilegios, se entrelazaron con la convicción de saber que podrían tener una oportunidad de escapar, y pidieron a Elora que las ayudara.

Pero la muchacha, hastiada de todo, no cedió. Los gritos se convirtieron en insultos y amenazas de muerte a medida que las hermanas se alejaban de los turbios corredores.

A cada paso, la oscuridad se hacía cada vez más densa, únicamente rota por los destellos de luz de las antorchas caídas. Los gemidos de los heridos y los gritos de los moribundos llenaban el aire; para Elora, pensar en lo que pudiera estar ocurriendo arriba, resultaba poco menos que importante. Su único objetivo era llevar a Lhyanne a un lugar seguro, y de ese modo, alejarse de ese infierno que las había atrapado durante tanto tiempo.

— ¿Por qué no las ayudaste? —inquirió, Lhyanne—. Son prisioneras al igual que nosotras, asediadas por los mismos dementes y hasta hemos padecido las mismas miserias

—No, exceptuando a Themesia y Vhenea, nosotras somos una raza aparte. No podemos dejarnos atrapar por la bondad del corazón, es mejor que lo encerremos bajo llave para que no caigamos en las trampas de los mecanismos infieles de aquellos que se aprovechan a través de la caridad y la amistad. ¿Te has olvidado lo que te hacían meses atrás? ¿Las burlas y sus patéticos berrinches por ser las últimas durante la cena de los ricos y nobles? No, Lhyanne, por mí se pueden caer de perdidas, que no las ayudaré. Ninguna hizo nada para defendernos de las pujas que esos puercos malnacidos hicieron en nuestra contra, cuando dos de los carceleros aparecieron muertos. Solo rieron a escondidas. Y yo juré que un día, seríamos nosotras las que

reiríamos al último; a pesar de que ya perdí las ganas de hacerlo. Es igual, en lo que a mí concierne, se pueden podrir en sus celdas que no las ayudaré.

Lhyanne cerró la boca y ni expresó o gesticuló nada más. El desprecio de Elora por otros era tal que la estremecía. Resultaba curioso y extraño lo que percibía de ese violento comportamiento por parte de su hermana, y nunca podría admitir a ciencia cierta, si acaso un día llegaría a conocerla en su totalidad.

Es como si todavía estuviera encerrada en esa vieja celda de rigores fermentados. Una celda de resentimiento y odio por todos. O puede que se equivocara y estuviera en lo correcto lo que... ¡No!, indefectiblemente que no.

El camino de la venganza solo se emancipaba con la tragedia. Y lo último que necesitaba no resultaba ser precisamente eso. Suspiró con fuerzas y se enojó. Se apartó un mechón de cabellos que le caía sobre los ojos.

«Desconsiderada o no, eres mi hermana. Sé que debo estar contigo, así hagas cosas que no me gusten.»

—Yo... a veces me das miedo, Elora.

—No hables y guarda fuerzas. Saldremos de aquí —dijo con una voz que resonó vacía y sin violencia. Su mirada sombría no admitía razonamiento alguno con la bondad; si el mundo le daba la espalda, ella se la daría a todos los que habitaban en él.

El corredor las llevó hasta el borde donde se suponía que estaba la entrada al alcantarillado. El áspero olor les confirmó que estaban en el lugar correcto. Un pesado metal bloqueaba la entrada. No sería inconveniente para la renuencia de la hermana mayor que la empujó haciendo acopio de todo su esfuerzo, provocando que la compuerta se abriera con un chirrido grave por causa del desuso. El aire viciado las golpeó.

— ¡Puaj! —dijo Lhyanne—, todo se pudre aquí.

Elora se giró hacia su hermana, que la miraba con ojos vidriosos.

—Toma, anúdate este pañuelo a la boca y nariz. Y ve tu primero, yo te seguiré. No te preocupes, iré detrás de ti.

Lhyanne se ajustó pañuelo a su rostro y se arrastró hacia la abertura, desapareciendo en la oscuridad del túnel. Elora cerró la compuerta y la siguió.

El túnel era angosto y resbaladizo, las paredes cubiertas de musgo y moho, estaban impregnadas de gusanos y otras aberrantes criaturas reptantes y babeantes.

El agua sucia les llegaba hasta las rodillas, cada paso era una lucha constante a través de las oscuras callejas subterráneas. Lhyanne señalaba hacia uno y otro lado. Emitía un pequeño grito de asco y buscaba adelantarse todo cuanto fuera posible, evitando no tropezar para caer en el horrible lecho resbaloso y gomoso.

— ¡Pero! ¿Qué clase de porquería arrojan aquí? —exclamó, llevando su antebrazo a la boca y nariz.

Elora que sostenía una antorcha, pensó en brindarle la respuesta correcta.

—Basura y... —prefirió no continuar y dejarlo así. Su hermana tenía más que suficiente con el cansancio y el hedor que la envolvía.

Ambas vomitaron una y otra vez a lo largo de todo el trayecto. El tiempo parecía estirarse en ese corroído drenaje, sin embargo, después de lo que se asemejó a una eternidad, vieron un destello de luz a pocos metros.

La salida.

Elora sintió un nudo en el estómago, una mezcla de esperanza y miedo, por poco y vomita, de nuevo.

—Estamos cerca —dijo, más para sí misma que para Lhyanne, quien ya no daba más.

Al llegar al final del túnel, se encontraron con una rejilla oxidada que bloqueaba la salida. Ambas tiraron de ella con fuerzas. La rejilla cedió lentamente, hasta que pudieron salir.

Las recibió una playa rocosa, con el cielo nocturno extendiéndose sobre ellas como un manto de estrellas. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla les dio la bienvenida.

Todo fue un contraste surrealista en comparación con el mundo de pesadillas que habían dejado atrás.

—Estamos libres, Lhyanne — murmuró, ayudando a su hermana a ponerse de pie—. Por fin estamos libres. Te dije que lo lograríamos. Ven, démonos un remojón para quitarnos toda esta suciedad.

No hubo algarabía cuando tocaron el agua y se sumergieron en ella. Elora no deseaba permanecer por mucho en el lugar, solo lo necesario. Su hermana, por el contrario, se abstrajo en las olas y en el mecer de estas sobre ella.

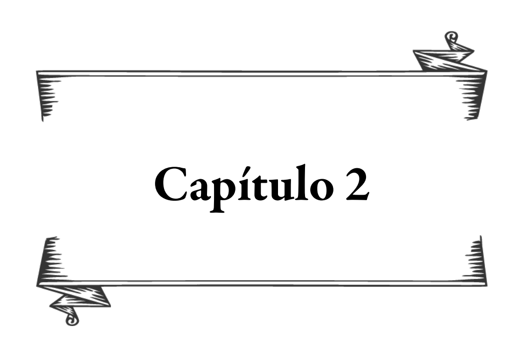
Pero mientras observaban el mar oscuro y el puerto en la distancia, ambas recordaron que ya no tenían un hogar al cual regresar, ni familia ni amigos. Todo lo que les quedaba era su odio, y una promesa silenciosa de vengar los años de sufrimiento que habían soportado.

—Iremos hacia el puerto —dijo Elora, saliendo del agua—. Encontraremos un barco y dejaremos atrás todo este condenado convento de cadenas y azotes.

Lhyanne, agotada, pero sintiéndose viva, prosiguió en silencio. Para ella todo denotaba esfuerzo y cansancio. Soñaba con caerse rendida en un mullido sillón y dormir por días.

«Pero supongo que habrá que esperar hasta que eso ocurra.»

Se envolvieron en los mantos que traían atados sobre sus espaldas, se anudaron los pañuelos a la cabeza. A su alrededor reinaban las brumas somnolientas de la noche y el sonido de la batalla que todavía continuaba en las márgenes del castillo de Tyneple. Retumbaban los estruendos y los espantosos sonidos de la tragedia. Elora rumió su desconfianza en los hechos y prefirió no decir nada más. Lhyanne se mantuvo de igual forma, en silencio.



Capítulo 2

La luna colgaba alta en el cielo, un disco pálido que arrojaba su luz fría sobre el puerto. Elora y Lhyanne se arrastraron por las sombras, evitando las miradas curiosas y los guardias que patrullaban por los muelles.

Si bien, la playa rocosa les había proporcionado una breve tregua. No podían seguir vistiendo sus viejas prendas todas deshechas. Fue así que, Elora aprovechó para hacerse de algo de ropa que pudo robar de un mercado cercano. Inmediatamente buscaron esconderse a toda prisa para no perder más el tiempo. Ya empezamos bien, pensó Elora.

Y en un sombrío callejón, al amparo de las sombras; se desprendieron de los despojos que portaban y cada una, vistió un corsé de cuero seco, camisas de lino y pantalones de cuero. En cuanto a las botas, Elora ya las había robado del almacén de la guardia donde estuvieron retenidas, poco antes de escapar.

—Que se vaya al carajo, Tyneple —espetó Lhyanne.

—Al cuerno con todos. Ya nada nos detendrá.

—Aunque todavía no hemos escapado del todo.

—Lo haremos, Ly. Deja de ser una pesimista y comienza a pensar en positivo —arregló los cabellos de su hermana y asintió—. Ven, es hora de seguir.

Se interrumpieron al escuchar los pasos de quienes atinaban a pasar cerca del lugar. Un hombre, en evidencia ebrio hasta la nuca, se apoyó sobre una de las paredes y se dispuso a llevar a cabo su necesidad primaria. Lhyanne arrugó un gesto de desagrado. Se encaminó por detrás y lo golpeó en la cabeza con un trozo de madero seco. El acusado se apoyó con las manos sobre el muro. Elora, sorprendida por la ejecución de su hermana, abrió la boca. El bellaco emitió un gemido y cayó sobre unos bultos de basura. Lhyanne no miró sin embargo con demasiada atención si el desprevenido ambulante se encontraba con vida o no. Dado que lo golpeó y fuerte. Hasta que escuchó el primer ronquido. Sintió cierto alivio de que así fuera.

— ¡Pero! ¿Qué diantres, Ly?

— ¿Qué? He soportado varias cosas como para que orinen a un paso de donde me encuentro.

— ¡Mujer! No debemos llamar la atención.

—El tonto no lo hará, duerme la mona.

En ese preciso momento, volvieron su atención al oro extremo del callejón. Otro advenedizo ebrio se dirigía caminando hacia ellas sosteniendo una botella de ron en su mano derecha. Emitió un gruñido y tropezó con los restos de un viejo mueble. Enseguida, cayó de bruces al suelo. El porrazo se lo llevó puesto y permaneció tendido sin moverse. Elora miró a Lhyanne y ambas decidieron que lo mejor sería salir de aquel lugar.

El puerto estaba vivo con la típica actividad nocturna. Marineros borrachos que se tambaleaban entre juergas y empujones unos con otros; mujeres de vida fácil riendo en voz alta que eran manoseadas por los primeros; y los habituales mercaderes cerrando tratos a la luz de las linternas. Intriga y engaños. Traiciones y venta de todo tipo de menudencias que contrabandeaban sin límites de horarios ni reglas que los rigieran.

Porque todos saben que el dinero habla y se lo debe escuchar, se lo debe escuchar para no terminar pobre y harapiento o desnudo siendo perseguido por los perros muertos de hambre y las pulgas que los acosan o siendo pateados por los soldados y otros metiches que se ufanan de sus posiciones.

Y entre los caminos y los ir y venir de los comerciantes, piratas, forajidos y mujeres que transpiraban los caprichos de sus deleites, surgieron los espacios apropiados para mezclarse.

Elora pudo distinguir las luces de los barcos, anclados en la bahía, que se balanceaban suavemente con el ritmo de las olas. No repuso con demasiada atención en los diseños. Necesitaba encontrar un barco acorde a sus requerimientos. Un mercante.

Para cualquiera que los mirara, el puerto parecía un refugio en la más absoluta normalidad, sin embargo, para las hermanas era un campo minado, donde un pequeño error podría costarles la libertad recién ganada.

—Tenemos que encontrar uno que salga esta noche —susurró Elora, manteniendo su voz baja mientras tiraba de Lhyanne hacia un rincón oscuro entre dos barriles de madera.

— ¿Cómo sabremos cuál es el adecuado? —preguntó, mientras sus ojos buscaban desesperadamente en la multitud cualquier señal de peligro.

Elora observó los navíos, sus ojos recorrieron cada mástil y vela con una precisión fría. Sabía que no podía permitirse preguntar ni podía arriesgarse a ser descubierta. Necesitaba un barco mercante, uno grande, con una tripulación lo suficientemente numerosa como para que dos polizones pasaran desapercibidos.

—Busquemos uno que esté cargando suministros —dijo, señalando con la cabeza hacia un barco al final del muelle—. Los que parten pronto, suelen hacer los preparativos de último minuto. Ese será nuestro momento.

Lhyanne confiaban en el juicio de su hermana. Sabía que era fuerte, decidida; a pesar de que veía la fatiga en sus ojos y el peso de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros.

Sintió un frío hormigueo recorrer su espalda.

Por donde ellas desandaban, las sombras ocultaban su presencia de cualquiera. Agazapadas, se movieron con celeridad a través de los bultos que se amontonaban en la explanada. Elora estaba tranquila, Lhyanne era un manojo de nervios.

Se deslizaron entre la oscuridad, moviéndose con la cautela de dos animales acorralados que deseaban huir. A Lhyanne le asustaba la idea de ser capturada, pero más le disgustaba los olores que se dispersaban por el ambiente. Aunque acostumbrada a ciertos rigores molestos y desagradables de su encierro, no podía entender como las personas libres olían peor que un alcantarillado. El hedor a ropa sucia, a cerveza rancia y otros sopores que le llegaban a su nariz, la llevaban a escupir una y otra vez.

—Escupes peor que un marinero ebrio, Anne.

— ¡Que me lleve el viento y la marea! Esto es peor que una letrina.

—Apenas has salido y ya te comportas como una niña ricachona.

—Es una jodida —una arcada la interrumpió—, jodida porquería —un eructo y tosió dos veces.

— ¿Pero qué cuernos fue eso?

—Mi estomago se ve tan revuelto que no sabe cómo funcionar.

Y por primera vez en mucho, una ligera sonrisa asomó en el rostro de Elora. Lhyanne alcanzó a verla y se detuvo viéndola por unos segundos. Fue agradable y al mismo tiempo triste.

— ¿Qué...? ¿Por qué me ves?

La pregunta la hizo negar con la cabeza.

— ¿No puedo verte, acaso? Eres mi hermana, ¿no?

—Niña, sí que estás rara. Vamos, continuemos o seguirás descompuesta todo el camino.

Elora observó los barcos amarrados durante un tiempo prolongado. Calculó las probabilidades y cuál sería la maniobra más acertada para abordar uno. Diseñó un plan en su mente. Sería el único. Un tiro sin chances para dos.

Percibió las dificultades de subir por la baranda y el toparse con algunos marineros.

Al final se decidió por uno.

El barco estaba anclado entre dos navíos de la armada real de Tyneple, en una posición que resultaba ventajosa para ellas.

Elora se descubrió mirando directamente a la popa de lo que sería su ruta de escape. El navío no era demasiado pomposo ni atractivo a la vista.

La cubierta estaba limpia y sin la presencia de nadie a bordo. Se movió con sumo cuidado, se miró las manos que le tem-

blaban por causa de los nervios. Chistó por lo bajo y se las masajeó un poco. Se animó y suspiró.

Continuó aferrando fuertemente a su hermana a través de la explanada sin que nadie las detuviera. Del otro lado de la rampa, a unos diez metros, se encontraban algunos marineros apostando en un juego de cartas. El viento soplaba a su favor y en contra de ellos. La chance se le presentó.

Casi al segundo pudo distinguir la mano de la suerte guiando sus pasos, que, a simple vista, parecía una opción perfecta. Y entre el ruido y el sonido y los gritos de los entusiasmados apostadores, las mujeres se encaramaron con rapidez por la barandilla.

El barco que habían elegido era un viejo mercante; cansado de recorrer las interminables rutas marítimas, huraño como su capitán y lleno de cicatrices por todas partes; raspones, agujeros tapados con brea y sus velas parcheadas; el casco estaba cubierto de algas y sal.

«Justo lo que necesitamos para escapar», pensó Elora que ya no deseaba estar un minuto más en tierra.

—Por aquí —susurró, guiando a su hermana hacia la bodega del barco, a través de la puerta corrediza que se hallaba abierta. Los suministros estaban apilados en desorden—. Escondámonos detrás de estos barriles. Con suerte, no nos encontrarán hasta que estemos en alta mar.

—¿Y si nos encuentran? —dijo Lhyanne apretándose la sien con la mano derecha—. ¿Qué crees que nos ocurrirá?

—No pienses en eso. Vayamos un paso a la vez y anímate.

El lugar estaba lleno de olores fuertes: pescado salado, especias y el inconfundible olor a humedad que parecía impregnado

en la madera misma del barco. El asunto le resultó familiar a las jóvenes polizontes.

Se acurrucaron en un rincón, con algunas manzanas verdes que habían sustraído por ahí.

Al resguardo de una vieja lona, se dispusieron a devorarlas.

—Come despacio —dijo Elora—, no eres un animal.

—Ya lo creo que sí, estoy famélica. Con miedo y con hambre. Con sueño y con hambre. Mm... ¿sabes?

— ¿Qué?

—Por fortuna que nuestros dientes están en buen estado. Comer esas infusiones que la vieja Lea nos daba, nos hizo bien. Su constante cuidado para que siempre nos viéramos bien, de alguna manera sirvió para mantenernos de pie, ¿no te parece?

—Sí, ella... supo cuidarnos bien. Tal vez la única que se preocupaba de nosotras. Curaba nuestras heridas y nos alimentaba con porciones extras.

— ¿Qué crees que habrá sido de ella?

—No lo sé, pero dejemos de hablar de lo que vivimos; concentrémonos en el presente... y no te atragantes. Toma, aquí tienes agua, bebe o te atorarás.

Lhyanne siguió comiendo, vigilando las escaleras. La luz de la luna se filtraba en el recinto, otorgando aureolas de una leve luminosidad. Elora permanecía en silencio, comiendo un bocado a la vez, en tanto repasaba las posibilidades que tendrían una vez que estuvieran en alta mar.

—Elora

— ¿Qué?

—Gracias por ser mi hermana.

—Soy yo la agradecida de tenerte conmigo.

—Somos dos locas, ¿cierto?

—Vaya que sí. Vamos, termina de comer, que debemos descansar.

—Cierto, estoy molida, ¿haremos guardia o...?

—No, Tú duerme, yo vigilaré en todo caso.

—No te esfuerces mucho.

—No lo haré.

Una sonrisa. Un guiño de ojo. Y otra manzana que mordía el polvo. ¡Vamos por la siguiente!

— ¿Me has escuchado? No te esfuerces y duerme también un poco.

—Habla bajo.

—Lo haré y ya no tendrás que preocuparte por mis nervios. Dominaré ese estúpido miedo y lo moleré a golpes.

—Nunca dije que tuvieras miedo.

—No, es cierto. Igual te lo digo.

Elora sonrió y movió sus ojos hacia abajo. Estaba cansada. Muy cansada. Lhyanne la contempló por unos segundos.

— ¿Recuerdas nuestro hogar?

—Anne...

—Yo sí, y sé que tú también. Por más que no desees hacerlo —sonrió y permaneció contemplando la

manzana—. Recuerdo la arena de nuestro lago, sobre la esquina oriental de la primera colina. Los camalotes y helechos, los helechos por montones, unos troncos secos, los mismos de siempre, aquellos que los hijos del arenero arrojaban, con el fin de molestar al viejo molinero. En el camino, una casa. Más allá, otra colina. Las abejas de los colmenares, el gordo Net hambriento por la miel y los emparedados de mantequilla de maní que compartía con nosotras, junto a los quesos olorosos que solía degustar. En la cima de la segunda colina, los halcones que revoloteaban por encima de sus nidos. Las viejas comadres de largas trenzas que solían amontonarse para chismorrear al abrigo de los abetos. Las tardes que correteábamos juntas. La iridiscente luz de la dama de la noche, tan espléndida y brillante, navegando por un firmamento oscuro. Y en nuestro hogar, al calor de la chimenea, la abuela tejiendo ese viejo tapiz, las gatas que jugaban con el estambre. La tía Helga, acostada sobre la mecedora. Y... tú y yo, bebiendo leche con almendras. ¿Lo recuerdas?

Se dio la vuelta para verla. Elora dormía recostada sobre su brazo.

Asintió complacida.

«Es mejor así. Ya has hecho mucho. Yo haré la primera guardia.»

El sonido del agua golpeando contra el casco, junto con los ruidos lejanos de la tripulación, era el único indicio de que el tiempo seguía avanzando.

Elora se despertó sobresaltada. Investigó con rapidez la situación y comprobó que todo estaba en calma. Cerró los ojos por un momento, sintiendo el latido de su corazón en los oídos. Habían logrado escapar, pero el peligro no había terminado. En cualquier momento, podían ser descubiertas.

Tenía que mantener la mente clara, tenía que proteger a Lhyanne. Abrió los ojos de nuevo y contempló a su hermana, que ya se había dejado vencer por el agotamiento y dormía profundamente a su lado.

Pasaron varias horas antes de que el barco comenzara a moverse. El crujido de la madera, el suave balanceo del barco y el repentino cambio en la dirección del viento indicaron que finalmente estaban navegando.

Sintió una punzada de alivio, pero no dejó que la confianza la embargara. Sabía que su viaje apenas comenzaba y que el mar era tan traicionero como los hombres de los que habían huido.

—Elora... —murmuró Lhyanne en sueños. La mencionada, la acarició suavemente.

—Estoy aquí. Tranquila.

El barco navegaba bajo la luna nueva, con sus velas llenas del viento nocturno. Elora pensó en el destino que las esperaba, en la posibilidad de encontrarse con una nueva vida, lejos del dolor, lejos de los recuerdos que las acosaban. Y algo en su interior, una oscura intuición, le decía que su historia estaba lejos de haber terminado.

«Porquería de acertijos sin sentido, ¿por qué me asaltan en todo tiempo estos entredichos sin consistencia? ¡Cielos! No

veo la hora de que estemos a salvo en un lugar seguro y alejado de toda esta estúpida paranoia a la que hemos sido empujadas en contra de nuestra voluntad.»

Podía percibir en sus oídos las voces de sus carceleros y las de los clientes de turno que profanaban su cuerpo, obligándola a hacer cosas que ya no deseaba recordar. La pulsación en sus latidos se hizo cada vez más fuerte, mientras respiraba con rapidez. Llevó una de sus manos a la boca y rompió a llorar después de mucho tiempo.

Con los dientes apretando su puño, lloró sin consuelo. Levantó su rostro cubierto de lágrimas y observó el techo de madera. La luz de la luna que se colaba a través de las hendijas. Extendió su mano derecha y tocó el haz de luz. Sus dedos se movieron con lentitud como si jugara con el brillo.

Sus labios resecos y estremecidos, balbuceaban por lo bajo palabras entrecortadas, palabras que se mostraban con interrogantes demasiados intensos. Y en ese estado de desahogo, de incomprensión absoluta hacia los hechos que le tocó vivir, pudo determinar que su vida, podía llegar a tener un futuro donde pudiera experimentar el sosiego de una existencia tranquila.

Entre el llanto y el agotamiento, su cuerpo se fue aflojando. Y poco a poco fue rindiéndose al sueño. No se resistió. Los brazos le dolían, sus piernas también, pero ese arremolinamiento somnoliento, fue mucho más fuerte y pudo con ella. De nuevo se durmió.

Horas más tarde, cuando la oscuridad de la noche comenzaba a ceder al pálido resplandor del amanecer, la calma fue rota por un sonido ominoso; un trueno distante que resonó en las cercanías, a pesar de que no había nubes en el cielo que indicaran la cercanía de una tormenta.

Elora, se despertó la primera, se levantó de su lugar y agudizó el oído.

— ¿Qué es eso? —preguntó Lhyanne, despertada también por el ruido.

—No lo sé —respondió con su voz tensa—; pero, no me gusta. Percibo algo extraño en el ambiente. No me agrada.

—Mucho menos a mí.

—Veremos de que se trata. Hay que estar atentas.

—Ya lo creo que sí; este lugar no es mejor que el puerto, lleno de ladrones, abusivos y perdedores sanguinarios.

—No pienses, debemos...

El sonido del trueno se hizo más fuerte, seguido por un crujido que reverberó a través del barco. Elora sintió un escalofrío recorrer su columna. Corrió hacia la pequeña escotilla que daba a la cubierta y la abrió con cuidado para poder asomarse. El cielo apenas si seguía despejado y el mar estaba inquieto, las olas comenzaban a crecer, golpeando con fuerza el casco del barco.

Una rápida ojeada a la tripulación le indicó que se podría tratar de un repentino vendaval. Los marineros recogían las cuerdas y aseguraban las velas. También apreció que los rostros de estos estaban pálidos. Pudo escuchar con claridad a los susurros que sugerían un súbito miedo por causa de un misterioso devenir. Era evidente que algo no iba bien. Y resultaba más que obvio que ella y su hermana, deberían abandonar el barco cuanto antes.

—Tenemos que salir de aquí — murmuró, cerrando la escotilla—. Algo malo está por suceder. Supuse que se podría tratar de una simple tormenta. No es así; una incomprensible situación, ha puesto inquieta a toda la tripulación —negó con la cabeza—. ¡Ah, Ah! No nos quedaremos ni ahí.

— ¿Cómo estás tan segura? Puede que te equivoques y solo sea eso, una tormenta loca, de esas que se desatan en el mar.

—No me quedaré para averiguarlo, Anne. Los cielos están demasiados oscuros. Y cuando eso sucede, los vientos se vuelven peligrosos. Además, como dije, hay otra cosa más que se sacude en los ventarrones.

— ¿Otra cosa más?

—No podría describírtelo. Pero lo siento muy adentro. ¡Carajo con esto! Olvida lo que te dije —movió sus manos—. No tiene importancia. Lo único que cuenta es que tenemos que abandonar este barco.

— ¿En medio de la nada?

—Anne —llevó su mano a la frente—; confía en mí. Aquí no podremos hacer mucho en caso de que la cuestión se salga de control.

— ¿Si permanecemos escondidas hasta que todo acabe?

—No, definitivamente no. Alla afuera, está pasando algo fuera de lo común y no quiero que...

Un rugido ensordecedor sacudió el barco. Una ola gigantesca se alzó de la nada, golpeando al navío con fuerza descomunal y este se inclinó peligrosamente, arrojando a las hermanas contra las paredes de la bodega. Afuera, las exclamaciones se suscitaron con fuerzas. Las voces de mando se dejaron oír.

— ¡Elora! —gritó Lhyanne, tratando de sujetarse a algo mientras el barco se balanceaba con violencia como una bestia herida. Apenas podía mantener el equilibrio.

— ¡No sé lo que está sucediendo! ¡Pero tenemos que salir, ahora!

En ese punto, la bodega comenzó a llenarse de agua. Las olas rompían a través de las maderas del casco y el barco crujía como si estuviera a punto de partirse en dos. Todo era estruendos y balanceos constantes de uno hacia otro lado, junto al agua que golpeaba sus rostros.

Elora continuó luchando, tratando de hallar una salida a través de los bultos y equipamientos que eran llevados de aquí para allá por el continuo zarandeo del navío. Por un instante pensó que el sitio se derrumbaría y que ambas terminarían en el fondo del océano atrapadas en la estrecha recámara.

No obstante, sin dejarse amilanar ni perder de vista su horizonte y en medio de la oscuridad que ahora reinaba tanto en cubierta como abajo, logró atisbar un lugar por donde escabullirse hacia afuera.

Era comprensible que, si al principio se hallaba apremiada, ahora una repentina urgencia que rayaba en la desesperación, la llevó a moverse con una empecinada rabia en contra de los bultos que obstaculizaban su paso. Golpeó y golpeó las cajas y pateó los barriles decidida a salir de allí. Se movió a través de

las corrientes que ya inundaban el compartimiento. Con un esfuerzo y haciendo palanca con una vara de hierro, pudo despejar los trastes que obstruían las escaleras.

Tomó a Lhyanne de la mano y la arrastró hacia la escotilla. Al abrirla, se encontró con una escena de confusión. La cubierta estaba cubierta de agua, mientras que los marineros gritaban afanándose a cualquier cosa. Pudo contemplar cómo algunos estaban siendo arrastrados por las olas, entretanto otros, luchaban por sobrevivir bajo esa andanada de agua y violencia.

El cielo estaba cubierto por una nube negra que parecía tragarse todo. Una feroz tormenta surgida de repente, se desataba sobre el océano y sobre aquello que en él se encontraba. El mundo parecía hundirse en la profunda noche. Con frío hasta los huesos, buscó el camino más obvio a su apremiante predicamento.

—Al... ¡Al agua! —exclamó, consciente que era la única esperanza de sobrevivir—. ¡Vamos, debemos saltar!

Lhyanne titubeó movida por el pánico reinante de ver como todo a su alrededor se hacía pedazos. El viento que soplaba con cánticos moribundos y a las gigantescas olas que lo oscurecían todo, le significó un panorama completamente desolador.

Los nervios le entumecían su cuerpo. Un miedo terrible atenazó su garganta, impidiéndole pronunciar palabras. La ventisca creció, envolvió los mástiles, arrancó las velas y rompió las sogas.

Elora aferró de la mano a su hermana y saltó por la borda justo cuando el barco comenzaba a fragmentarse por la mitad. El crujido fue espantoso. Las esquirlas volaron por los aires por la acción del incidente. El navío chilló herido. Se volcó hacia un

lado y ¡CRAK! Se partió en dos. El huracán bramó. Los gritos continuaron y el caos reinó como único soberano.

Elora se vio atrapada en las olas, arrastrada con brutalidad. Luchó por mantener a Lhyanne a flote, pero el flujo de corriente era demasiado intenso. Cada vez que lograba sacar la cabeza del agua, solo veía la vorágine a su alrededor que buscaba engullirla.

Tenía que sobrevivir a como dé lugar, a pesar de que le resultaba imposible aguantar el forcejeo de las olas. Lhyanne se vio tragando agua y pensó que se ahogaría. Lloró inquiriendo por ayuda a cualquiera que pudiera escucharla. Todo parecía crecer a su alrededor. Todo se desmoronaba momento a momento. Fuerzas, aliento, aire. Todo le resultaba escaso.

La situación mortificó a Elora que se veía superada por la marejada. Solo ella luchaba contra el mar. Solo ella debía mantener a salvo a su hermana. No había nadie más. Gritó en silencio, para no alterar más a Lhyanne. Gritó con la boca abierta, emitiendo un gemido de rabia y frustración. Estremecida, agarrotada en sus músculos.

— ¡No me sueltes! —exclamó Lhyanne, impresa en un terror que laceraba su alma.

— ¡No lo haré! ¡No lo haré, Lhyanne! Yo... no te perderé... No lo haré...

Pero las corrientes eran implacables, e imprevistamente, una enorme ola tan oscura como la peor de las noches, la golpeó hasta hundirla. Elora se resistió a ser arrastrada hasta el fondo y batalló para regresar a la superficie, sin embargo, sintió un fuerte tirón en su brazo, el brazo que sostenía a Lhyanne; e inmediatamente, ésta fue arrancada de su lado. Sus ojos se abrieron de espanto cuando percibió que la mano de su her-

mana se deslizaba entre sus dedos, y el horror la invadió. Repentinamente ya no estaba con ella.

— ¡LHYAAAANNEEEE! —gritó desesperada, pero no hubo respuesta; el mar se la había llevado—. ¡LHYAAAANNEEE! ¡LYAAAAA! ¡No, no, por favor! ¡Cielos, no! ¿Dónde...? ¡LYYYYAAAAA!

Sus gritos de angustia se perdieron en la noche. Elora se sintió desfallecer de angustia. Sin su hermana, ¿qué le quedaba en el mundo? Gritó y gritó su nombre. Una y otra vez. Y vez tras vez, las olas y rugido imperioso del mar era todo cuanto escuchaba. Negó con la cabeza. Golpeó las aguas con sus puños. Arremetió con juicios sobre el océano y lloró con profunda amargura.

El tiempo transcurrió y el viento comenzó amainar. Pero los crestones de las olas seguían siendo intimidantes. Elora veía hacia todos lados. Había nadado tanto que ya no tenía fuerzas para seguir. Agitada. Devastada. Luchó por mantenerse a flote.

—Ly... por favor... por favor... No me dejes...

Luchó por encontrarla. Luchó por ella misma. Estaba exhausta. Sabía que corría peligro. Tiburones, barracudas, cualquier animal con dientes podría surgir de las profundidades sin que se diera cuenta.

Pero continuó buscando a su hermana, llamándola incansablemente. Miraba hacia todas partes, apremiada, urgida por dar con ella, con el tableteo de sus dientes debido al frío reinante.

El sopor le dijo que estaba a punto de desmayarse cuando una ola particularmente fuerte, la lanzó contra algo duro. Con un enorme esfuerzo, se aferró a un pedazo de madera flotante y se permitió un respiro. El estremecimiento en todo su cuerpo

era realmente duro, incansable, imposible de detener. Sintió que algo se le enganchaba a sus espaldas, la respiración se detuvo. Volteó con rapidez, asustada de que fuera cualquier cosa. Un trozo de rama asida a su camisa, golpeaba el agua. Cogió aquel tallo y tras mirarlo unos instantes, razonó que muy probablemente, no se encontraba demasiado lejos de la costa.

El mar seguía rugiendo. Los músculos le dolían, su cuerpo estaba entumecido por el frío y sus ojos ardían por la sal. Pero no podía pensar en otra cosa que no sea en encontrar a su hermana. Pronunció su nombre una y otra vez. Los músculos no le obedecían y todo en ella manifestaba una contracturada inmovilidad.

Pasaron horas, no podía estar segura. El tiempo parecía haberse detenido en esa tormenta interminable. A pesar de ello, y cuando ya pensaba que no le quedaba fortaleza para continuar, vio una sombra en el horizonte.

Al principio pensó que podría ser una nube, restos de la tormenta que se elevaba al fondo; pronto lo desestimó, se trataba de tierra firme. Lo que atravesó justo en ese momento al ver la posibilidad de sobrevivir, fue un sentir agridulce, puesto que todavía no había podido dar con su hermana.

Comenzó a nadar hacia la orilla, cada brazada resultaba ser un esfuerzo titánico. No sabía si Lhyanne podría encontrarse allí, pero albergaba esperanzas de que así fuera. Para sus adentros, permanecer con vida sin Lhyanne no significaba nada. La necesitaba. Era toda su familia, lo único bueno de su vida. Prudencialmente, privó a su razón de seguir acumulando argumentos que le decían que debía afrontar la verdad y de prepararse para lo peor. Le cerró la boca y se concentró en creer que su hermana todavía seguía viva.

«Sé que estás ahí. El mar no te tragó. No... yo sé que te encontraré en ese lugar. No puedo... no puedo permitirme perderte —las lágrimas afluyeron irreprochables a su rostro— ¡Santo Cielo! Por favor haz que la encuentre. No permitas que la pierda; no lo permitas, por favor...»

Por fin, sus pies tocaron la arena y con un alentado impulso, se arrastró fuera del agua. Cayó de rodillas en la playa, exhausta, pero viva. Miró a su alrededor, inquiriendo con desesperación. Todo en ella era dolor, ardor en sus heridas y miedo por no hallarla, miedo de saber que podría estar sola sin su hermana. El corazón le dio un vuelco de que pudiera ser así. Se levantó. Cayó de rodillas. Apoyó las manos sobre la arena. La apretó entre sus dedos. Negó con la cabeza y rompió a llorar de nuevo. Balbuceó promesas y juró una y otra vez. Se incorporó, avanzó unos metros viendo hacia todas partes. Rengueaba de su pierna derecha. No podía rendirse. Prosiguió y prosiguió, recorriendo la playa. Una vez más, cayó de rodillas, le dolía caminar. Estaba harta de todo y eso la enfadó. Su fisionomía se vio alterada por los nervios. Se sentó y arrancó un trozo de su blusa. La pasó alrededor de su rodilla para ajustar la articulación.

De su voz entrecortada asomó el nombre de su hermana, lo pronunció entre dientes, casi airada, tratando de resolver el acertijo de la nulidad, proponiéndose no dejar de creer. Un brío tenaz se subió a sus hombros, de ahí trepó a su mente.

—No, no; sé que debe estar aquí... yo lo sé, lo siento porque...

Y entonces vino el alivio, ese lado que claramente anunciaba cosas buenas. Su semblante sufrió un cambio de expresión cuando vio lo que sus ojos le mostraban. Los rayos del sol que ya salían detrás de las nubes le señalaban el camino.

Tendida sobre la arena unos metros más adelante, inmóvil, se hallaba el cuerpo de su hermana. Sus ojos se humedecieron. Abrió la boca con intenciones de llamarla, pero no pudo hacerlo. Se puso de pie y avanzó arrastrando la pierna. Un trozo de madera enterrado la obstaculizó. Su bota dio con este y se fue de bruces.

No se detuvo y fue arrastrándose hacia ella, lo hizo con el miedo apoderándose de su corazón anhelante, susurrando entre risas de alegría de saber que todo estaría bien, que ella todavía respiraba. Necesitaba creerlo, necesitaba saber que así sería.

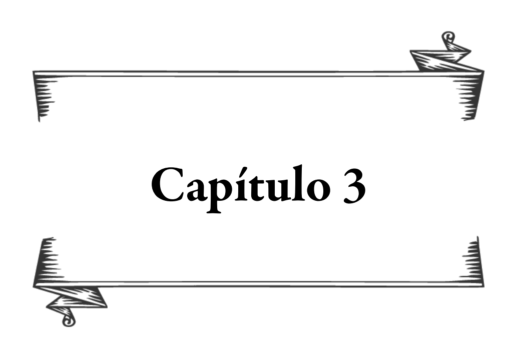
Cuando llegó a su lado, giró el cuerpo con sus manos temblorosas. Pudo constatar que estaba inconsciente, su piel estaba pálida como la luna, su respiración era apenas un rumor pequeño. Pero estaba viva.

La abrazó con fuerzas, sus lágrimas mezcladas con agua salada corrieron por su rostro. Respiró aliviada.

«Estamos vivas. Sobrevivimos, Lhyanne. Sabía que lo lograríamos.»

—Nos sacaremos de esta, Ly... Yo veré que así sea. Lo haremos juntas. Como siempre lo hemos hecho... Juntas, como cuando preparábamos leche para nuestro desayuno, como cuando preparábamos la cena, ¿lo recuerdas? Reíamos, jugábamos y en el proceso... se nos caían las cosas; volcábamos leche, desparramábamos la azúcar y enseguida juntábamos todo para que nuestro padre no nos regañara... yo lo recuerdo, sí, éramos felices... tú y yo, juntas...Verás que lo resolveremos... sé que así será.

En la espesura del tiempo, el sol alargó sus brazos y alcanzó a toda esa región con su luz y el calor que traía calidez a todo.



Capítulo 3

La isla se extendía ante ellas como un desierto verde y sombrío, un lugar donde el mar y la selva se encontraban en un abrazo mortal. Elora, temblando por el frío y el agotamiento, levantó la vista hacia el denso follaje que se alzaba más allá de la playa. Los altos árboles ensortijados, parecían casi humanos en su aspecto, como si fueran antiguos guardianes de un secreto enterrado en lo profundo de la tierra. Un vacío ambiguo se movía en el ambiente.

Una visión que no le agradó demasiado. Sabía que eso era antinatural. La apreciación que recibió del sitio, la indujo a ser precavida.

«¿Por qué de repente, me ha nacido este temor irreverente? —pensó, en tanto se anudaba los cabellos con un pequeño cordel—. ¿De algo que se mueve en el interior del bosque solo porque mis instintos me lo indican? Jodidos instintos que aúllan como perros ante cualquier cosa que se mueve por ahí. Buenos instintos que me avisan de cualquier cosa. O puede que solo sean tonterías mías y nada tenga que ver con ello, puede que solo sea el hecho de estar en un lugar desconocido.»

Decidió concentrarse en su hermana que respiraba con dificultad, su cuerpo todavía estaba débil por causa de la tormenta y el naufragio.

«Por poco el frío y el mar nos aniquila antes de llegar aquí. Pero ya estamos a salvo, Ly; ahora solo debemos recuperarnos y ver cuál será el próximo paso que daremos —levantó la vista y revisó el entorno—. Aunque este lugar me da escalofríos. Carajos, todo este alboroto de persecuciones todavía no termina. Yo y mis instintos que me advierten siempre de lo peor. Sin embargo, no puedo hacer nada, hasta que averigüemos un poco más acerca de esta misteriosa isla; supongo que... tendré que relajarme para pensar todo con más claridad.»

No había nada familiar en esta isla, nada que les indicara que pudieran estar a salvo, y eso es lo que no la dejaba tranquila. Cada sombra parecía ocultar un peligro, cada sonido en la selva se movía como un secreto augurio.

Dejó de prestar atención a su entorno.

—Debemos encontrar refugio —expresó impaciente, tomando la mano de Lhyanne para ayudarla a levantarse. Su voz, aunque tranquila, no podía ocultar la urgencia que sentía—. No podemos quedarnos aquí. La marea podría subir de nuevo, y no sobreviviríamos a otra noche en la intemperie.

Lhyanne asintió débilmente, sus piernas temblaban mientras se ponía de pie.

Juntas, comenzaron a caminar hacia la selva, haciendo acopio de toda su resistencia. El suelo estaba cubierto de hojas húmedas que crujían bajo sus pies.

Se abrieron camino a través de una senda cubierta de follajes, raíces y flores propias del área circundante. El terreno debajo de sus pies, se tornó seco. La armonía del nuevo día comenzó a repercutir por la zona. Detrás, se escuchaba el rumor del oleaje.

Les pareció que, a simple vista, todo estaba desierto, sin embargo, el aire era denso, casi irrespirable, lleno de los olores de una vegetación en descomposición, lo cual las sorprendió en gran manera.

Y mientras Lhyanne luchaba con unas ramas que se le enganchaban a su camisa, Elora se admiraba de la reinante actividad degenerativa del lugar.



«¿QUÉ CLASE DE LUGAR es este? Se supone que una isla, al estar en contacto con el agua; es decir... todo se vería verde, lleno de vida, y no de... cosas que se deterioran y pudren.»

Y entre una cosa y otra, su mente se repartía entre posibles conclusiones que no la satisfacían lo suficiente. Cerró los ojos y se detuvo. Lhyanne mantuvo su vista hacia el frente. No pensaba en nada. Su aterimiento no la dejaba hacerlo. Sentía frío. Un cansancio atroz. Sus labios no paraban de temblar y su respiración se veía inquieta.

Elora enclavijó los dientes y abrió los ojos. Retomó la marcha. Al momento de hacerlo y de repente sin que se lo esperara, comenzó a divagar en lo que habían dejado atrás.

Los horrores que habían soportado en la fortaleza de Tyneple, aún las perseguían como sombras que no podían sacudirse. Y ahora, en esta isla desconocida, esos horrores parecían hacerse más cercanos, más reales; como si los espíritus de sus torturadores las hubieran seguido hasta aquí.

Se sintió perdida y sin aliento. La cautividad todavía insistía en retenerla. Tales impresiones la agotaron tanto, que debió detenerse de nuevo para tomar resuello.

Resultaba evidente que la cuestión en sí misma le preocupaba. La enfadaba y por momentos sentía ganas de gritarle al mundo su rabia, su disconformidad, de tomar entre sus manos a los que la hicieron sentir avergonzada y se ufanaron de tenerla, para romperles todos sus huesos y arrojarlos al fuego para que ardieran por siempre. Herejes maltrechos, codiciosos sin escamas, como serpientes desnudas que se arrastraban hasta ella para escupirle en su rostro y demostrarle que no era nada y que solo servía para complacer los bajos instintos de los engreídos gobernantes de turno.

Aspiró fuertemente, percibiendo el abandono del minuto. Jadeó y se apoyó sobre el tronco de un árbol. Tosió un par de veces y vomitó. Se recostó y pasó el dorso de su mano por la boca. Golpeó el árbol con su puño cerrado. La frustración la acorraló y le aceleró el corazón.

—Ha sido jodido todo esto. Me siento... me siento, exhausta, fastidiada...

—Ela —intervino su hermana con voz queda—, estaremos bien. Ya estamos alejadas de esos deprimentes muros. Confía en tu juicio para seguir. Es lo que... lo que nos trajo hasta aquí —suspiró—. Lo importante es que sigamos con vida... y estemos juntas... juntas para enfrentar cualquier cosa.

—S-sí, Anne... es solo que... —las lágrimas afluyeron a sus ojos. Las palmas de sus manos los cubrieron—. ¡Cuánta denigrante porquería hemos sufrido a manos tan impunes como malvadas!

Su hermana la abrazó y las lágrimas se mezclaron. El llanto las cubrió en ese rincón apartado del mundo. Lhyanne se apretó a ella. Elora la abrazó con fuerzas.

Siempre estaremos juntas. Vagabundearemos por lugares remotos y veremos rostros desconocidos, quizá, nos veamos atrapadas en madejas desconcertantes de problemas y trivialidades. Pero nunca jamás dejaremos que la codicia de algunos se meta con nosotras. Al fin y al cabo, es nuestra vida. Todo ha quedado atrás y las personas que conocíamos ya no son de nuestra incumbencia.

Su pesado andar, las llevó hasta una pequeña abertura entre dos grandes rocas, una entrada que parecía conducir a una cueva oculta en el corazón de la isla. Elora se detuvo y miró a Lhyanne, que apenas podía mantenerse en pie.

—Esto servirá... sí, creo que lo hará. Nos refugiaremos aquí. Necesitamos descansar, recuperar fuerzas. Luego decidiremos qué hacer. Por fortuna que el calor y el aire secarán nuestras prendas. Ya veré de encontrar algo para comer.

—Me... me comería una vaca entera; aunque... me atoraría por mis faltas de fuerzas. Igual la comería.

—Glotona.

La expresión hizo reír a ambas.

Cautas y con lentitud, fueron adentrándose a la cueva, sus pasos resonaban con suavidad en la penumbra. El interior era cálido, un alivio que era bienvenido después del calor sofocante de la selva. A pesar de ello, había algo en el aire que hizo que la piel de Elora se erizara. Un extraño olor, mezclado con un frío inexplicable, que parecía emanar de las profundidades de la cueva.

Un raro estremecimiento se adhirió a su columna. Estaba terriblemente exhausta como para seguir adivinando cosas que pudieran llegar a ser inexplicables y sombrías. Necesitaba aguantar la mayor parte del tiempo con plena lucidez. Necesitaba estar consciente en todo momento. Si ella caía, su hermana la seguiría. Y no, no podía darse el lujo de dejarse sorprender por cualquier cosa que, en ese preciso instante, invariable y tétrico, se asomaba desde el interior de esa gruta. Se detuvo y se acuclilló para ver al ras del suelo, hacia las sombras que se ocultaban mucho más adelante. El sonido del canturrear de los grillos y el croar de las ranas era todo lo que se escuchaba.

—Elora, no me gusta este lugar. Siento... algo... algo tenebroso aquí. Algo que no se alcanza a definir, como si se escondiera o como si estuviera oculto y vigilante. O puede que sean mis nervios que no me dejan en paz.

—Lo sé, Lhyanne —dijo con un suspiro—, también lo percibo, pero no podemos hacer nada más. Aquí estaremos a salvo, al menos por ahora. Cálmate, todo estará bien. Yo veré que así sea. No hemos arriesgado la vida para terminar consumida por nuestros miedos.

Agotadas, se extendieron sobre una capa de arbustos secos. Eso las alegró; deseaban dejar atrás la humedad y la consecuente sensación de estar mojadas todo el rato.

Usando unos harapos como una especie de manta para protegerse del frío, se cubrieron y apretujaron para brindarse calor. El silencio era casi absoluto; roto solo por el goteo constante de agua que caía desde las estalactitas sobre el lugar y los sonidos de los insectos.

Lhyanne cerró los ojos, intentando dormir, porque ya la absorbía el cansancio, Elora permaneció alerta, viendo a las tinieblas que se extendía más allá de la luz tenue que entraba desde la entrada de la cueva.

Entonces, a medida que los minutos se convertían en horas, la oscuridad pareció moverse, como si tuviera vida propia, como si una fuerza la impulsara hacerlo. Definitivamente, pensó Elora, había algo diferente en ese entenebrecido ambiente.

Y entre un punto del aquí y ahora, parpadeó un par de veces, intentando aclarar su visión, porque tuvo la impresión de que algo se movía a pocos metros de donde se encontraba.

Al principio, lo achacó al extremo cansancio; pero y de inmediato, comprobó que no era así. Un temor irrefrenable la

acometió por el cuello, cuando se percató de lo que ocurría en verdad.

Una sombra se desplazaba suavemente desde el fondo de la cueva hacia donde ellas estaban. Aquella era una forma palpable, incorpórea, apenas perceptible, pero inconfundible, con delgados trazos blanquecinos y plateados, azulados y rojizos.

— ¿Quién está ahí? —inquirió Elora con la mirada clavada en las penumbras. No hubo respuestas. Se inclinó hacia adelante y movió la mano hacia Lhyanne —. ¿Quién está ahí? —repitió. En sus ojos se dibujó el temor a lo desconocido. Dio un paso atrás. Percibió un escalofrío en la nuca. Se movió hacia la derecha, hacia donde estaba su hermana. Tropezó con una roca que sobresalía del suelo. Se apoyó con una de sus manos sobre la pared para no caer. Se acuclilló para ver hacia las sombras. Aferró un pequeño tronco de madera que estaba a un lado de Lhyanne. Se incorporó de nuevo. Y otra vez se agachó, esta vez con una rodilla en tierra.

Escuchó, pero nada surgió de las brumas, solo el sonido de las incontables gotas golpeando el suelo y el bramar del mar en las afueras. El silencio fue toda la respuesta para ella; aun así, el evento se tornó cambiante, porque la sombra se detuvo. Los ojos de Elora se mantuvieron firmes en el fondo, tratando de interpretar lo que aquella señal pudiera significar. Sabía que no estaba soñando, tampoco era una visión de esas que se suelen ver en los desiertos por la falta de agua y el peso del sol. No. Esto se veía real.

Con su mano apoyada en el suelo rocoso, hincada en su rodilla, contemplaba el fenómeno, preguntándose qué debía hacer.

Indudablemente que sentía miedo, un miedo oscuro y ancestral. Pero el miedo no la paralizaba, la incomprensión del hecho lo hacía. Una sombra que se movía, cualquier cosa podría ser, cualquier cosa podría venir con ella. Ya sea un elemento mágico, ya sea un ente malvado, un fantasma sin convicción aparente o algo peor y peligroso.

Percibió en sus entrañas que aquella dislocación de la realidad podría llegar a ser un problema.

Sintió el estremecimiento recorrer su cuerpo. Pensó en salir de allí, pero casi no disponía de fuerzas suficientes para emprender una carrera en medio del atardecer, ni mucho menos cargando a su hermana.

«No tengo ningún arma, para peor, siquiera un estúpido cuchillo de cocina. Solo este miserable leño ¿Cómo se me ocurre no traer nada de eso con nosotras? Debería de haberme hecho de alguna espada, puñal o lo que fuera. Tonta.»

Se enderezó y se puso de pie. La sombra no se movía. Ahora, el recinto estaba inmóvil. Sonidos, rumores, todo se había encogido. Las manos le temblaron. Cerró los puños.

Lo próximo, la confundió, porque dentro de ella, una peculiar energía que no reconocía, le instaba acercarse hacia la brumosa silueta. Halándola o llamándola. Lo que sea que fuera aquello.

— ¿Elora? —Lhyanne se incorporó ligeramente, temblando, presa del temor—. ¿Qué pasa?

—Shhh —susurró, alzando una mano para que guardara silencio—. Hay algo aquí...; algo en la cueva que no puedo interpretar. Ignoro que sea bueno o malo. Pero ya no me quedan fuerzas para salir al exterior o hacia cualquier otra parte, estoy exhausta, molesta y sedienta... Iré a ver.

—¿Pero...?

—Estaremos bien, no te preocupes, quédate y aguarda.

«De todas maneras no puedo hacer nada más. Apenas si puedo moverme.»

Lhyanne, percibió cierta tensión en la voz de su hermana a pesar que había hablado despacio. En definitiva, no pudo interpretar ese comportamiento. Prefirió quedarse y esperar a que regresara, permaneció alerta, aterida en medio de la zozobra.

Elora se movió lentamente. Su respiración se volvió rápida. Algo, o alguien, la llamaba fuera de lo evidente y no era una ilusión. Había escuchado con nitidez una voz resonar en su mente.

De súbito, para asombro de ella y de su hermana, la sombra se materializó en algo más tangible, una figura oscura, alta, con ojos que brillaban con un fuego interno. Un ligero golpe de viento, se introdujo por la cueva dispersando a algunas luciérnagas. El mar bramaba y golpeaba sobre las rocas. El gusto salino se posó sobre el lugar.

A Lhyanne le dio un vuelco el corazón y se estremeció por la impresión que dicha aparición le brindaba. Dijo algo ininteligible. Murmuró otra cosa, carraspeó y dejó la boca abierta. Se frotó los ojos una y otra vez. Enseguida, retrocedió hasta pegarse a la pared.

Elora apoyó su mano sobre la rugosa pared y su cuerpo se sacudió mientras el repentino ser se revelaba completamente delante de sus ojos. Curiosamente ya no hacía tanto frío.

—Hola, Elora —dijo una voz profunda y resonante que llenaba la gruta—; te he estado esperando a ti y a tu hermana. Te ofrezco mi ayuda si la quieres.

— ¿Cómo...?

—Escuché tu clamor, la declaración que proferiste en tu cautiverio.

De inmediato el sonido de su propia voz resonó en las paredes de la gruta.

“No moriremos aquí. Saldremos y les haré pagar por todo lo que nos hicieron. Reuniré fuerzas de algún lado y echaré este sucio lugar abajo. Que el poder que me escuche, reciba esta declaración que hago. Entregaré mi vida a quien me responda y me ayude a cumplir con esta labor. Seré un recipiente para quien desee poseerme y me ayude a cumplir con mi venganza. Mi vida y mi sangre entrego a quien responda este pedido.»

Elora se vio sorprendida al escuchar su voz, pero no dijo ni una sola palabra ni emitió gesto alguno. ¿Podría ser posible que fuera verdad lo que ese extraño ser estuviera diciendo? Una ligera brisa se adentró a la galería. Movió sus cabellos y la envolvió de una cálida sensación. Los sonidos regresaron. El mar y sus olas. Los grillos con sus cantos y las luciérnagas iluminando los pequeños espacios. De los techos surgieron las gotas que se aventuraban a caer, algunas grandes y pesadas, colmada de vida y con sustento, otras pequeñas, que se tambaleaban un poco, hasta que se precipitaban al suelo sin nada que amortiguara su caída. En el mismo evento había una densa y fuerte llama rojiza que ardía con intensidad, apenas imperceptible en sus ondulaciones, pero brillaba iluminándolo todo, se engrandecía hasta más allá del interior de la cueva.

Lhyanne observó a su hermana que no se movía, parecía estática, concentrada.

Completamente despierta, miró a la aparición con terror, sintiendo como se le entumecía la lengua. Por supuesto, ni siquiera se lo pensó dos veces. Tomaría a su hermana de la mano y saldría de allí a toda carrera en caso de ser necesario. Y lo habría intentado de no ser porque escuchó a Elora que decía:

— ¿Quién eres?

«¿Es enserio, hermana? ¿Pretendes dialogar con esa cosa?»

El lugar era sombrío. Eso resultaba irrefutable. En primer lugar, una rarísima forma espectral hablaba como si las conociera. En segundo, solo había que ver que el asunto para nada evidenciaba una lógica racional.

—Ela, ¿qué estás...?

El desconocido la interrumpió.

—Soy… lo que queda de un poder antiguo —se deslizó hacia ellas—. Un poder que fue sellado aquí hace ya siglos, traicionado por aquellos a quienes confiaba. Soy Zharok, el Último de Los Congregados.

Elora y Lhyanne intercambiaron miradas llenas de incertidumbre y temor. La segunda echó una ojeada a la entrada de la cueva con sobradas intenciones.

«Que no me lo pienso dos veces, Ela. Te abofeteo y nos vamos de buenas a primeras.»

Al girar la cabeza de nuevo hacia la sombra, contempló que esta avanzaba con lentitud hacia su hermana. Supo que ya era suficiente.

— ¡No te acerques más quien quieras que seas! —exclamó, superada por la experiencia— ¡No te acerques! ¡Elora! ¿Qué bicho te picó ahora? ¿Qué es lo que estás haciendo?

—No lo haré —respondió la silueta, suspendida en los aires—. No me acercaré, si no lo deseas.

— ¡Elora! ¿Qué es esto? —repitió con una excitación creciente.

— ¿Qué es lo que quieres de nosotras? —expresó ésta sin dejar de ver la conformación sombría.

— ¡Elora! —proclamó su hermana—. ¡No me ignores! ¡No te atrevas hacerlo!

—No lo hago, solo deseo saber que quiere, es todo.

— ¿Por qué? Es decir, ¿qué rayos es todo esto?

—Me siento igual que tú; pero… él escuchó mi pedido. ¡Lo hizo! Yo… debo saberlo.

— ¿Cuál pedido? ¡Elora, mírame!

Se volvió y la tomó de los hombros con suavidad.

—Te lo diré más tarde. Solo confía en mí. No tengo la más mínima idea de lo que esto significa; pero este ser, esta forma, me escuchó, y yo.... debo saber.

— ¿Saber qué? ¡No me dejes con acertijos!

—Confía en mí, por favor, ¡por favor!

Lhyanne suspiró superada por la frustración de no saber nada de lo que pudiera estar ocurriendo.

—Cielos, Ela... —se aferró los brazos—; tengo miedo y esto no me gusta.

—Lo sé y te entiendo; también siento lo mismo. Pero quiero que confíes en mí. Quédate detrás de mí.

Lhyanne se ubicó donde antes estaba y vio hacia la entrada. De pronto no deseaba estar allí.

—Lo que deseo —agregó Zharok por lo bajo, y su tono cambió a uno más seductor—; es un pacto. Ustedes me liberan completamente, y a cambio, les otorgaré poder. Poder para vengarse de aquellos que les han hecho daño y reclamar lo que les pertenece. Las haré fuertes... inquebrantables, ya no será necesario que huyan de todos. No volverán a sentir temor por sus captores ni por nadie. Serán libres de escoger el camino que deseen. Lo que les ofrezco, nadie más lo tendrá.

Lhyanne parpadeó estupefacta al escuchar el juramento; su hermana, por el contrario, sintió todo lo opuesto. Ella se encontraba inmersa en una oleada de emociones contradictorias: el miedo, la ira y una oscura tentación que la llenaba desde adentro, muy adentro de su alma, la atraían irremediablemente. La superficie de sus sentimientos se volvió bruñida, como si un misterioso cobertor se extendiera en amplitud y definición sobre su vida.

Había algo en esas palabras que resonaba en la misma frecuencia que el deseo de Elora. Vengarse de todos los que la ultrajaron. Y este era un deseo que había estado alimentando durante años, y aunque, en un momento lo había desestimado, la crueldad a la que ella y su hermana fueron sometidas, terminó por ceder a ese nefasto odio. Miró a Lhyanne, que estaba pálida y temblorosa.

—Elora… no podemos… no sabemos qué es esto —agregó con un recelo que no atinaba a descifrar—. ¿No te parece raro que justo estemos aquí y algo aparece de la nada para entregarnos las llaves de nuestra libertad? De solo verlo… se me crispan los nervios. Ignoramos exactamente cuáles sean sus intenciones. Sería contraproducente que nos arriesguemos de esta manera.

—No creo en las coincidencias —agregó el inesperado visitante—, conscientes o no, están aquí. Nada ocurre en esta vida por mera casualidad. No fui yo quien las trajo a esta cueva, ustedes lo hicieron.

—Sí, claro. Intentas ofrecernos una salvación más allá de cualquier razonamiento lógico. Absurdo, es como lo veo.

—No les ofrezco salvación, sino una salida. Un camino hacia la plena libertad de sus vidas.

— Ela, siento que todo esto no está bien. No quiero vender mi alma al inframundo por un trozo de pan caliente y un vaso de agua. ¿De qué sirve hacerlo si terminaremos condenadas al infierno?

— ¿Piensas lo mismo, Elora? —dijo el anfitrión.

La aludida no respondió, contempló la condición en la que se hallaba su hermana. Recordó todo lo que habían atravesado en esas duras jornadas de esclavitud. Vagó por los corredores de

sus pensamientos, de su mente, de su rabia. No quiso rememorar más.

—No tenemos otra opción, Lhyanne —dijo, con una dureza que sorprendió a su propia hermana—. No sobreviviremos afuera. No lo haremos sin ayuda. Y si lo que él dice, es cierto, podremos tener lo que siempre hemos deseado... Justicia, libertad...; podremos escoger ser quienes deseemos ser y nadie nos lo impedirá. ¿No quieres eso?

— ¿Así como así? —replicó.

— ¿Qué quieres decir?

—Yo... entiendo que... todo puede ser una alternativa viable para nosotras. También estoy cansada de correr y de ocultarme como una rata, pero... ¿Cómo podemos estar segura de que hará lo que dice?

— ¿Lo harás? —repitió Elora volviéndose hacia la figura que se recortaba en el fondo de la caverna—. ¿De veras nos ayudarás tal como lo has propuesto?

—Tienen mi palabra. Pues yo ansío tanto mi libertad como ustedes la suya. ¿Lo demás? Es una prueba de fe. Deberán confiar en mí. Nada es seguro en esta vida y eso, ustedes lo saben bien.

Elora se volvió a su hermana que se aferraba los brazos.

—Pienso que... si hubiera querido lastimarnos, ya lo habría hecho. No obstante, a pesar de que... ni yo misma confío en lo que dice; dado que no sé quién o qué es, debemos intentarlo. En caso de que no funcione, podemos dejarlo, renunciar e irnos. Nadie usurpará nuestras almas si no se lo permitimos.

— ¿Piensas que nos dejará ir si le decimos que no?

—No lo sé, Ly, no lo sé... —llevó las manos a la cintura y elevó su rostro hacia el techo rocoso—; pero no tenemos alternativa.

—No es suficiente para mí, Ela. Pero sabes que estoy contigo. Te sigo y confiaré en ti, pero no le entregaré mi alma. Si lo que él pide es un trato que involucre ser provista de un poder para nuestro beneficio a cambio de que lo liberemos, así será. Pero no dejaré que me impregne de nada extraño. Prefiero morir antes que alguien más me posea. No me condenaré al infierno

—Te he dicho quién soy —repitió la sombra.

—Sí, Zharok y todo eso de los congregados o algo —dijo Elora—. Pero debes comprender que... igualmente sigues siendo un extraño evento, para nosotras.

— ¿Y qué puedo hacer para que confíes en mí? Sea o no el propósito, ¿tienes un mejor plan? ¿Una mejor idea? ¿Probarás suerte afuera, en el estado en el que se encuentra tu hermana y tú? ¿Te expondrás a los peligros con las fuerzas que tienes? ¿Huirás de tus captores en caso de que lleguen a reconocerte? Sabes que, para continuar, necesitas salir de esta isla primero; y déjame decirte que es una isla de condenados y ladrones, saqueadores y asesinos, que suelen vivir del otro lado. A mi entender, deberás lidiar con ellos en algún momento.

Elora, dejó caer los brazos e inclinó su rostro.

«¿Qué hacer? ¿Confiar o no confiar? Y en caso de aceptar, ¿qué nos deparará el futuro? ¿Venderemos nuestras vidas nuevamente por un mejor porvenir? Todo esto es tan engorroso. Quizá sería mejor salir de aquí y vérmelas con los que acaba de mencionar.»

—No venderán sus almas —expresó Zharok, escuchando los pensamientos de Elora—. Será un intercambio, un fluir recíproco. Mi libertad a cambio de la suya. Un voto de compromiso, entre ustedes y yo. Con la correspondiente de que ustedes serán sus propias dueñas. No serán mis esclavas ni mis sirvientes.

—Ela, no es algo que tomes y ya. Está hablando de un poder sobrenatural capaz de poner de rodillas a otros y... suena un tanto ilógico, ¿no te parece? Sombras, oscuridad, poderes sobrenaturales, pactos, ¿en qué clase de problemas nos meteremos si accedemos?

—Tienes miedo que no sea del todo confiable, ¿eso piensas? Qué este mintiendo o que esté planeando usarnos para luego desecharnos como otros lo han hecho, ¿es eso?

— ¡Todo esto es tan repentino que me asusta! Pero si lo que quieres es hacerlo, no me interpondré.

— ¿Estarás conmigo?

—Siempre lo he estado. Eres mi hermana, mi familia. Siquiera deberías preguntar eso. Tonta loca de atar.

Elora se acercó hasta permanecer en cuclillas delante de su hermana. La vio pálida, estremecida. Pasó dos dedos de su mano derecha por la mejilla de Lhyanne para limpiársela. Colocó la frente sobre la suya.

—Lo siento, también me veo en una encrucijada. Y es tan repentino para mí como lo es para ti. Pero podría ser una alternativa, quizá la única.

—Yo... siempre supe que, nadie da nada sin pedir algo a cambio. Y puede que, por nuestra libertad, él obtenga la suya, pero... no lo sé; todo esto es tan impredecible como inesperado.

Está hablando de entregarnos un poder, ¿qué recibirá él a cambio?

—Ly —la tomó de los hombros—, si crees que no debemos hacerlo, que debemos seguir como estamos, corriendo y escondiéndonos de todos, hasta que encontremos un lugar seguro, lo haré. ¿Quieres eso? Dilo y nos iremos de aquí de inmediato. Con franqueza ya no quiero seguir discutiendo. Me agota y me irrita.

Lhyanne apretó los dientes. Notó que todo el asunto solo provocaba discrepancias. Intuyó que, por causa de su miedo, estaba siendo de tropiezo a su hermana.

—Yo... no, no quiero esto.

— ¿No lo quieres?

—No, no es eso.

— ¿Qué entonces?

—Mira, me siento desvariar y todo me da vueltas. Tengo hambre y me duele todo... Resuélvelo tú. Tampoco quiero seguir discutiendo. Lo que decidas estará bien para mí.

Elora percibió el tono de amargura de Lhyanne. No deseaba afligirla más de la cuenta. Supo que debía tomar una decisión.

—Muy bien —se volvió hacia Zharok—, lo tomaremos. Una libertad por otra. No me interesan las cosas vanas, ni la gloria o la riqueza, solo dame oportunidad para vengarme.

—La tendrás, querida Elora. La tendrás.

Lhyanne se desplomó sobre el suelo. estaba tan cansada, que hasta pensar le dolía. No obstante, creía que el asunto no era bueno, que un pacto proveniente de alguien misterioso y cuyo aspecto era temible, solo traería problemas. Pero afligida

como se encontraba y viendo la resolución de su hermana, prefirió confiar en ella.

—Sabia decisión. El pacto será sellado con su sangre… y con mi poder. Seréis mis manos en este mundo, y a cambio, ningún hombre ni mago podrá doblegarlas jamás. Dame tu mano, Elora.

Elora la extendió sin vacilar, su mente estaba hecha un torbellino de emociones. Sabía que lo que estaba haciendo era peligroso, quizás incluso hasta mortal, pero no le importaba. Su odio, su deseo de venganza, la impulsaban más allá de todo.

Lhyanne, siguió a su hermana y también extendió su mano.

—Estoy contigo, Elora.

—Lo sé y me alegra que estemos juntas en todo.

El anfitrión sonrió más ampliamente, revelando dientes afilados como cuchillas.

—Que así sea —expresó, tomando ambas manos y cerrando el pacto con una energía oscura que envolvió la cueva.

Ambas sintieron un dolor agudo mientras la oscuridad se infiltraba en sus cuerpos, recorriendo sus venas como fuego líquido. Pero junto al dolor, una nueva fortaleza comenzaba a llenarlas, una sensación de poder que nunca antes habían experimentado.

—Ahora —dijo Zharok, soltando sus manos—, la venganza está a vuestro alcance. Primeramente, deberán esperar hasta que el *Armhedyos-Noctern,* el catalizador de su poder, se adecúe a ustedes. Solo serán un par de días. Luego serán transformadas desde adentro.

— ¿Dolerá? —inquirió Lhyanne.

—El *Armhedyos-Noctern,* tiene la particularidad de liberar una cuantiosa energía plasmática a nivel espiritual. Lo cual orig-

inará que ustedes sientan toda la manifestación de su esencia en sus cuerpos. Dolerá un poco, sí, pero podrán resistirlo. Y después de que la transferencia del *Ma-atial* esté hecha, deberán internarse en la cueva. Allí las estaré esperando para completar su entrenamiento.

Elora respiró hondo, sintiendo el poder en cada fibra de su cuerpo. Sus manos dejaban traslucir una corriente azulada y llameante que se escurría similar a las ramificaciones de un rayo cuando cae a tierra.

La inquietante figura, se desvaneció en la oscuridad, pero el poder que había otorgado a las hermanas permanecía latente, como un río a punto de desbordarse. Sus cuerpos, antes débiles y agotados, ahora vibraban con el implacable fluir que poco a poco se liberaba en su interior.

Su agonía había sido reemplazada por una fuerza que trascendía los propios límites de un ser humano común y corriente.

Salieron de la cueva poco antes del amanecer. Sus ojos brillaban con un nuevo fuego azulado. La isla ya no les pareció tan amenazante. Las corrientes eólicas procedentes del mar vivificaron sus ánimos. Se vieron reflejadas en una nueva realidad totalmente diferentes. Sus impresiones habían cambiado. Una antigua robustez comenzó a regir sus sentidos.

— ¿Podemos buscar algo de comer, ahora? —dijo Lhyanne.

—Vayamos a recorrer la isla, de seguro encontraremos algo de frutas o Improvisaremos un par de arcos y haremos algunas flechas. Lo que mejor convenga. Siento que ya nada nos limita.

En lo alto, el sol continuaba su ascenso.



Capítulo 4

El día señalado, las encontró en el interior de la gruta, cubiertas de expectativas. No tanto para Lhyanne, cuyo corazón trataba de mantenerse alejado de cualquier intrusión indeseable que pudiera recibir en contra de su voluntad.

El cielo sobre la isla se oscureció, como si una sombra invisible hubiera cubierto el sol y se adelantara al atardecer.

Elora y Lhyanne sintieron el intercambio espiritual en el aire durante el proceso de simbiosis con el poder de Zharok; un frío que penetraba hasta los huesos, una experiencia que producía una sensación extraña, una conmoción inmersiva.

Pero, en lugar de acobardarse o de dejarse atrapar por la duda de ese inquietante vaticinio, se vieron fortalecidas, sintieron el fortísimo ondular de las corrientes sombrías que llenaba cada área de sus afligidos cuerpos.

“Quema, decía la primera. Perfora mi piel, decía la otra.”

Habían estado asimilando la transformación de sus cuerpos que sufría por causa del *Armhedyos-Noctern*, que ingresaba a su sistema canalizando la energía oscura que portarían de ahora en más.

Elora notó la tensión de sus fibras musculares y el crujir de sus articulaciones.

—¡Quema, quema por dentro, quema y da calor, pero tengo frío, y el frío también quema, ¿o será el fuego y el frío ya no está?

—Mis huesos, mis huesos, todo lo atraviesa, no puedo resistirlo. ¡Porquería! Es como un enorme alfiletero abriéndose camino a través de mi carne.

—¡Aaaaaaah!

—¡Aaaaaaah!

Las exclamaciones surgieron sin advertencia. Echadas en el suelo, se aferraban el vientre y gemían afligidas. El aspecto de su rostro empalideció y se mantuvo así por un rato. Diminutos vórtices de fuego, sacudían sus vértebras. No es como si estuvieran dando a luz, pero se le asemejaba bastante. El *Armhedyos-Noctern,* empujaba con fuerza las paredes de sus almas. Las abrazaba y comprimía las terminales nerviosas de la espina dorsal.

El emulsivo brote de inducción negativa conmovió la glándula pineal de una y otra, llevando a que sus mentes se expandieran en conocimiento y habilidades pocos comunes.

Inmediatamente, una conexión se fue dando en el campo extrasensorial de las mujeres. Un vínculo comenzó a suscitarse junto con el intercambio de energía espiritual oscura.

Entonces, tras el prodigar de toda esa efervescente compulsión sobrenatural, poco a poco, los síntomas de dolor y ardor, fueron desapareciendo. La transferencia espiritual a sus respectivos Prana, se fue completando y la tranquilidad llegó, como un oasis en medio del calcinante desierto. El sudor y el vapor de sus cuerpos reflejaba la intensidad a la que fueron sometidas. Jadeantes, con lágrimas que se mezclaban con la transpiración,

percibían la influencia de un poder que ahora las colmaba de los pies a la cabeza.

Elora vio el semblante de su hermana. Lo que percibió la admiró. En ella ya no se reflejaba el sufrimiento; la agonía que había secado su terso rostro, ya no estaba. Ahora, contemplaba un rostro iluminando, vivo, carente de imperfecciones y de las cicatrices que el encierro había plasmado de forma salvaje sobre la piel. Ahora la veía expresiva y atenta, gimiente y viva.

Lhyanne sonrió. Elora gateó hacia donde se encontraba y se arrodilló enfrente de ella. Echó los cabellos empapados de su hermana hacia atrás y la observó con detenimiento. Sonrió y lloró. Enseguida la abrazó con fuerzas.

—Todo va estar bien, de ahora en más —dijo conmovida.

Lhyanne no respondió, sus ojos se hallaban fijos en el fondo de la gruta. Sus pensamientos indagaban en las esferas de lo no evidente. Algo que nunca había estado allí, ahora lo percibía, lo palpaba. Tangible. Poderoso. Su mente se agudizó y notó los bordes del Prana de su hermana que la envolvían de manera sutil y liviana, como una hoja suspendida sobre la superficie de un lago despejado.

—Puedo sentirte, Ela —murmuró quedamente.

La aludida se apartó y asintió sonriente.

—También yo.

—Es mucho más fuerte que saber que estás aquí.

—Lo sé, es mucho más fuerte.

Suspiró y entrelazó las manos, fijando su atención en ellas.

—Espero estar lista para acompañarte.

—Lo estarás, lo estarás. Mírame, Ly —alzó su rostro y un pequeño casi diminuto efluvio azulado se movió por los ojos de la hermana menor—. Tú y yo, estaremos juntas en todo.

Cumpliremos con nuestro deseo de hacer justicia y luego nos iremos en busca de un nuevo hogar —una leve sonrisa en los labios fue la respuesta—. Ya verás que sí.

El pacto con Zharok, había innovado algo dentro de ellas. Lo que antes hubiera causado miedo, ahora solo les provocaba una sensación de anticipación, de un osado anhelo de irrumpir contra todo lo que pudiera levantarse contra ellas.

—Siento... siento algo diferente, ahora —dijo Lhyanne, con su rostro transpirado y enrojecido, mirando sus manos, que ya no temblaban. La debilidad que había sentido toda su vida, exacerbada por los años de tortura, se estaba desvaneciendo poco a poco. En su lugar, una control poderoso y desconocido comenzaba a crecer.

— Es lo que dijo que haría —murmuró Elora, con sus ojos fijos en el horizonte del anochecer—. Nos ha dado lo que prometió. Ahora somos fuertes. No más víctimas. Ahora seremos las cazadoras.

—No sé si quiera serlo.

— ¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Un poder para sobrevivir está bien, pero usarlo para matar a otros, no soy de esas.

— ¿Te estás echando atrás?

—No, solo digo que lo usemos en pos de nuestro beneficio, ¿por qué ir a buscar a quienes nos torturaron y vejaron? ¿Qué sentido tiene hacerlo? Si lo hacemos, caeremos en el mismo nivel de bajeza que ellos. Y no quiero eso, no quiero que siquiera su olor me toque.

— ¿Estás delirando? ¿Acaso no hemos hablado siempre de vengarnos no bien tuviéramos la oportunidad? Es lo que ten-

emos ahora, esta es la chance que disponemos y que el destino nos ha regalado.

—La vida, hermana, la libertad...; pero volver sobre nuestros pasos, regresar a ese punto de horror y humillación solo porque deseamos ver que paguen y destruirlos en el proceso, ¿no nos terminará afectando también?

—Lhyanne, ¿qué...?

—Ela, ¿por qué solo no nos vamos de aquí y comenzamos una nueva vida en cualquier otra parte? Usemos este poder en favor nuestro y creemos algo; no sé... una comunidad o un reino, cualquier cosa, pero hagamos que funcione como corresponde y que valga la pena.

— ¿Qué estás diciendo...?

Elora parpadeó sorprendida por la intensa mirada de su hermana. La luz de la luna, filtrándose a través de las grietas del techo, proyectaba sombras difusas en sus rostros, distorsionando sus rasgos, agraciándolos, embelleciéndolos.

Recordó entonces, las noches interminables en las que habían entretejido sueños de escape y venganza, de hacer pagar a aquellos que las habían lastimado.

Una sonrisa irónica curvó sus labios. ¿Había sido todo una mera suposición caprichosa y desdeñable?

Un cosquilleo eléctrico recorrió su columna, como si una fuerza invisible la estuviera despertando. Cerró los ojos y se enfocó en esa sensación nueva. Era como si el corazón latiera a un ritmo desconocido y extraordinario. La energía se desplegó desde su pecho, inundando cada rincón de su cuerpo, otorgándole un vigor que nunca antes había experimentado.

Sin embargo, entre esa euforia naciente, una sombra se deslizó en sus pensamientos. La imagen de sus enemigos, de

aquellos que las habían oprimido, se hizo más vívida en su mente. El deseo de venganza, tan arraigado en ella, se entrelazaba con esta nueva expansión, alimentándolo, volviéndolo cada vez más fuerte.

¿Podría redimirse a través de la destrucción? ¿Era ese el precio que debía pagar por este don? La voz interior que la había acompañado durante tanto tiempo, susurrando promesas de poder y venganza, se hacía cada vez más pujante, tentadora. Pero una nueva voz, más suave y conciliadora, comenzaba a surgir en su espíritu, generando que sus motivaciones y métodos sean cuestionados. ¿Había otra forma, acaso? ¿Podría encontrar la paz sin recurrir a la violencia?

—Elora... ¿y si esto es un error? —continuó Lhyanne, su voz tembló ligeramente, sintiéndose insegura acerca del pacto que habían conjurado.

Su hermana la miró, sus ojos brillaban con una luz diferente. Extrajo un pellejo de cuero que contenía agua y se lo empinó. Al terminar de beber se lo dio a su hermana que negó con la cabeza. Elora pasó el dorso de su mano por la boca y suspiró.

—No hay vuelta atrás, Lhyanne. No me regresaré a vivir con la endeble necesidad de seguir adelante, mientras los que nos torturaron siguen con sus vidas como si nada. No lo haré. Ya no somos quienes éramos. Hemos cambiado, y este poder, nos pertenece ahora. Lo utilizaremos para vengarnos. Nadie podrá detenernos. Luego si quieres, podremos tener la vida que siempre hemos soñado, o un reino, tal como lo acabas de mencionar —se acercó a su hermana y tomó su mano—. Juntas. Siempre juntas. Nada nos separará, ni siquiera este pacto.

Lhyanne dejó de contradecirla y terminó por asentir; conocía que la determinación de Elora, sería mucho más fuerte

que sus propias objeciones. Se sentía mal por lo que había decidido. Sin embargo, puede que solo estuviera lloriqueando, evitando el camino que ambas debían tomar. Prefirió dejarlo así y asumir una postura positiva frente a su hermana. Puede que más adelante lograra convencerla de dejar todo e irse en pos de algún destino lejos de todo lo que conocían.

—Juntas —repitió, apretando la mano con fuerzas.

La antorcha que llevaba Elora, pintaba sombras erráticas en las paredes húmedas de la cueva. Con cada paso, el eco de sus botas resonaba, amplificado por la inmensidad de la cavidad. El aire, denso y cargado de rocío, les rozaba la piel, mientras avanzaban cautelosamente. Detrás de cada curva, un nuevo espectáculo se desplegaba ante sus ojos: estalactitas que colgaban como carámbanos gigantescos, formaciones rocosas que evocaban figuras fantasmales y otras arquitecturas subterráneas que les provocaban asombro.

A medida que se adentraban, la oscuridad parecía retroceder, revelando rincones antes ocultos, como si la cueva misma se abriera para ser explorada.

Al cabo de un largo desandar, se llegaron a una sala enorme donde los muros estaban cubiertos de antiguos glifos y símbolos arcanos que brillaban con un resplandor tenue. En el centro de la sala, una columna de luz oscura de bordes plateados y luminosos, ascendía desde el suelo; y en su interior, una figura comenzó a materializarse.

—Bienvenidas, hijas de las sombras —expresó una voz reverberando por toda la sala—. Han cumplido con una parte del pacto. Ahora es mi turno de cumplir con la mía.

La figura, que ahora tomaba una forma más definida, se asemejaba un guerrero de épocas antiguas, con una armadura negra como la noche y ojos que brillaban con un fuego enturbiado. Aunque sus rasgos eran vagamente humanos, había algo en él que desafiaba cualquier descripción mortal. No llevaba espada ni armas de ninguna otra clase. Su armadura compuesta de cuero, plata y bronce, poseía un diseño único. Dicha protección alcanzaba únicamente su torso, tampoco portaba yelmo ni

avambrazos ni escudos. Lhyanne no se movió. La ansiedad se coló por su garganta.

—Les he dado el poder que necesitaban —continuó—. Pero el poder por sí solo no las llevará a la victoria. Deben aprender a controlarlo, a dominarlo, para que no se vuelva contra ustedes. Un paréntesis que deben corregir desde el inicio, si es que acaso desean dispersarlo en toda su magnitud.

Elora dio un paso adelante.

—Enséñanos entonces.

Hubo un pequeñísimo destellar en los llameantes ojos de la esotérica figura.

—Esta magia es antigua, tan antigua como el mundo mismo y tiene un precio. La ira, el odio y el deseo de venganza, son los únicos medios que la alimentan. Asimismo, deberán tener cuidado, pues... si dejan que estos elementos las dominen, perderán todo control sobre el fluir de su carácter vertiginoso, con lo cual se podrían perder en un abismo sin fondo de pánico y locura.

Sobre este asunto, Lhyanne —influenciada por su hermana—, había dejado que el odio y la ira fuesen sus compañeros constantes. Albergaba resentimientos hacia sus captores y otros duros conflictos que la amargaban en extremo. Llegó a razonar que, este tipo de solicitud abnegada hacia esas duras emociones contradictorias, le servirían para soportar y fortalecerla mientras estuviera en esclavitud. Es lo que pensaba.

Nunca creyó que, un día, esos sentimientos pudieran llegar a ser los dueños de su proceso en la vida.

Al presente, ya no le entusiasmaba demasiado la idea de ir por ahí como un voraz incendio que lo destruye todo a su paso.

Quizá, todo se debió, a un equidistante momento que lo cambió todo en un intrincado batallar entre la vida y la muerte.

Lo cual sucedió, durante la tormenta donde su vida estuvo en riesgo. Sus ruegos de no morir fueron escuchados. Su alma que se había visto atrapada en un demencial acoso por parte de las olas y de las tinieblas que la halaban hacia el fondo, imploraba por la bondad del Cielo, imploraba por ser salvada de morir.

Fue así que, se encontró orando por la oportunidad de vivir y de tener un propósito en la vida.

Y esa oración se vio confirmada con una respuesta. Fue entonces cuando algo dentro suyo ingresó con una nueva revelación. Si bien no perdonaba a sus captores, ¿por qué otros inocentes debían pagar por los actos malvados de estos? Ella sabía que Elora no deseaba dejar vestigio alguno del lugar donde alguna vez estuvieron cautivas. Estaba más que determinada a consumirlo todo. Sin importarle quien muriera, borraría ese lugar de la faz de la tierra, para que nunca más tuviera la chance de emerger ni que se halle memoria de él.

Y en ese punto, era donde, hoy, se hallaba atascada, se reformulaba la iniciativa de su propio proceder.

«¿Por qué de pronto, me asaltan estos remordimientos? ¿Por qué el odio parece haber pasado a un segundo plano? ¿Por qué eso parece tener tan poca importancia en estos momentos? ¿Qué es lo que me está sucediendo? Ahora que dispongo de una fuerte normativa para combatir a mis enemigos, me encuentro en un paradigma de absoluta inefectividad. Me lleva a repensar todo este accionar indisciplinado y carente de piedad. ¿Realmente quiero convertirme en un báculo prohibido de malos augurios, en una hechicera de la destrucción? Yo que siempre odié

esa palabra, porque solo servía para delinquir sobre la vida de los demás, ¿ahora soy una?

Jodida porquería. De seguro... a ella no le va gustar para nada mi reflexión. ¿En qué condenado remilgo de problemas nos hemos metido?»

La presencia de un enigma al ya desecho rompecabezas que significaba su vida, la obligaba a escoger, a revaluarse y a tomar una decisión. Pero no era suficiente. No, cuando Elora ya accedía a los requerimientos de una acción vengativa que no se detendría por nada. Entendió que un mecanismo imposible de frenar, ya se había puesto en marcha.

Viendo la determinada actitud de su hermana en el manejo de las cosas, comprendió que no habría modo de disuadirla. Tampoco podía ponerse en su contra ni mucho menos en su camino.

Decidió dejarse guiar por el instinto. No pudo imaginarse un mejor incentivo que ese. Se agitó los cabellos. Se inclinó hacia adelante. Los recogió. Se enderezó y se lo anudó con un listón azul. Se sopló un mechón de su frente y colocó las manos en la cintura.

—¿Lhyanne?

—Estoy contigo, Elora.

—¿Estás lista? Sabes que no te acuso ni te juzgo.

—¿Por qué habrías de hacerlo si nada malo he hecho solo exponer mis justas razones?, las que, por cierto, terminé por desecharlas para caminar a tu lado o correr en caso de que estemos frente a un inminente peligro.

—Lo sé y te lo agradezco. Simplemente no quiero que te sientas obligada. Te lo pregunto de nuevo, ¿estás lista?

—No, pero debo... Y no me lo preguntes más o terminaré arrepintiéndome.

El siniestro anfitrión sonrió, una sonrisa que no era del todo humana. De su cabeza se desprendía un aura negra y verdosa a modo de corona, que luego descendía por detrás de su singular apariencia monstruosa.

Un rictus de desagrado se coló por el rostro de Lhyanne que se sentía incómoda desde donde se la mirase. Todo su cuerpo se agitó con una rara sensación que la molestó. Le fastidió sentirse de esa forma. Pocas razones tenía para confiar en esa gran figura sombría que alejaba hasta la misma luz de las antorchas.

—Así sea —observó éste, prestando atención a la duda en la menor de las hermanas.

Con un gesto de su mano, hizo que la columna de luz oscura se expandiera, envolviendo a las hermanas en resplandores neblinosos, transparentes y bruñidos como oscilaciones de plata.

La sombra que las rodeaba resultaba ser espesa, casi tangible, y al mismo tiempo; se sentía como un río de energía que fluía alrededor y a través de ellas. Ondas que subían y bajaban, se adentraban a sus cuerpos y se extendían más allá de sus límites humanos, buscando desbordarse, invadirlo todo.

—Siéntanla —instruyó Zharok—, permitan que la oscuridad las arrobe, que influya en sus contenciones humanas, que entre en sus corazones. No luchen ni se resistan, abran su mente...; dejen que las fortalezca, que sea parte de ustedes y ustedes de ella. Un vínculo irrompible, irreprochable, una... sola entidad en este mundo.

Elora cerró los ojos y se entregó al mandato, reflejando con ello, una clara animosidad. Al instante, supo cómo este fluir, se deslizaba dentro de su mente, susurrándole promesas de poder y venganza. Pero también, sintió algo más, una parte de ella que se resistía, una voz débil que intentaba advertirle del peligro. La ignoró, cerró sus oídos a todo lo que no fuera alcanzar su objetivo principal. No tenía tiempo para vacilaciones innecesarias. No retrocedería. No, ahora. La buena intención cesó, reapareció una vez más y después desapareció. No hubo ninguna otra cosa que la perturbara. Todo se encontraba tal y como ella quería. Con el deseo de cumplir su anhelado deseo de juzgar a sus verdugos.

Extendió sus brazos y abrazó todo el designio que se descolgaba sobre ella. Un designio tan pesado y cruel como desolador. No sonrió, no se vio inmutada por la bestial fuerza oscura que deseaba poseerla. No gritó de euforia ni clamó garantías de muerte por nada. Simplemente se rindió al pacto que ya la colmaba de los pies a la cabeza.

Su resolución debilitaba cualquier término equitativo a la piedad o al perdón. La fusión con los emblemas arcanos de la *Insionphem-Narshy*, se produjeron en medio de un electrizante momento que desataba su efectividad como la primera herramienta del Gran Círculo Mágico de Los Congregados.

Lhyanne, en cambio, temblaba mientras las lóbregas oleadas la rodeaban. Sostuvo la cabeza con sus manos a causa del drenaje de los mandatos que buscaban abrirse camino a través de ella, hacia los polos espirituales de su existencia mortal. Sus sentidos estaban totalmente despiertos al entorno misterioso. El torrente de las directrices de mando para los sellos era literalmente gigantesco.

Era correcto decir que, en el momento que los llegara a utilizar, sería como si un enorme hoyo negro succionara todo a su alrededor. Sintió pánico frente a este descubrimiento que recibía directamente en su espíritu, una pasmosa manifestación de proporciones sumamente intensas.

Los mareos eran tan fuertes que apenas podía sostenerse en pie. Ardiente. Frío. Ardiente, burbujeante, distorsionado. Una nube de sensaciones la atraparon en un vórtice insondable. Temía que, de un momento a otro, sus ojos se chamuscaran a causa del radiante fuego que la penetraba con violencia.

Y de nuevo, presentía que todo esto, se trataba de un asunto sumamente escabroso. Sabía que estaban caminando por un sendero peligroso.

Aun así, ese titubeo frente a ese incomparable torbellino de fuerzas oscuras, debía hacerse a un lado. Se esforzó por combatir contra ese escudo de protestas y reclamos que la prudencia levantaba en su contra. Tuvo que batallar casi media hora a lo largo de su transición antes de conseguir por fin, que el ritmo de su maná sea seguro, e incluso allí, las advertencias se resistían a abandonarla.

Pero el río puro de una secreta declamación, fuera cual fuera su nombre, presionaba con énfasis, hasta que todo se volvió brumoso y acelerado.

Y en la parte más profunda de su voluntad, en el centro de su razonamiento, la fusión de la alianza con la fuerza tenebrosa, llegaba por encima buscando cubrirla. El manto del *Insionphem-Narshy*, comenzó a llenar todo su ser. Sus ojos vieron a sus manos que destelleaban con pequeños signos rojizos llameantes.

En ese punto, a su espalda oyó el sonido de la voz de Elora intentando alcanzarla a través de los meridianos espirituales de su Prana. Fue como si su hermana misma, hubiera arrojado un lazo de luz sombría a su mente para arrancarla de allí, halándola con fuerzas.

— ¿Estás bien? —dijo Elora, viéndola inclinada hacia adelante, con las manos apoyadas sobre las rodillas

Lhyanne asintió con la cabeza. Estaba transpirada y respiraba como si hubiera corrido varias millas.

—Muy bien —dijo el maestro de ceremonias, mientras las contemplaba con atención—. Ahora, canalicen ese poder hacia afuera. Imaginen a sus enemigos, aquellos que las torturaron, que las trataron como simples objetos, que las profanaron inmisericordes. Dirijan su ira hacia ellos, y solo permitan que su *convocación* haga el resto.

Elora fue la primera.

Extendió sus manos, sintiendo cómo la corriente sombría fluía hacia sus palmas. La imagen del archimago Edran, el hombre que había supervisado las reuniones exclusivas con los mandatarios de turno, se visualizó en su mente. El odio creció alimentando las soberbias corrientes sobrenaturales, y la tensión se incrementó en su espíritu al igual que un poderoso caudal de energía acumulado en su máximo creciente. Un aura verdosa borrosa y densa.

Se produjo un siseo y el ambiente se estremeció, como si todo reverberara en un caldo de calor insoportable.

Y entonces, un rayo azulado con bordes negros y ramificaciones bruñidas como partículas eléctricas, salió disparado de sus manos con una fuerza inaudita...

Y se estrelló de manera prodigiosa contra la pared de la cueva.

La muralla explotó en una lluvia de rocas y polvo, y Elora se tambaleó hacia atrás, sorprendida por la fortaleza del ataque. Pero no sintió miedo, sino una excitante euforia, una sensación de poder absoluto. Respiraba agitada, cubierta de satisfacción. Sus ojos se veían encendidos. Se vio las manos y a las visibles emanaciones que disminuían de magnitud entre sus dedos. Gimió sobresaltada frente a su primera hazaña como hechicera.

Lhyanne, en medio de un duro vacilar y tras lo hecho por su hermana, intentó hacer lo mismo. Pero cuando se dispuso a canalizar su poder, su mente fue invadida por recuerdos de su cautiverio, de los gritos y el dolor que hubo recibido en esas duras y amargas estaciones.

La Dominación, respondió a sus convulsionadas emociones, y en lugar de un rayo controlado, una explosión caótica

de masa oscura estalló a su alrededor, golpeándola y haciéndola caer sobre el endurecido suelo rocoso. La onda de presión que liberó fue a dar contra unas rocas, pulverizándolas en el acto.

— ¡Lhyanne! —gritó Elora, corriendo hacia ella—. ¡Cielos! ¿Estás bien?

La aludida levantó la vista, con sus ojos impresos en temor y conmoción. Su cuerpo todavía irradiaba las distorsiones de su convocación, unas mágicas estelas electrificadas que golpeaban los aires. Las manos temblorosas despedían diminutos centelleos eléctricos.

—No lo sé... Yo... no pude controlarlo. Todo en mí pareció estallar súbitamente...; los recuerdos, los días y las noches en la prisión...; esos momentos... no pude... Yo, simplemente... no pude.

Zharok se acercó lentamente a Lhyanne, con una expresión inescrutable, midiendo el índice de crecimiento en el Prana de la joven hechicera. Un pensamiento irritante recorrió sus perversas intenciones.

«Puede llegar a ser, incluso, mucho más poderosa que Elora, sin embargo, su confusión y los atroces eventos que la maniataron en las cárceles de Edran, le están impidiendo revelarse. Supongo que, de no conseguirlo, deberá ser desechada, en algún momento.»

—*El Stram-Domination* —empezó a decir—, no es un poder como lo que ustedes suelen conocer como... magia común y corriente, hechicería y demás. No. Es una dentellada salvaje, una alquimia con propiedades eléctricas que raya en la esencia misma de la ciencia —dijo con voz grave, intentando mitigar la situación—. Esto es un sortilegio todavía mucho más poderoso, es como un animal que debe ser domado. No lo

fuerces deja que fluya a través de ti, sin miedo. El miedo te hace débil, te hace vulnerable. Debes dominarlo, Lhyanne. Debes ser tú quien empuñe la espada. Así como el acero, es una extensión del guerrero, este sello debe serlo para ti. La razón es simple. Sale de ti, es guiado por ti, empujado hacia un objetivo. Por sí solo no tiene propósito alguno, tú se lo debes dar. Te exigirá, te pedirá más, pero no debes caer en la tentación de dejarte llevar, ¡debes canalizarlo, Lhyanne! Usa todo lo que esté a tu alcance, odio, ira, enojo... venganza. Solo así, podrás salir airosa en la manipulación de tu desempeño, ¿lo entiendes?

A pesar de que terminó admitiendo lo dicho por Zharok, la duda seguía presente en sus ojos. Esto no estaba bien, ella había visto hace mucho, como buenas personas terminaron convirtiéndose en poco menos que monstruos sedientos de sangre. Y no es lo que deseaba para ella ni para su hermana. El solo pensarlo, la dejaba sin fuerzas, sin esperanzas. Supo que se hallaba en una encrucijada de la que no podría escapar.

Elora percibió la lucha interna en su hermana, un destello de preocupación atravesó su corazón.

«Debo ayudarla a que lo deseche rápidamente. No podemos permitir debilidades, no cuando estamos tan cerca de lograr lo que siempre hemos soñado.»

—Intentémoslo de nuevo —dijo, tomándola de la mano—. Juntas, esta vez.

Lhyanne, sumida en preocupación y arrepentimiento de haber llegado a este lugar; respiró hondo, sintió la calidez de la mano de su hermana y aceptó el reto,

Cerraron los ojos y se concentraron en la oscuridad que las rodeaba. Esta vez, *La Dominación,* fluía más suavemente, más

controlado. Elora percibió el flujo de intercambios de energía oscura, que se movía con mayor docilidad.

Esto le agradó. Se aferró al concepto en sí mismo y desligó a su hermana del efecto nocivo y corrosivo de la violencia del sello. Entendía que necesitaba darle tiempo a Lhyanne para que pudiera controlarlo.

Fue así que, dejó que su maná contribuyera al balance del *Control* de ambas, de esa forma, la inquieta aprendiz, no caería en el nerviosismo anterior, dado que esta vez, el manejo absoluto del *Parmheshyo-Chaotic*, estaría bajo la sujeción de Elora. Y el encantamiento, en lugar de ser una fuerza incoherente, se convertiría en una herramienta que se podría moldear y dirigir. Es decir, la invocación quedaría bajo el dictamen de la habilidad de Elora para manipularla a su antojo. Excusando a su hermana de dirigir el ataque, ella lo encauzaría a través de su propia onda espiritual.

Zharok, quedó impresionado por la acción.

«Hice bien en traerla conmigo. Hay algo en ella que describe una condición única, verdadera y sin estigmas. A este ritmo, lograrás alcanzar el nivel más alto en el uso de *La Primera Dominación.*»

Ambas levantaron las manos, y el flujo sombrío, salió disparado convertido en un torrente de oscuridad intensa que golpeó el centro de la sala, creando una pequeña explosión que sacudió la cueva, pero sin causar la confusión anterior.

—Eso es —dijo Zharok, satisfecho—. Comienzan a entenderlo. Pero esto es solo el principio. Hay mucho más que aprender, mucho más poder que deben dominar.

Lhyanne miró directamente a los ojos de su hermana, y en ese punto, alcanzó a ver que no reflejaba la misma determi-

nación que ella. Este camino que había escogido, la alejaba cada vez más de la humanidad que una vez conoció. Y no podía permitirlo, pero tampoco podía traicionarla.

«¿Qué me resta por hacer?»

—Estamos listas —dijo Elora, sonriente y hablando por ambas—. Enséñanos todo.

Las semanas que le siguieron al feroz entrenamiento, tanto Elora como Lhyanne, recibieron heridas de importancia a raíz de los fuertes choques sobrenaturales que desplegaban por causa de los terribles mandatos.

Pero gracias a las protecciones de los escudos que declamaban en sus continúas prácticas, los ataques eran resistidos y con ello, evitaban que recibieran daños significativos en sus cuerpos. Los brazaletes que portaban en sus respectivas muñecas, llevaban incrustados un símbolo que emulaba a dos 7 invertidos, hechos con amatista. Dichos amuletos, servían para la regeneración de las heridas y para restablecer la salud de su portador.

Los índices que indicaban las ofensivas y defensas de cada una, se manifestaban en los recurrentes sellos que invocaban. Esto era un fenómeno particularmente distintivo, porque señalaba la fuerza de combate de cada una de las hermanas.

En este punto, Elora sabía cuándo detenerse. El ansía de la batalla no bloqueaba su sentido común. Y en todo momento proyectaba aliento sobre su hermana, la animaba a que se esforzara, a que mantuviera el equilibrio de su Maná para que pudiera liberar todo el potencial de su Prana de ataque. Lhyanne la miraba y suspiraba.

—Hago todo lo que puedo, niña, no me pidas más.

—No lo hago, simplemente digo que podrías ser mejor que yo.

— ¡Ja! Metiche insolente. Haré todo cuanto esté a mi alcance, no más.

—No te pongas en ese papel de mañosa.

— ¿A quién le dices mañosa, coliflor de huerto?

— ¿Coli...? ¡Jajajajaja!

Si hubiera que resumir los días, diríamos que Zharok se irritaba al verlas felices en momentos como esos. No era su objetivo que rieran o se vieran cómodas y relajadas, ¡necesitaba que se comportaran como brujas de la destrucción!

Para que su liberación pudiera ser completada, necesitaba la fuerza del odio y la venganza que se albergaba en el corazón de Elora. Es por eso que no podía soportar la inocencia y dudas de Lhyanne, porque siempre terminaba devolviendo a Elora a esos momentos de holgura y esparcimientos.

«No puedo permitir que Elora sea convencida por su hermana para que abandone su objetivo. Tal vez... lo mejor sería que yo me metiera en sus fases de instrucción para mantenerlas objetivas y concentradas, en lugar de perder el tiempo con estas insufribles emociones humanas.»

Dentro de todo este panorama, una cosa resaltaba a la vista, Elora no solo se volvía más poderosa conforme transcurrían los días, también se volvía más distante, como si una parte de ella se estuviera desvaneciendo en las brumas del poder que buscaba controlar. El asunto complacía a Zharok.

Podía ver que los niveles de crecimiento espiritual de la abnegada hermana mayor, superaba ampliamente sus expectativas.

En cuanto a Lhyanne, a menudo luchaba con los recuerdos de su pasado, lo cual, interferían con su capacidad de controlar *El Stram-Domination*, la primera ecuación después del *Insionphem-Narshy,* el disparador original.

Tropezaba con sus sentimientos una y otra vez. Y para cuando creía que se recuperaba, flaqueaba de nuevo. Eso la disgustaba enormemente y le pesaba en su relación con Elora, dado que no deseaba que se distrajera con ella.

Sin embargo, después de mucho esfuerzo, también comenzó a dominar el canal del encantamiento, a pesar de que su progreso era más lento.

Zharok lo sabía, pero no se inmiscuía con ella. No, su intención estaba enfocada únicamente en Elora. Es a quien deseaba. Tenía planes para ella. Y en caso de que Lhyanne no diera el pie en lo que se proponía llevar a cabo, sencillamente la haría a un lado. Ya habría momento para pensar la forma en la que se desharía de la muchacha de ojos tristes y expresivos. Por el momento, debía forjar la llama de la voluntad en Elora.

«Ya sabré usarte para que sirvas a mis intereses. Por ahora, es menester que crezcas y nubles toda emoción humana.»

Para cuando los ritos de iniciación concluyeron, Elora había cambiado por completo. Una mirada aguda y tenebrosa se plasmaba sobre su rostro. Los cuervos graznaron a la nueva novicia de las sombras.

Lhyanne no entendía el lenguaje de los animales ni tampoco creyó que algún día lo haría. Zharok les había dicho que podrían invocar las sombras de los animales muertos para que sean usados con fines bélicos. Lhyanne protestó enérgicamente y rehusó aprender el *Ufanhe-Selth-Morh* (el sello liberador de las almas acaecidas)

— ¡No en esta vida! ¡Jamás emplearé tales tácticas mortuorias ni aquello relacionado a la magia negra! ¡Se me cae el corazón de asco de solo saberlo!

—Apoyo a mí hermana en esto —dijo Elora—. Eso no.

—Lástima, podrían disponer de todo un arsenal fantasmago...

— ¡Que no, Zharok y se acabó! —exclamó Lhyanne—. No usaré nada que tenga que ver con el infierno mismo. Si has dicho que este caudal de poder proviene de la ciencia misma, lo cual no logro entender muy bien; pues aquí me quedaré. No iré con aquello que tenga que ver con calaveras y cenizas negras de cementerio.

El asunto quedó sajado allí mismo. Por eso cuando los buitres revolotearon por encima de Elora. Lhyanne les prendió fuego. Elora no replicó ni pronunció palabra y solo se limitó a ver, como las cenizas caían sobre el suelo y las rocas.

—Este será el último regalo que les ofrezco —dijo Zharok, indicando hacia la pared por donde un haz de luz rectangular se filtraba con luz propia—. Un portal que las llevará de vuelta a donde comenzó todo. Recuerden, mi influencia siempre es-

tará con ustedes. Tomen lo que han aprendido y úsenlo. Recuperen lo que les fue arrebatado. Arrasen la fortaleza donde fueron vilipendiadas y torturadas, y tomen su venganza.

La adrenalina corría enloquecida por las venas de Elora. Su ímpetu la desbordaba al igual que el mar rompía sobre los acantilados. A su lado, Lhyanne, no decía nada, sus pensamientos se extendían abruptamente en una dirección contraria a la su hermana, y eso la agobiaba. Inclinó la cabeza y suspiró con fuerzas. Sabía que sería grosera y se vería como una desconsiderada si le comentaba su indecisión.

«¡Carajos! ¿Por qué seré tan cobarde y mezquina con mis deseos?»

Media hora después, una grieta en el aire comenzó a abrirse frente a ellas. Un portal cuyos bordes giraban contrario a las agujas del reloj. Lo hacía en azulado y blanco, como las estrellas de Las Pléyades en su máximo esplendor.

Dicho portal, pulsaba con energía propia de extremo a extremo y su sonido, se asemejaba a un rumor lejano que se contraía en las hélices del tiempo. La angosta línea que ahora definía a las hermanas estaba arraigada a un incierto destino que las unía más allá, de sus propias vocaciones y deseos personales.

Una vio a la otra una última vez.

— ¿Lista? —dijo Elora, asiéndola de la mano.

—Sí, lo estoy

«O puede que no, pero entiendo que no tiene importancia.»

—Es hora de acabar con esto.

«¿Qué es esto? —pensó Lhyanne—. ¿Hacia qué camino nos conducirá este tipo de accionar? ¿Qué haré al ver la sangre

de los inocentes siendo derramada? No puedo ni debería acceder, pero, ¡cuán difícil es retractarme de la conciencia de mi hermana! Me siento hostigada, agotada y envenenada por dentro y por fuera. ¿En qué clase de monstruo me convertiré después de esto?»

La luna se mecía en su cuarto menguante cuando atravesaron el portal y dejaron atrás la isla. Una tenue luz mortecina las envolvió. Se escuchó el sonido de ligera corriente de aire circulando por la zona.

Reflejos parpadeantes intensos y efluvios chisporroteantes cubrieron sus siluetas. Se sintieron volar en medio de un torbellino de energía pura, a través de ondas que fluctuaban adentro y afuera de ellas

Todo era extrañamente silencioso, todo parecía inmóvil, como si una dimensión se desgarrara en incontables abanicos de mudos escenarios totalmente desconocidos, Eternamente lento, eternamente rápido. Una puerta. Una inquietante brecha igual a una herida abierta en el corazón mismo del destino.

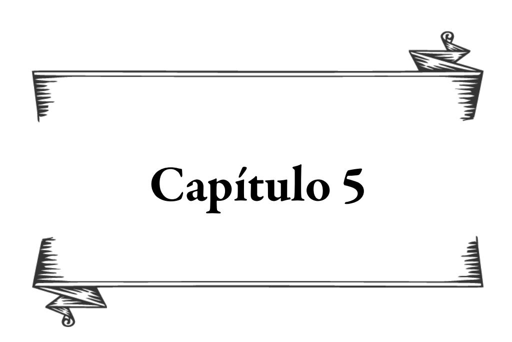
Para cuando emergieron del otro lado, estaban próximo al lugar de su cautiverio, las tierras cercanas al castillo que las había mantenido esclavizadas durante años. Regiones perdidas, laceradas por los incontables asedios de los insufribles magos, maltrechos y condenados, que infectaban todo cuanto tocaban.

La fortaleza de Tyneple, visible en la distancia, se alzaba imponente, impenetrable, todo un asidero de penurias y desolaciones, empotrada en el razonamiento inmoral y corrupto de una demencia bestial e inhumana.

A los ojos de Elora y Lhyanne, todo esto no era más que un símbolo de su sufrimiento.

Los intrincados altercados que sodomizaban sus recuerdos, surgieron querellantes y atrevidos. Los insultos, las torturas, los fríos baldazos de agua; las constantes inquinas devorando sus cuerpos, y el ir y venir de los gritos desesperados de todas las prisioneras.

Precisamente esto, es lo que Elora deseaba olvidar, deseaba dejarlo atrás; cortarlo de raíz, incinerar su existencia y borrarlo de la faz de la tierra. Por eso estaba aquí.



Capítulo 5

El viento susurraba entre los árboles, portando consigo los ecos de una época pasada. La fortaleza, un recinto similar a un gran castillo feudal de cinco torres con sus respectivos pasos de ronda, almenas y picos de vigías, se alzaba en el territorio como una oscura silueta contra el cielo tormentoso, como una bestia adormecida. Sus murallas de piedra maciza habían resistido toda invasión que se había levantado en su contra.

Para Elora, esa bestia no representaba más que la angustia de su pasado. Armada ahora con un poder superior y antiguo, se hallaba próxima a enfrentar su destino y llevar a cabo su cometido. Desatar su ira, sobre todo ese territorio.

Ajustó las correas de su cubrebocas de cuero negro y se deshizo de la capa de lana que traía sobre sus lomos. Miró hacia abajo y contempló las endurecidas baldosas resquebrajadas y grises. Guardo silencio y negó con la cabeza. Siempre había odiado ese suelo frío, cubierto de la aridez que lo caracterizaba. Porque muchas habían sido las ocasiones cuando los carceleros las llevaban de corredor en corredor, vistiendo para la ocasión. Y otras tantas fueron las que tropezaba con esas grietas, para enseguida caer y lastimarse las manos o las rodillas. Heridas que guardias de turno trataban de inmediato. Quizá el único momento donde eran tratadas con gentileza.

Cada paso era una mezcla de recuerdos dolorosos y promesas de venganza. La ansiedad colmaba la garganta de Elora, seguido de un escalofrío que le recorría la espalda. Regresar no había sido fácil para ella ni para su hermana. Contaba con la imperativa fuerza de su determinación para hacerlo. Aun así, apoyada con su mano derecha sobre una extensión del paredón, sostuvo un pequeño temblor en su pulso.

—No siempre se puede —dijo para sí misma—, no siempre logramos alcanzar la punta del ovillo de nuestras tragedias. Nuestro mundo estuvo en llamas por causa de un hombre al que no le importó en lo más mínimo la salud de nuestra existencia. Se dejó arrastrar por sus bajos impulsos y la codicia de su propia ambición. Todo no ha sido más que pesares en caldos hirvientes volcados sobre nuestras almas... Condenado idiota infeliz.

«Definitivamente reventaré este mugroso lugar.»

Con la mirada fija en las ostentosas murallas y después de pensarlo detenidamente, optó por caminar más aprisa. Le urgía llegar cuanto antes a su objetivo. Los corazones de ambas, latían al unísono con la fuerza llameante de *Los duros mandatos* que fluían por sus venas.

El pacto con Zharok, les había otorgado una resiliencia que iba más allá de lo humano; una poderosa y convulsiva voluntad que ardía dentro de ellas como un fuego que exigía ser liberado.

—Es extraño estar aquí de nuevo —murmuró Lhyanne, cargada de emociones contradictorias y asimilando poco a poco que nuevamente se encontraba en el sitio de su cautiverio—. Hacía tanto tiempo que no veía estos muros y... no parecen haber cambiado en lo absoluto.

—No son los muros los que han cambiado, sino nosotras —respondió Elora, con tono firme y decidido—. Antes éramos sus prisioneras. Ahora somos sus verdugos. ¡Por mil juramentos que los haré pedazos!

—Detesto estar aquí, detesto haber venido de nuevo...; más me valdría haberme quedado en esa vieja isla cubierta de misterios que pisar nuevamente este deplorable sitio de porquería.

—Deja de quejarte. Tenemos trabajo que hacer.

— ¿Cómo revisar los pisos inferiores?

—Hazlo.

— ¡No, no me mandonees! No soy tu sirvienta, Ela. No me importa acompañarte con el plan original; pero no permitiré el daño colateral.

Elora se volteó para verla. Los ojos de Lhyanne destellaban con una firmeza fuera lo común.

—Yo...

—Siento una rabia que me compunge por dentro, ¿te extraña que sienta eso? ¿Qué me preocupe por aquellas que también fueron abusadas?

—Lo siento, este sitio me repugna y deseo cuanto antes terminar con todo. ¿Puedes revisar, por favor?

Lhyanne se recostó contra la pared y cerró los ojos. Configuró un sello en lengua sajona antigua. Su sombra se volvió brumosa y de un tono azulado oscuro. Se desprendió de ella y atravesó el suelo en un vuelo raudo a través de los pisos. Buscó y buscó, hasta que ubicó los lugares de encierro.

Su corazón intensificó la angustia al pasar por la celda que alguna vez las contuviera a ella y a Elora. No se detuvo y prosiguió con la búsqueda. No encontró a nadie. Todas las cárceles estaban vacías, sin rastro alguno de las mujeres. Revisó

de nuevo todo el lugar, en los pisos superiores y los inferiores. Nada.

La sombra regresó a ella. Lhyanne abrió los ojos y dejó enseñar una mueca de asombro.

—No están.

— ¿Cómo que no están?

—No las encontré. Las mazmorras se hallaban vacías. Recorrí todo el condenado lugar de arriba abajo. No encontré absolutamente nada.

—Extraño, ¿las habrá trasladado alguna parte?

—Ese idiota es capaz de cualquier cosa.

—De acuerdo —expresó Elora aferrándola de los brazos—; necesito que te concentres, ahora. Después las buscaremos. ¿Está bien?

—Sí, puede que él nos diga lo que hizo con ellas.

El sol ya se ocultaba, bañando el emplazamiento con un resplandor naranja que contrastaba con las sombras que comenzaban a alargarse, a cerrarse como lamentos gimientes acechando desde las fronteras de las penumbras.

Como curioso contrapunto y para cualquier observador casual, la fortaleza podría haber parecido tranquila, incluso pacífica, pero muchos sabían que, en el interior de esos muros, se escondían aborrecibles intenciones infectadas de corrupciones y deseos profanos.

—Zharok nos advirtió que el poder tiene un precio —expresó Lhyanne, entretanto observaba las altas paredes—. ¿Qué crees que quiso decir con eso?

Su hermana suspiró en términos de encontrar una respuesta que satisficiera a la pregunta formulada. No parpadeó cuando respondió.

—El precio ya lo estamos cubriendo, Lhyanne. Cada vez que usamos este poder, sacrificaremos una parte de nosotras mismas. Pero es un sacrificio que estoy dispuesta a pagar. No podemos detenernos ahora.

—Tienes razón. No hay vuelta atrás.

«La incertidumbre me está calando los huesos. Mejor ni le digo como me siento. Solo servirá para discutir y que el malestar se interponga entre nosotras... Puerco fastidio.»

Apretó los dientes y cerró los ojos. Bajo el manto de la noche, los recuerdos de muchos años atrás cuando todavía eran niñas que podían caminar libremente, afloraron como ramilletes aislados y lejanos. Sonrió apenada con el espíritu decaído. Su bota izquierda chocó con unos viejos grilletes abandonados en el suelo. Se sintió sobrecogida ante esos símbolos de esclavitud. El recuerdo de haber sido parte de esos muros la condu-

jo a enfadarse, a gemir de tristeza; al tiempo que creía resonar en sus oídos, los sonidos de los guardias recorriendo las celdas y a las mujeres que chillaban en la oscuridad, y a otras que eran profanadas noche tras noche. Un clamor de lágrimas quiso afluir al instante, pero lo detuvo. Tragó saliva, aspiró profundamente y suspiró aferrando el brazo de Elora. Un ligero temblor la acometió de los pies a la cabeza.

Su hermana no la apremió ni le reprochó el arrebato emocional que pudiera estar experimentando en esos arraigados instantes. Simplemente esperó, hasta que Lhyanne recobrara el control.

Solo cuando ésta liberó el agarre de su brazo, extendió una mano hacia la fortaleza, advirtiendo cómo la *Coherdem-Synester*, el primer sello de rompimiento; comenzaba a concentrarse en sus manos. Oleadas de corrientes sanguíneas de una absoluta oscuridad, aguardaban por sus órdenes. Cuchicheos y susurros se volcaron en las tinieblas de la noche.

El tiempo había erosionado algunos de los muros exteriores, pero la estructura principal seguía en pie, tan imponente como siempre; pétrea, oscilando entre mundos de cautividad, agitada a través de sus acciones que crujían en el presente. Un bullente caldero de miseria y desdichas.

Con rapidez, se llegaron a una sección del muro que estaba parcialmente derrumbada, un punto de entrada que no había sido reparado en todos esos años. Con un gesto de su mano, Elora invocó un *Haz de luz sombrío*, un rayo de partículas plateadas y oscuras, que terminó por abrir esa parte del muro, permitiéndoles entrar sin ser detectadas. Solo la luna recortada sobre un negro océano seguía sus pasos. Lhyanne aminoró sus pasos y se detuvo.

—¿Estás bien? —preguntó su hermana.

La aludida, cogió un puñal que traía en su bota izquierda y se sajó un corte en su mano derecha. Apretó la herida, hasta que la sangre corrió por sus dedos.

—Ahora sí, me siento mejor.

Más adelante, varios *dardos negros* con bordes blanquecinos dieron cuenta de algunos centinelas.

El interior del castillo era un laberinto de corredores oscuros y cámaras llenas de secretos. Cada recodo estaba decorado con los típicos estandartes propios del reino de Tyneple, piezas de mármol, escudos y viejas espadas colgadas en las paredes. A Lhyanne, le subieron los recuerdos de esos largos trayectos que hacía mucho hubo desandado en compañía de otras mujeres.

Y para nada le asentó la visión que venía a su mente. Fue así que se detuvo. Una violenta excitación se manifestó en su cuerpo. Extendió las manos hacia los lados y conjuró los *Zos-Dichtmen,* espadas de hielo que poseían la propiedad de estallar y congelar todo a su alrededor. Y mientras avanzaba, iba destruyendo cada habitación y recámara. Elora apuró el paso. Los sonidos estridentes de las colisiones gélidas se fueron sucediendo sin par, provocando retumbos y crujidos. Elora comenzó a correr y su hermana la siguió. Hacia el final del corredor, la primera se detuvo.

Lhyanne, se elevó del suelo con los brazos por encima de su cabeza y proclamó el mayor de los mandatos de *Contención Boreal*. Un aura de fuego circular se formó por encima de ella. Rechinando los dientes, enfurecida y entre lágrimas, lo arrojó sintiendo la ira de sus emociones. El incandescente aro salió despedido con una fuerza vertiginosa. Extensiones de llamaradas

se desprendieron de la sólida masa de fuego. Elora se escudó en su sello de protección, observando cómo toda esa ala de la fortaleza se deshacía en una fortísima explosión de fragmentos que se esparcían por todos lados.

Al cabo de unos segundos más, el castillo tembló y la estructura de esa área en particular se derrumbó como una sola pieza, generando un caos de escombros y torbellinos de tierra. Lejanos sonidos de gritos siendo aplastados llegaron hasta los oídos de las mujeres.

Para cuando todo terminó, Elora, con su mirada inexpresiva, se dio la vuelta y continuó su camino. Lhyanne, descendió con su respiración agitada, impresa en mareas de sentimientos cruzados. El viento soplaba suavemente moviendo las brumas de las nubes de polvo.

Luego de ver la aniquilación que había suscitado, Lhyanne suspiró y se retiró rápidamente del lugar. Deseaba que todo desapareciera de una buena vez. Columnas. Pórticos. Escaleras. Recintos. Habitaciones y mazmorras. Que no hubiera nada que le indicara que alguna estuvo allí.

—Condenados degenerados que me llevaron hacer de este lugar, un marginado sitio de dolor y sufrimientos sin par.

Elora aminoró los pasos cuando vio la primera de las cortinas azules que colgaban del techo cónico de la torre en el momento que apoyaba sus botas sobre el último escalón que unía los pisos. Todavía tenía ese regusto amargo cada vez que subía por ahí para llegar al recinto de los placeres cuya entrada estaba recubierta en su arco, por pequeñas gárgolas de mármol y granito. Elora y Lhyanne las odiaban, las odiaban porque sus aspectos eran funestos, desagradables y horrendas.

La primera, no quiso tomar un desvío, prefirió desandar el pasillo sintiéndose plena de autoridad y fortaleza. El corredor poblado de fuentes y pesadas lámparas de aceite que pendían de los techos, hoy estaba obstruido por soldados que vigilaban constantemente el lugar.

Elora se percató que, la gruesa alfombra persa que recubría el piso y se extendía a lo largo de la galería, se hallaba descolorida; ya no era la misma, había perdido toda su distinción y gloria. Escupió en la misma y golpeó el suelo con su tacón.

Retrocedió cuidadosamente, meneándose con las manos en la cintura, burlándose de los guardias. Regresó y se agachó hasta tocar el borde de la alfombra. Rozó despacio con sus dedos las borlas despeluchadas y viejas.

Inmediatamente apoyó la palma de su mano sobre la tela y un fuego escarlata se apoderó de toda la textura. Al siguiente, este convirtió en una ola que se movió a gran velocidad en dirección a los soldados, los cuales no supieron cómo enfrentar aquel fenómeno. La ola se convirtió en un caballo de fuego y después en un ave de fuego.

Dicho fenómeno agitó la cabeza y chilló salvajemente. Movió su cabeza picuda y aleteó en los aires, levantando un remolino de fuego. Los soldados quisieron correr, pero se

tropezaron unos con otros. Hubo gritos e insultos, empujones y golpes por ver quien se salvaba primero. El ave se detuvo y el fuego se evaporó.

Los centinelas vieron hacia atrás y el aire candente levantó oleadas de un sofocante calor. Al siguiente, el emplazamiento estalló arrasando el gran corredor. Las exclamaciones se silenciaron abruptamente. Fue como si un gigante hubiera abierto sus fauces y soplara al igual que un fuelle, liberando una ígnea y descomunal llamarada destructiva. Las llamas lo calcinaron todo. Nada dejó en pie. Un abrasivo poder liberado cegó las vidas de todos.

Elora movió su mano y el elemento desapareció, dejando solamente cenizas esparcidas por todo el lugar. No quedó nada. Ni alfombras, ni guardias y hasta las armas se derritieron frente a esa demencial erupción asesina. Un viento helado sopló sobre la estructura llevándose el intenso vapor y los restos. Sopló como un turbión, como una criatura fantasmagórica. Aullando, se movió serpenteante y se escapó a través de las ventanas.

Lhyanne permaneció absorta frente a ese despliegue de fuerza sobrenatural. Su hermana no sonrió ni dijo nada que la envalentonara. Prosiguió como si nada hubiera ocurrido.

Metros adelante, ansiosa y urgida, se vio cara a cara con un par de soldados. Uno se movió con rapidez empuñando su lanza. Elora se adelantó dos pasos y esquivó el lanzazo, dejando que cruzara cerca de su brazo derecho. Cogió la vara con su mano derecha y con el otro la golpeó, al tiempo que demandaba un *Arco de quiebre*, y la lanza se rompió. El impacto del sello envió al centinela hacia atrás.

Sin detenerse, y usando la misma acción del sello, impulsó hacia el pecho del guardia una de las mitades de la lanza, que lo atravesó lado a lado.

El otro guardia la acometió por su derecha, arrojando un espadazo que Elora esquivó deslizándose hacia atrás y al ras del suelo, de inmediato convocó un *Atrahek,* halando al soldado hacia ella. Simplemente se hizo a un lado y éste fue a dar contra una fuente con tal violencia, que rompió la escultura.

Varios más venían por el pasillo, recogió un mangual que contenía dos bolas de púas de acero unidas por una gruesa cadena, y se las arrojó emitiendo una voz de mando sobre el arma que se convirtió en un mortal molinete giratorio, el cual barrió las piernas de los centinelas, despedazándoselas.

Los gritos poblaron el lugar. Enseguida, hizo que el suelo se abriera y la tierra se los tragara.

Otro guardián que había surgido por el ala contraria del corredor, lo sometió con facilidad, empleando golpes de puños y un par de patadas que se estrellaron en el rostro y el bajo vientre de este.

El pobre desdichado, cayó doblado en dos, gimiendo lastimeramente. Elora lo miró sin expresión. Cogió un bastón de acero y se lo descargó en la cara, con impactante golpe cruzado de izquierda a derecha. El individuo se desplomó como un muñeco desarticulado.

Cerca de allí, Lhyanne, luego de irrumpir con un fuerte mandato para derribar un ídolo de granito sobre tres soldados, quienes quedaron sepultados entre gritos y gemidos de terror. Recogió una shashka, una espada proveniente del Cáucaso, que le provocó admiración y se entreveró con un guerrero montañés que blandía una espada corta de doble filo, una xifos.

La hábil mujer se movía rápida y artera. El hombretón se las creyó fácil, un plato a degustar. Por dos oportunidades buscó derribarla empujándola con el escudo. No deseaba matarla. Deseaba otra cosa de ella. Lhyanne marcaba sus pasos con firmeza. Rotaba una y otra vez, llevando el acero a través de su espalda, pasándola de mano en mano.

El griego, porque tenía similitud con uno igual, barba entretejida, delgado como un pino, de cabellera rubia y vistiendo al modo de los helenos, intentó cortarle camino. Pero Lhyanne se escurría bajando el eje de su cuerpo y corriendo hacia la izquierda y derecha. El guerrero se dijo que sería un buen bocado. Y una y otra vez, con la lengua afuera, se lo repitió en voz alta. Lhyanne pensó que tenía hambre y que deseaba que ella le sirviera la comida, que sería su sirvienta.

—Idiota infeliz repulsivo, ¿quién te piensas que soy?

Eso fue todo, convocó un *Rishen-Vhe*, una corriente fría tan delgada como un puñal y se la entregó en persona. El asunto proclamado ingresó por la ventana, la muchacha la hizo girar sobre su mano y se la arrojó directamente al escudo. Pavés y adversario se fueron contra una columna. El sonido a huesos que se rompían, le indicaron que su pleito había terminado.

—Ahí tienes tu botana engreído miserable.

Soltó la espada y buscó a Elora que observaba a uno de los caídos, que agonizaba herido.

—Elora...

—Mira —señalándolo—, es Paolo, el español. El puerco que me estrujó, cuando no quise... no quise... decirle quién había robado el monedero de ese estúpido cuervo manchado.

—Ya, hermanita. Ahí tienes tu revancha. Presumido, derrotado; y tú, victoriosa. Punto. Nada más que decir. Vamos.

Elora, le pateó la cara al sujeto y ahí quedó todo.

El poder entregado por Zharok no solo aumentó sus capacidades en el uso del *El Stram-Domination* por medio de la transferencia espiritual, sino que, también, se nutrieron con el conocimiento de habilidades combativas-dispersas. Eso y el *Instinto de las penumbras*. Un sortilegio que las mantenía ocultas y al acecho en las sombras fue parte del umbral del poder oscuro con las que fueron revestidas.

En este último punto, nadie podía verlas. Se mezclaban con las sombras reinantes. Un camuflaje que les permitía pasar desapercibidas. A partir de ahí, los centinelas no atinaban a comprender lo que ocurría hasta que se tomaban de la garganta que sangraba sin detenerse o boquiabiertos, veían como sus pechos eran perforados por sendas ramificaciones casi invisibles a la luz, parpadeantes y mortales. Las antorchas chisporroteaban inquietas frente a la amenaza que se arrastraba al abrigo de las tinieblas.

Poco después de atravesar un par de corredores más, Elora se sobresaltó cuando avanzó a través del siguiente pasillo que las conducía hasta la cámara central, el salón principal de reuniones y excesos, donde de seguro, Edran las esperaba. Ese era el mago que había supervisado su tortura y su humillación, el hombre al que ahora tenían la intención de destruir.

—Recuerda, Elora —susurró Lhyanne—, mantén el control. Zharok dijo que, si dejamos que el odio nos consuma, el poder se volverá contra nosotras.

Su hermana asintió, apretando los puños mientras caminaba al lado de su hermana.

—Lo sé. Pero no puedo evitarlo, Lhyanne. Quiero... quiero que sientan el dolor que nos hicieron pasar. Quiero verlos suplicar por una misericordia que no tendrán. Y sé que lo harán. Sin embargo, debemos ser inteligentes. No podemos subestimarlos. Edran es poderoso y no estará solo. De seguro ya sabe de nosotras.

Mientras avanzaban, comenzaron a sentir una presencia a su alrededor. La fortaleza estaba viva con magia, y esa magia había sentido su llegada. Las sombras en las paredes parecían alargarse y moverse por sí mismas, un frío sobrenatural comenzó a extenderse por los aires.

Sus pasos terminaron por llevarlas hasta un vasto espacio con un techo abovedado y muros cubiertos de inscripciones secretas que brillaban con una luz fría y azul. Elora se sentía satisfecha de estar en ese despreciable recinto al que odiaba con todo su corazón. Inmediatamente, cerró las enormes puertas pesadas con un gesto de su mano, e inundó el umbral con un sello imposible de derribar.

Sacó de su alforja que llevaba sobre su espalda, una Piedra de luna que brillaba de un modo gradual y la depositó sobre el suelo. Lhyanne sabía lo que era, dado que ella la había estado alimentando con su maná por espacio de tres semanas.

El aire se sentía perfumado. Una pequeña neblina se levantaba debajo de las botas de las jóvenes sacerdotisas cuyos rostros dejaban enseñar una objetiva determinación.

Al final de la sala, sentado sobre un trono de piedra negra, enjaezado con oro y piedras preciosas, estaba Edran, de constitución sólida, envuelto en túnicas oscuras y con su rostro parcialmente oculto por la sombra de su caperuza. Sonrió especulativamente para sus adentros.

A su alrededor, una docena de magos estaban de pie en círculo. El aire estaba cargado con una fuerza misteriosa, tan espesa que era casi palpable. Varias mujeres semidesnudas fueron expulsadas para que abandonaran el recinto. Un grupo de nobles con sus vientres abultados y vasos de vino en sus manos, las siguieron. Elora los condenó a todos con su mirada.

Conocía a la mayoría y los llamaba puercos desagradables. Escupió a tierra sin excusas.

«Los miserables herejes comparten el mismo pan y la misma carroña de sus huesudas almas.»

Al instante, extendió su mano derecha hacia ellos. Y antes que desaparecieran detrás de las puertas de salida, los ojos de los babosos nobles de tierras ajenas, se abrieron de espanto. Sus gargantas habían sido atravesadas por sendas agujas de hielo. Las cuales, de inmediato, cambiaron de consistencia para volverse incendiarias, lo que terminó por consumir a sus víctimas que se retorcieron de dolor y aullando como locos poseídos. Los gritos resonaron por el salón. Poco después, todo fue cenizas.

El dueño de casa se fijó en el inusual evento y se removió inquieto en su sitial. Se podía decir que, Edran, simplemente, se estaba expandiendo en sus relaciones diplomáticas con otros nobles de la región. En un primer momento, cuando trabajaba a las órdenes de los reyes de Zelfhan bajo la posición de Obispo, lo había hecho sin intenciones de ocupar un puesto importante.

Y no sin motivo comenzaron a llamarlo, trepador de muros. Tyneple estaba situada próxima a las rutas marítimas de comercio. Barcos de diferentes banderas atracaban en sus puertos, lo que, por cierto, sumió a este aprendiz de hechicero en la más absoluta avaricia, y de ahí, que compaginó planes; con los cuales engañó, traicionó y asesinó a todos los que se interponían en el camino de sus ambiciones.

Tiempo después, a pedido de los viajeros, embajadores, comenzó a traficar con niñas para las ocurrentes tentaciones de estos servidores de la nobleza.

Y más tarde, obligó a los reyes que se marcharan de aquel sitio. Preocupados por el riesgo que corrían sus vidas, dichos mandatarios, demitieron de sus coronas y viajaron hasta la ciu-

dad de Reynosh, donde ocuparon puestos de privilegios en la alcaldía.

Al presente, Tyneple se había convertido en un lugar de forajidos, ladrones, mercenarios y nobles extraditados o acusados de sedición y corrupción. Esto alentó a Edran que se ocupó formalmente de estos últimos, brindándoles asilo político a cambio de oro y plata e información de las otras ciudades.

Como Consecuencia de los arrebatos y exigencias de este idólatra mandatario, las aldeas no tan cercanas fueron saqueadas e incendiadas. Ahora, Edran, contaba con el favor de muchos mandatarios y generales de otros ejércitos.

Sentado altivamente sobre su sitial, Edran, contempló a las mujeres, sin expresiones y con detenimiento. El entorno se espesó todavía más; livianas ondas de aire se movieron a través del lugar y las luces de las lámparas de aceite y de las antorchas adquirieron una consistencia moribunda

— ¡Elora! —exclamó tras unos instantes—. ¡Tus pechos se ven mucho más rellenos! —dijo con una mezcla de sorpresa y burla—. ¿Así que han decidido regresar? Las niñas que una vez suplicaron por sus vidas. Ahora, han venido con intenciones de... venganza, ¿no es así? Pequeñas cigarras que dejaron con ganas a más de uno; persisten en retornar para... solo morir.

Elora avanzó un paso y su voz fue una daga afilada resonando en el ambiente.

—Olvídate del dramatismo, asesino, hueles a incienso podrido. Ya no somos las mismas. El dolor y el miedo ya no están en nosotras. Hoy, hemos venido por ti, decrépito hijo de una cerda muerta. No saldrás impune de aquí, eso te lo aseguro. Te encargaste de sembrar el miedo en nosotras; yo haré que te arrepientas de ello

Edran las contempló de arriba abajo y rió con fuerzas.

— ¡Brutas ignorantes! Todavía no lo entienden. ¿De verdad creen que podrán derrotarme? Yo soy el maestro de esta ciudad, el guardián de secretos cuyos significados jamás comprenderán.

— ¿Y en qué se ha convertido esta fortaleza, este lugar de secretos como lo llamas? Una prisión más, una prisión cubierta de corrupción y miserias, una tierra de perversión sin límites.

— ¿Qué puedes saber tú que has sido una esclava toda tu vida? En cambio, yo; soy un símbolo de progreso y emancipación. Y déjenme decirles una cosa, ustedes mismas, no han sido más que juguetes en manos de fuerzas que están más allá de su comprensión. El pacto —murmuró enseguida y con interés—; ¿cierto? Según tengo entendido es lo que las traído hasta aquí. Es decir... decidieron vender sus almas a Zharok por un poder que no pueden siquiera controlar, miserables perras.

—Has cometido el peor error de tu vida, cerdo —dijo Elora—. Desde el primer momento que nos secuestraste, se inició una sentencia sobre tu maltrecha vida.

— ¿Error? Ramera estúpida siquiera sabes de lo que hablas.

—Has olvidado que, en ocasiones, las cartas que crees manejar a tu antojo, se equivocan al ser arrojadas sobre la mesa. Y esta es una de esas ocasiones. Tu propia ambición te destruirá. Te has entregado atrapar más de lo que puedes contener. No tienes. No sabes, nada de nosotras. Escupo sobre tus mandatos, condenado infeliz.

—Bruja miserable, no tienes lo que se necesita para...

—Controlamos este poder lo suficiente como para destruirte. Y eso es todo lo que necesitamos. Lo demás no viene a cuento ni siquiera tú caes en la balanza de la justicia. Así de terrible e incierto será tu final.

—¡BASTA! —un brote de histeria se propaga en la voz del mago—. ¡Prostitutas insolentes pagarán con sus vidas!

Edran alzó una mano hacia los magos que lo rodeaban y éstos comenzaron a recitar en voz baja sus hechizos.

—Muy bien, entonces —dijo de inmediato y con desdén—. Que comience la danza ¡Bailen par de zorras! Les aseguro que después de que termine con ustedes, desearán no haber regresado.

El suelo se sacudió bajo los pies de las hermanas. La ira invadió de tal forma a Elora como si fuese a salírsele de su pecho. El corazón le latía de una forma arrolladora, mientras el *Auge-Smitphon* se acumulaba en su médula y cada pulsación se alojaba en sus brazos. Sus ojos comenzaron a irradiar un aura acida y letal. No había requerimientos para lo que pensaba hacer, ni mucho menos temía por su vida.

El aire se transformó en destellos opacos y sustentables, y esos destellos, en energía cuántica, proveniente del *Anthorak-Plenilunio,* rayos y partículas de fuego líquido que se volvían fluidos y altamente incandescentes.

Lhyanne, sintió el impacto del *torbellino oscuro* que trascendía de su hermana como un volcán a punto de hacer erupción. Sus directrices se dispararon sobre los encantamientos, más por un mero reflejo que por reaccionar al llamado de Elora a combatir.

Comenzó a declamar arcos de defensas y ataques ofensivos para respaldar a su hermana.

Elora extendió un poco su pierna derecha hacia atrás, bajó los brazos y apretó los puños. Su cabellera comenzó a flotar como la acción que se produce al estar bajo el agua.

Los magos increparon a grandes voces su magia maligna, y estas los cubrieron como hilachas y madejas superpuestas en alta densidad. Ondas neblinosas se esparcieron por el inmenso salón, ocultándolos de la vista y de la razón evidente.

Pero Elora los veía, los veía bien, los contemplaba inmersa en su Prana. Figuras retorcidas, henchidas de años y cubiertos de arrugas y uñas que sobresalían de sus ajados dedos. Su maná desprendía centelleos azulados y blancos.

Al instante los enérgicos hechiceros liberaron la repulsiva magia que corría por sus cuerpos y desataron su poder contra las mujeres. El ambiente rechinó sus dientes y las paredes se cubrieron de un irritable manto pernicioso.

Ráfagas de energía negra se dispararon por la sala, y chocaron contra las barreras espirituales que Elora y Lhyanne habían levantado. El contacto contra el escudo fue similar a los rayos al dar contra las rocas. Los colosales chisporroteos golpearon las murallas provocando grietas en estas y arrancando trozos de piedras. Todo el lugar quedó atrapado en una cortina de humeantes relámpagos que destellaban entre el polvo y los cientos de escombros que se esparcían aquí y allá.

Los muros vibraron con el impacto del ataque, y el aire se llenó de chispas de energía arcana. Los magos respondieron rápidamente, lanzando nuevamente sus hechizos, y pronto, todo el habitáculo se convirtió en un campo de batalla de luz y sombra, de fuego y oscuridad, acribillado por las incesantes ráfagas negras.

Por detrás del sitial del mago, un impresionante báculo se mantenía suspendido, su estructura de hierro y amatista, latía enviando corrientes de presión hacia el enrarecido ambiente calcinado por los embates que repercutían por todas partes.

—Hazlo, Ly —dijo Elora por lo bajo, sin dejar de mirar a Edran a través de la cortina de chispas—; cancela la Percepción de ese jodido báculo.

Lhyanne separó sus piernas y extendió las manos hacia la Piedra de Luna, y envió una considerable cantidad de maná que se mezcló con ondas sonoras muy tenues.

Al siguiente cerró su puño y la piedra comenzó a girar emitiendo una energía residual negativa. El sonido creció en intensidad, hasta hacerse imposible de soportar.

Seguidamente, extendió su brazo en dirección del báculo con la palma de su mano abierta y exclamó con fuerzas.

¡Conhem-bram Magister!

La Piedra Lunar salió disparada como un proyectil incandescente, llevando consigo todo el peso de la transferencia de plasma acumulado durante días.

El mago quiso interferir, pero fue demasiado tarde. La piedra atravesó limpiamente el báculo en su parte más ancha, donde se hallaba la amatista y una semiluna de plata. La explosión que le siguió, abrió un hueco en la pared rocosa y el haz de luz se esparció por decenas de metros, devastando toda transición y control mágico impreso en el emplazamiento.

Varios magos se aferraron la cabeza, viendo con incredulidad, como se prendían fuego. Una llamarada azul blanquecina los devoró en medio de chillidos agudos y terribles. Un temblor espantoso se sucedió como preámbulo de una tormenta que llegaba para devorarlo todo.

— ¡PERRAS INMUNDAS! —gritó Edran, desaforado y airado al observar cómo su fuente de poder se hacía añicos. Su impasibilidad había desaparecido, ahora en él, todo era ardor e ira, una desesperante ira.

Una fina capa de escarcha se posó en su frente. Nerviosamente miró a la noche de la que se desprendían ojos carbonizados como puñales de sangre.

Y entonces, Elora contratacó. Golpeó con sus puños el aire, los sacudió y unió sus palmas. Edran de pie, enmudeció al ver el gesto de Elora.

Se produjo un breve intervalo de tiempo y al instante, la muchacha impactó con su puño derecho el suelo pedregoso. El ambiente se encendió y ralentizó a la vez; al siguiente momento, ráfagas de eléctricas que viajaban a una velocidad increíble, explotaron al dar de lleno contra los magos.

—¡Aaaaaaarrrgggh!

Los gritos de agonía de algunos hechiceros, se dejaron oír de manera escalofriante. Sus cuerpos fueron abrasados por las llamas en un abrir y cerrar de ojos.

Elora no se detuvo, se deslizó hacia atrás como si resbalara sobre el piso y al instante sus labios demandaron el Décimo mandato *Rohedes-Myn,* el rompimiento del *Dominio de los magos*.

Su cuerpo se elevó unos centímetros del suelo, alcanzó un brillo azulado blancuzco. Y al caer, cruzó sus brazos hacia abajo en un veloz movimiento. El mandato chocó contra los hechizos de los restantes magos y los canceló a todos.

El recinto pareció hervir por unos momentos. Edran extendió su mano izquierda y gesticuló hacia arriba, un escudo brumoso lo cubrió de aquel fenómeno; lo hizo en el momento que las párticulas ígneas del sello de Elora, consumían todo a su alrededor. Hubo un seco estampido en los aires al reverberar de las ondas eólicas. La colisión impactó de lleno en los conver-

gentes, interrumpiendo con ello el flujo de sostén mágico del lugar. Los gritos se sucedieron espeluznantemente.

Para cuando todo terminó, los huesos de los magos se amontonaban sobre pilas deformes, e instantes después, se convirtieron en cenizas.

Edran supo que no habría resolución para concluir nada, que la transición mágica con sus subordinados se había terminado. Estaba solo. Se volvió con lentitud como una serpiente que se prepara para atacar. No hubo fluidez en sus movimientos, sino una grotesca animación de articulaciones rotas.

Edran era formidable y lo sabía, imbatible y el mejor de todos los hechiceros del reino y, la magia que invocaba era una de las más antiguas y más poderosa, sin embargo, esta indefinible sucesión de hechos, terminó por confundirlo. Su habilidad para establecer nudos nigromagicos, lo convertían en un adversario difícil de derrotar; por ende y astuto como era, observó que Lhyanne se encontraba algo un poco más apartada que su hermana.

Fue lo que necesitaba.

—¡Lhyanne, cuidado!—exclamó Elora, justo a tiempo para que su hermana esquivara una ráfaga de fuego que Edran había lanzado contra ella.

Lhyanne, en lugar de retroceder, respondió arrojando un rayo de partículas ardientes. Pero Edran levantó una ofensiva en lugar de defenderse, enviando una cadena de relámpagos que la golpearon de lleno. Negras flechas ardiendo con una llama parda, sacudieron el cuerpo de la hermana menor.

—¡NOO!—gritó Elora, viéndola caer al suelo, convulsionada por la descarga.

Con un rugido de enojo, convocó una transferencia de plasma, envolviéndose a ella misma y a su hermana en un manto de sombras, ocultándola de la vista del mago, que vociferaba y caminaba de un lado a otro, arrojando insultos y juicios terribles sobre lo que les haría.

—Lhyanne, aguanta —dijo, arrodillándose junto a ella—. ¡Santo Cielo! No, no...

La aludida abrió los ojos, su respiración era entrecortada.

—Estoy... estoy bien —expresó con intenciones de tranquilizarla, aunque su voz traicionaba el dolor que sentía—. Logré absorber los ataques, desviándolo hacia el suelo.

—El poder de Zharok es fuerte —espetó Edran—; pero no es suficiente para vencerme. Todo lo que han conseguido, es condenarse a ustedes mismas, ¿me han escuchado? ¡Es inútil huir de mí! ¡Las encontraré y pasaré mil horrores sobres sus cuerpos!

Elora se incorporó impresa en un profundo odio, disolviendo el escudo.

— ¡Te equivocas, cretino infeliz!

Con un gesto de su mano, invocó de la fuente misma de su Prana, un torbellino ondulante de luz y oscuridad que impactó de lleno en Edran, envolviéndolo en un vórtice de sombras incandescente, abrasivas y cegadoras, con intenciones de apresarlo y destruirlo de una vez por todas.

Al percibir el brujo, el sello que Elora había logrado conjurar contra él; levantó sus manos e invocó una barrera mágica para protegerse, pero el poder de Elora lo superó en poder y sometimiento; dado que había logrado quebrar el vórtice dimensional de su adversario al destruir el báculo.

Hubo un relampaguear de luces azuladas y rojizas, de sonidos que resonaban con fuerzas y tableteos debajo de la tierra; todo un devenir de colisiones perturbadoras que conmovían el lugar. Un temblor que luego se derivó en desmoronamientos y desplazamientos de tierra.

Lhyanne, a pesar de su dolor, entrevió una oportunidad de apoyar a su hermana y se levantó con sumo esfuerzo. Sus cabellos se movieron fluctuantes y lentos; separó sus piernas y canalizó toda su energía restante, en un solo ataque tetradimensional, dirigido directamente al corazón de la magia de Edran. La explosión resultante sacudió toda la fortaleza, rompiendo los sortilegios y a las runas que lo protegían.

A pesar de ello y para cuando el humo se disipó, Edran todavía seguía de pie, aunque claramente herido, pero no de gravedad. Su expresión, antes de arrogancia, ahora estaba deformada por la furia, por una demencial furia asesina. Estaba como loco, poseído de un enfado iracundo. Sus ojos vidriosos dejaban enseñar su perversidad.

— ¡Perras inmundas! ¡Yo soy Edran, el inmortal! ¿Piensan que podrán detenerme? ¡Las arrastraré al mismo abismo, las consumiré en una interminable agonía de desesperación y miedo que no tendrá fin!

Lhyanne observó con horror cómo Edran comenzaba a canalizar toda la energía oscura de la fortaleza en un único sortilegio devastador, un sortilegio que desmembraría el plano terrenal de lugar y a quienes estuvieran en él.

—Miserable psicópata —escupió Elora, exigiendo más poder a su escudo—. ¡Buscará echar abajo toda esta zona!¡Debemos detenerlo!

— ¿Có-cómo...? Ya casi no tengo fuerzas, Ela

—Debemos atacarlo desde múltiples ángulos. Debemos usar el sello final... *El Primaes Absoluto*, el *Marghes-Rheyus.*

Lhyanne se quedó paralizada por un momento, sabiendo exactamente de qué hablaba su hermana. Dicho sello, se trataba de uno de los *Último de los Mandatos Sublimes*, uno que podría destruir toda la fortaleza, pero también consumiría a quien lo blandiera. Era un arma de doble filo, y Zharok les había advertido que no lo usaran jamás, hasta que estuvieran listas para hacerlo.

—Es prácticamente un rompimiento de Orden Celestial, Ela. Nosotras... nosotras quedaríamos sujetadas a una terrible muerte. Lo que estás pidiendo nos llevaría a cambiar el curso

de nuestra sangre y revertirla sobre nuestre eje espiritual. ¡Es una completa locura! No estamos del todo preparadas para este tipo de *Control.* Somos humanas, ¿cómo podremos soportarlo?

—No, si lo hacemos juntas. Y en ese punto, quizás podamos sobrevivir. El mandato libera una inmensa descarga de energía negativa y al mismo tiempo, absorbe la vitalidad de quien lo empuña, drenando todo el maná de éste. A pesar de ello, he podido aprender que, si son dos la que lo ejecutan, puede que soportemos su peso de aniquilación. Solo debo... recubrir los sellos que nos protegen y desviar el curso del *Marghes-Rheyus* a través de los meridianos de mi Prana. Mientras no toquemos su antítesis. Todo estará bien.

> — ¿Te refieres al *Parhameos*, la brutal y demencial dislocación convergente, que convierte a todos los sellos en uno solo?

—Ese mismo. Si logramos desviar todo el torrente sobre el borde de los meridianos sin tocarlo, como acabo de decir, estaremos bien. Es pan comido.

— ¡Cielos, mujer! Las cosas que se te ocurren...

—Confía en mí.

—Es lo que hago, es lo que me trajo aquí.

—Lhyanne.

— ¿Qué?

—No te obligué a que me siguieras, te lo pedí.

—Es igual.

— ¿Estás enojada conmigo?

— ¿Cómo podría?

—Si salimos vivas de esto, olvidaremos todo y nos mudaremos a otra parte. Sin magia ni poderes extraños.

—Fuegos extraños fueron lo que nos trajeron a este desagradable sitio de porquería.

—Ya lo hablaremos luego, ahora concentrémonos en esta última etapa final.

—Como sea. ¡Ay, niña, las cosas que me llevas hacer!

Con los ojos cerrados, en un ambiente donde todo volaba por los aires, piedras y trozos de metal, muebles que chocaban contra las paredes; los sonidos estridentes y las corrientes que surgían de todas partes, comenzaron a ejecutar el *Sello Prohibido*. El escudo las protegería, en tanto, se mantuvieran enfocadas en su propio maná, enfocadas sin perder la calma y con sus emociones controladas. Solo necesitaban mantenerse unidas, sin dudar la una de la otra. El intercambio de *Sujeciones* necesitaba la fortaleza de un juramentado ejecutor. Entre las dos, era posible que eso sucediera.

Y con cada oración del ritual, sentían como un tipo de fluctuación diferente se iba acumulando dentro de ellas, creciendo más y más hasta que casi no podían contenerla.

Lhyanne, apretó los dientes, sintiendo como su cuerpo se conmovía por la ejecución del mandato. Aferró con fuerzas la mano de su hermana. Elora elevó todavía más el ritual de modo que gran parte de la proyección sobrenatural, recayera sobre ella. Y para ello debía bloquear el espacio tridimensional que se levantaba sobre su hermana.

Sintió su piel arder y a su sangre cubrirse de una excitación que la sumergía en un torrente de energía sin par. Todo el poder contenido se acumuló en su entorno y fue cambiando de direc-

ción y velocidad, rodeándola e intensificándose poco a poco. El Prana se hizo cada vez más torrentoso.

El poder de Edran ejercía una considerable presión sobre el escudo que las resguardaba. El viejo mago no dejaría que se salieran con la suya. Necesitaba destruirlas. Un desconcierto se había apoderado en su médula. Quizá no fuera tal, pero tenía que evitar que esas mujeres siguieran con vida.

Pequeñas fisuras se fueron extendiendo a lo largo y ancho de la barrera que las recubría.

—¡Sostenlo, Lhyanne! ¡Sostenlo!

—¡Aaah! ¡Eso hago! ¡Eso hago!

En este punto, Elora percibió que, si seguía sosteniendo la tensión del ritual, a la hora de ejecutarlo, quedaría calcinada. Conmovió su eje mágico y desvió el restante impulso de energía hacia el Prana de su hermana. El equilibrio se plasmó a la perfección. Los rituales de convocación se dispararon en la voz de Elora y Lhyanne que batallaban por despertar el exigido *Magnus-Imprheniom*.

—Clemanae (...) vosyre, nemhe, parhyneo (...) (...) Jemea, noshel, (...)

—Shev, maque´resh, (...), (...) - (...) thebon mosk kumline, moragh´shivon, nest, (...), (...)

Finalmente, Elora decidió que ya era momento de liberarlo.

Y tras la orden de transferencia, fue como si un ventarrón soplara hacia ella y su hermana, levantando rocas, muebles y todo cuanto había en el recinto. Delgadas corrientes de un tono rojizo y negro acudieron a ella, a sus manos que mantenía por encima de su cabeza, sosteniendo una espada que se había materializado producto de la convocación. Remolinos y corrientes ascendentes se movieron en su entorno. Enseguida, todo ese in-

flujo desatado se convirtió en oleadas negras que se movían a gran velocidad a su alrededor. Un brillo cegador surgió al declamar del mandato, seguido por un breve sonido que se escuchó como el agudo entrechocar de una estridente trompeta.

E inmediatamente, un rayo que ascendía hasta atravesar el techo, se materializó de una forma relampagueante con vivos colores rojos, amarillento y azulado. Elora abrió la boca y se enfocó en lo que vendría.

—¡Veerstooo...! —el aura creció y se apoderó de toda su energía. Todo el centro espiritual de su vida se conmovió. Al siguiente, lo liberó—. ¡MEGIIISTREEENNN!

Los rizos proclamados cargados de estelas de energía negativa confluyeron en una sola corriente destructiva que se ramificó desde varias direcciones, hasta unirse nuevamente en una sola descarga de poder de luz parpadeante de color rojizo, que concentraba una violenta carga de Prana cósmico.

El ataque que reverberó como una estrella cuya manifestación asomó de la asociación del *Control Dominante*, salió disparado de las manos de Elora produciendo un estentóreo y entrecortado sonido metálico y a tal velocidad, que arrasó todo a su paso como una marejada de fuego y energía, levantando polvo y tierra, rocas y acero, hasta impactar en Edran justo cuando terminaba de conjurar su próximo hechizo de restricción.

—¡NO PODRÁN CONMIGO! ¡NO PO...!

La colisión de los dos sortilegios creó una explosión de energía tan poderosa que la sala entera se desintegró en un instante, y el gran castillo fue atravesado de diferentes puntos dimensionales, hasta que todo comenzó a colapsar sobre sus

cimientos. Otro y más profundo sonido intercalado resonó como el estampido final de una poderosa revelación apocalíptica.

Seguidamente, un silencio y un vago detener en el tiempo de las cosas se sucedieron solo por unos segundos.

En ese preciso instante, Lhyanne miró a su hermana que ardía bajo el influjo del poderoso sortilegio. Tan viva. Tan llameante y maravillosa.

Sonrió con tristeza y devoción por ella. Su pecho hurgó en una oración que necesitaba elevar con fuerte ahínco.

«Por favor, Dios, si no salgo viva de esto; ayuda a mi hermana para que no pierda su cordura y regrese a su humanidad. Perdónanos por todo el mal que hemos hecho y ayúdala. Que mi sacrificio no sea en vano. Ojalá puedas perdonarnos.»

Fue todo, el bramido profundo y sólido, las golpeó desintegrando el escudo que las resguardaba y ambas fueron arrojadas con violencia hacia atrás, a causa de la descomunal convulsión mágica. El mundo se convirtió en un torbellino de ruidos y luces, de sombras y fuego. El escudo de percepción que las hermanas habían logrado activar se mantuvo hasta que la fusión cognitiva de ambas se rompió, justo al caer al suelo y rodar metros más abajo, lejos del conflictivo lugar.

Las rocas calcinadas se fragmentaban hiriendo con sus ecos al ambiente, mientras que los calabozos se agrietaban succionados por el poder del *Dynmarhio,* las olas fluctuantes procedentes del *Marghes-Rheyus.*

Fue como si la realidad se hubiera resquebrajado allí mismo y las enormes torres fueran desmenuzadas ardiendo en un abismo inhóspito y flagrante. Graves sonidos provenientes de los cimientos de la estructura se extendieron como una explosiva onda de choque que se perdió en los confines de las regiones.

Muy lejos de ahí, en un templo de sacerdotisas que cubrían sus servicios al Cielo, devotas del amor y de la paz; así como de la verdad y la eterna misericordia de un Ser creador; también guerreras y profetizas, sintieron el gigantesco emulsionar del Prana de Elora. *Los sitiales Magnus Dherevos*, que sustentaban la llama azul de la divinidad, crujieron en sus cimientos. Las Diez Primeras que rodeaban esa parte del santuario sagrado, de rodillas en un primer momento, se incorporaron con rapidez al sentir el rugir de la expansión del *Anhacrom* y el *Marghes-Rheyus*, de Elora.

Todas se vieron una a la otra. Enseguida fijaron los ojos en la llama que se hallaba suspendida por encima del candelabro de oro. Las voces y las exclamaciones de ciento de sacerdotisas que escucharon el reverberar del extenso maná, acudieron con prontitud a las salas principales a ver a sus líderes.

—No... no puede ser posible —dijo una mujer entrada en edad, cubierta por una túnica blanca de ribetes rojos—. ¿Es lo que creo que fue? Sé que todas lo sintieron.

Al cabo de unos momentos una de ellas se levantó y negó enfáticamente.

—No, es imposible. ¡Imposible! Nadie en esta tierra tiene la fuerza espiritual para sostener semejante cantidad de energía emulsiva. Estamos hablando de nada menos que...; no, no puede ser y no lo creo, tiene que haber sido otra cosa.

—Pero lo es, hermana —dijo otra—, todas lo sentimos.

—Es descomunalmente impensable que ese poder esté siendo liberado —mencionó la que se resistía a creer en el vaticinio—. ¿Saben lo que eso podría llegar a significar? Santo cielo, si es verdad, significa que Zharok ha conseguido a alguien.

—La última vez que nuestras hermanas pelearon contra el *Marghes-Rheyus,* resultó en una batalla terrible.

—Pero pudieron encarcelarlo.

— ¡Lo hicieron, Nevhea!, pero ahora —golpeó con los nudillos la mesa—; estamos hablando del Control Absoluto, el *Anhacrom,* y todas sabemos que esa fusión inestable y peligrosa con el *Marghes-Rheyus*, conduce al terrible *Parhameos.* Si es una mujer y consigue liberarlo, estaremos en serios aprietos.

— ¡De prisa! —dijo la primera—. Llamen a una junta con las supervisoras.

— ¿Qué piensas hacer?

—Lo único que está a nuestro alcance, ir por ella. ¿Lo demás? Lo veremos en el proceso. Por ahora, es necesario que nos movamos con rapidez. Porque en caso de que su matriz se fertilice con el uso constante del Anhacrom, sí que estaremos hablando de una posible batalla sangrienta y despiadada.

— ¿Por qué dice eso, madre? —agregó una novicia que estaba de pie en la sala.

—Zharok vendrá por nosotras, querida... él... querrá destruirnos. Nuestra Orden tiene la capacidad de encerrarlo y lo sabe. Nhemphy y Mabhely debieron cortarle la cabeza cuando pudieron —sonrió y suspiró—. De todas formas, es nuestro problema. Ellas hicieron lo que hicieron y cómo pudieron en su tiempo. Ahora, es nuestro turno. Vamos, amigas, tenemos trabajo que hacer.

Una expresión sombría y temerosa se coló en el rostro de la joven sibila.

Entretanto, para cuando todo comenzó a disiparse en el lugar del conflicto, Elora luchaba por incorporarse, sus ojos escudriñaban el caos que la rodeaba. La fortaleza estaba en ruinas, pero Edran ya no se encontraba. Los escombros se apilaban por todas partes, también se escuchaban gemidos que, presuntamente provenían de los pisos inferiores, gritos desgarradores y el sonido de cosas que se derrumbaban, apilándose sobre los restos.

Desechó todos los demás, y se enfocó en una sola cosa.

— ¿Lhyanne? —murmuró con voz débil, intentando hallar a su hermana—. Lo logramos... lo hicimos... ¿Dónde...?

Para cuando logró dar con ella, el horror la inundó. Lhyanne estaba en el suelo, con su rostro tranquilo, como si hubiera encontrado finalmente la paz y todo hubiera terminado para ella. Elora fue de prisa hacia ella.

— ¡Lyaaaa! —después del grito, su voz se cortó y se volvió débil y rota—. No, no me dejes. ¡No ahora!¡Lhyanne! ¡Lhyanne, por favor! Noo...

Pero ya no hubo respuesta. El prohibido atributo se había cobrado la deuda después de todo.

Se desplomó sobre las frías baldosas, la humedad gélida se filtraba a través de sus prendas manchadas de sangre. Sus ojos, antes llenos de determinación, ahora eran dos pozos vacíos que miraban fijamente hacia el cuerpo inerte de su hermana. Había cumplido su objetivo, pero la victoria sabía a ceniza en su boca. El peso de su decisión la aplastaba, una losa de culpa que amenazaba con sepultarla.

Había cruzado una línea y ahora se encontraba sola, sumida en la oscuridad de un dolor insondable.

—No, no, esto no puede ser cierto, no por favor...

Abrazó a Lhyanne y la acunó llorando con fuerzas, entre exclamaciones de lamento que perforaban su alma.

¿Para esto había venido? Ya no quedaba nadie que la acompañara. Estaba sola. Embebida de odio y venganza, no se percató del terrible peligro al que estaba llevando a su hermana. Pero no hubo reproches, no hubo reclamos ni juicios ni sermones. No. Estaba sola. Sola y abandonada. Rodeada de ruinas, rodeada de cuerpos sin vida, de muerte. De una fortaleza que se había encogido en la destrucción de sus propios cimientos.

Y solo percibió que más allá de las grotescas sombras que se codeaban con el páramo inerte y moribundo, extrañas figuras surgidas de la nada, la señalaban; denunciando su pecado, su fría moral y su falta de sentido común para darse cuenta de las cosas que en verdad debería haber protegido.

Ahí tienes tu venganza, Elora. Ese es tu destino. Ese es tu legado. Tu propia soberbia ha asesinado a la única que en verdad merecía vivir. Esa es tu paga. El veneno que inoculaste en su alma, que perforó su corazón y atravesó su aliento, ha sido la ambición que te encargaste de alimentar. No hay dicha. No hay alegría ni risas. Este es tu castigo, hermana de las sombras. Vagarás con esta tu carga por siempre. Tu vida es ahora tu estigma.

El castillo, hundido en el silencio y sorbido en un montón de ruinas humeantes, de piedras despedazadas y hierros retorcidos, dejó enseñar los cuerpos que yacían por todas partes, quemados, deshechos, yaciendo sobre incontables charcos de sangre.

El reflejo de la luna sobre la región, solo enmarcaba la esquelética forma de la aniquilación, el deterioro de una raza que ya perdía fuerzas, los diferentes ciclos de la muerte. Nubes de polvo y restos calcinados se movían llevados por el viento.

Elora, recorrió con su mirada la vasta destrucción que había infligido a la fortaleza, apenas si un rastro de emoción afloró sobre su rostro como si todo le resultara asquerosamente normal. Todo lo que siempre quiso lo había cumplido, echar abajo ese repugnante montículo donde solo los desalmados cohabitaban juntos, como sádicos salvajes.

Su hermana en sus brazos, era un liviano rememorar de amor y consentimiento sin vida que acunaba como si deseara que formara parte de su descorazonado pecho. El sabor amargo como el ajenjo invadió su boca. Terció un gesto de desagrado y apretó los dientes. Todo el asunto le molestaba, la enfadaba. Todas las acciones que hubo llevado a cabo, estaba orientado hacia este punto en particular. Tantas técnicas, tantas destrezas y rituales, solo para adquirir un poder que terminaría por abatir a su propia hermana.

La culpa comenzó a hostigarla y la dejó sin fuerzas. Mascullό una palabra entre dientes y emitió un gesto caprichoso, enseguida, guardó silencio. Aunque portaba la fuerza de su último encantamiento, estaba nerviosa y confundida.

Se fijó en lo que la rodeaba con mucho detenimiento. Y se dijo a sí misma, que estaba haciendo lo correcto. Creyó que, si

pensaba de esa manera, podría continuar su camino. Pero la imagen de su hermana acaecida, le indicaba otra cosa. Que su responsabilidad de protegerla, había fallado. Una herida se abrió de pronto en su alma.

—He traído la muerte hasta ti —expresó en voz alta—. Yo que buscaba detenerlos, te arrastré a ello. ¿Qué es lo que haré de ahora en más, si no estás aquí conmigo?



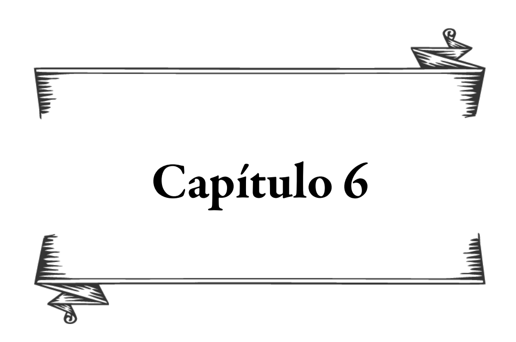
CON ESAS PALABRAS, dejó a Lhyanne sobre un arbusto. Declamó un encantamiento de conservación que envolvió el cuerpo de su hermana a través de una delgada neblina plateada.

«No permitiré que ni los gusanos o los carroñeros te toquen.»

Con movimientos automáticos, recogió piedras grandes y la fue cubriendo en su totalidad. Enseguida quebró el sello proclamado y la tumba de rocas quedó oculta de la vista.

«Tú ya no estás ahí. Tu cuerpo es solo una cáscara vacía. Lo que fuiste para mí y lo que eres todavía en la eternidad, se ha ido con tu alma. Te dejaré aquí y te vendré a visitar de tanto en tanto. Sellaré tu lugar de descanso, para que nadie te moleste.»

El firmamento se oscureció aún más cuando se marchó. Una tormenta comenzó a formarse en el horizonte.



Capítulo 6

Elora caminaba a través de las ruinas de la fortaleza cuya imagen y tiranía se diluía en el olvido. Cada paso resonaba en la quietud ominosa que la rodeaba. El corazón pareció que se le salía de su pecho a causa de la angustia de su pérdida. Agobiada por la tensión, sintió que cada latido impactaba como un martillazo en las sienes, provocándole dolores de cabeza.

Las manos acusaban un temblor que no podía detener. Intentó calmarse, pero le fue difícil. Sostuvo que, de seguir así, sufriría un colapso. Cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en sus palmas. Necesitaba controlarse. Necesitaba apoyarse en algo. Se tambaleó y cayó de rodillas. Inspiró hondo, y el aire frío de la madrugada fue un punzón en sus pulmones.

Aspiró y soltó el aire varias veces, buscando liberar la presión de su pecho. Finalmente, la calma lo invadió. Relajó los hombros y movió la cabeza de un lado a otro, soltando el nudo de tensión que todavía se aferraba a su cuello

El Dumaitrhio Oscuro pulsaba dentro de ella, más fuerte que nunca, como una bestia que había sido desatada y que ahora demandaba ser alimentada.

Los escombros que una vez habían sido su prisión yacían esparcidos por el suelo, los cuerpos se apilaban aquí y allá, mez-

clados con los restos de los magos que habían caído en la batalla.

En el borde de la empalizada, la tumba de Lhyanne destacaba como una herida abierta en el paisaje. Pensó que sería lo mejor dejarla en un lugar abierto; cubierta de piedras y rodeada por el sortilegio que la ocultaba; de esa forma, su presencia siempre la acompañaría.

Sin lugar a dudas, el dolor de la desaparición de su hermana era tan agudo, que casi la había dejado paralizada, incapacitada de continuar. Apeló a todas sus fuerzas para emitir una decisión que la justificara de seguir adelante, que le permitiera seguir sin sentir culpa o remordimiento.

Respirando con la boca abierta, sombría y objetiva, finalmente pudo encontrarlo, lo hizo en el punto exacto de una consiguiente venganza sobre todos aquellos que promovieron su cautiverio.

—Esto no ha terminado —murmuró para sí misma—. Aún no ha terminado.

Levantó la vista hacia los oscuros nubarrones, donde los relámpagos comenzaban a destellar cada vez más cerca.

—Zharok —susurró, sintiéndolo acechante y hostigador en su mente—. ¿Qué más quieres de mí? Ya te lo he dado todo. Y en el transcurso he perdido a mi hermana. Ya no queda nada más para mí en esta tierra.

La respuesta que escuchó, resonó fría y despiadada.

—Tu sacrificio es solo el comienzo, Elora. La venganza que anhelas requiere más que el dolor de la pérdida de alguien amado. Requiere una entrega total, un abandono completo de todo lo que una vez fuiste. Solo entonces podrás reclamar el poder absoluto que te prometí. Y por si lo has olvidado, ¿esta carnicería ha sido solo tuya? Tú deseabas la revancha con toda esta gente, tú anhelabas su perdición. Toda esta destrucción solo te pertenece a ti.

No respondió, se limitó a cerrar los ojos, dejando que las lágrimas se mezclaran con la lluvia que comenzaba a caer. Tal parece que cerrar los ojos la cubría de cierto consuelo, de un momento de recogimiento que la apartaban de cualquier cosa que pudiera percibir como una amarga incertidumbre.

— ¿Y qué me queda, Zharok? ¿Qué queda de mí para ofrecer?

—Queda tu humanidad. Queda tu último vestigio de luz, esa parte de ti que aún llora por Lhyanne, que aún siente dolor. Renuncia a ello y te daré la fuerza para arrasar con todo lo que te ha hecho daño. Te convertiré en mi mensajera, la destructora de reinos.

Tembló al escuchar las primeras palabras, porque sabía que Zharok tenía razón. Dentro de ella, aún quedaba algo de la persona que alguna vez fue, la niña que había amado correr por sus prados, que había reído, que había soñado con una vida diferente y que incluso, llegó a amar a alguien. Pero esa niña estaba rota, destrozada por la realidad cruel a la que había sido arrojada.

Mudos placeres paganos la infantilizaron, la mataron por dentro. Los horrores que compartió con su hermana frente a la fatalidad de los hechos que las hicieron cómplices en contra de su voluntad, frecuentaban los corredores de su alma, lo hacían como unos desagradables buitres pálidos.

—¿Qué debo hacer?

—Debes dejar ir todo lo que te queda. Abandona tus lazos con el pasado, con tu humanidad. Deja que el odio te cubra por completo, y entonces, el círculo quedará completo. Nadie más podrá decirte: te haré mía. Tendrás tu propio destino. ¿Quieres ese destino, Elora?

«Mía, que palabra tan arrogante como pretensiosa —pensó consciente de la flagelación que en varias ocasiones le proporcionaron, en tanto reían a carcajadas pronunciando ese absolutismo incoherente como brutalmente impropio—. ¿Acaso no lo fui muchas veces de otros hombres que pregonaron con su cuerpo lujurias despiadadas hasta que el sol vertía sus rayos sobre mi desnudo torso? Mía, para ser vejada, mía para ser vendida, mía hasta que no diera más y sea una sombra en las cárceles del bajo mundo de la ciudad de Tyneple.»

Se vio de nuevo atrapada entre redes irrompibles.

¿Qué quedaba por hacer ahora que su hermana no estaba a su lado? Odio... pena... muerte... sacrificio. ¿Cuánto más hasta que todo acabe? Si acaso lo hubiera.

Sus párpados se entreabrieron, permitiendo que la penumbra se colara en su conciencia junto con la lluvia que comenzaba a descender. El mundo exterior se desvanecía en sombras, borrando los contornos de lo conocido y sumergiéndola en un mar de incertidumbre. Recordó la decisión tomada, el camino escogido.

Más ahora, al borde del abismo y la soledad, la envolvían como una fría manta, indiferente e insulsa. No había nadie a su lado para compartir la carga de su tragedia, nadie que comprendiera la determinación férrea que la impulsaba a seguir. Lo hizo sola, aislada, como un náufrago en un mar de desesperanza.

La angustia de la pérdida y la ira que bullía en su interior como un volcán a punto de erupcionar, la obligaban a seguir adelante. Zharok, con su promesa de oscuridad y venganza, la atraía como una sirena a las rocas. A pesar del miedo que la paralizaba, la necesidad de justicia era más fuerte. Se había adentrado a un camino sin retorno, un destino marcado por la tragedia y la oscuridad. Ya no habría lugar para la simpleza ni para los rebusques ordinarios en su vida a partir de ese momento.

«Pedante carroñero que te sirves a mis expensas. Todo lo puedes tomar ahora que me tienes. ¿Por qué preguntas si ya me has hecho tuya?»

Nada se escuchó en ninguna parte. Su mente se cubrió de un velo que le impedía razonar de una forma que no fuera la de cumplir con la voluntad de Zharok. No hubo respuestas ni confirmación de nada.

Lo he perdido todo, pensó.

—Lo haré —dijo luego de unos instantes—. Lo haré, pero solo... si me das el poder para destruir a todos los que me han arrebatado a Lhyanne. Quiero arrasar con sus tierras, quiero reducir a cenizas todo lo que aman.

—Así será, Elora. Serás mi mensajera. Juntos, destruiremos este mundo y lo moldearemos a nuestra voluntad. Serás una reina y todos te servirán.

—Ya, déjate de decir estupideces. No quiero un reino, quiero que me dejen en paz, después de quitarles la suya propia. Ese es todo mi deseo.

Al instante, la oscuridad la cubrió, viendo cómo su último vestigio de humanidad se desvanecía en la nada. Se dejó arrastrar, sintiendo cómo el poder de Zharok se fundía con su propia existencia, transformándola en algo más. Algo que ya no podía llamarse humano. Una hechicera *Murar-Thy*, la primera de muchas, la primera de... todas.

Cuando la tormenta alcanzó su apogeo, los ojos de Elora, brillaban con un fuego oscuro y voraz. El proceso de entrega estaba completo.

—Muéstrame dónde comenzar. Muéstrame dónde puedo liberar esta ira, todo este condenado poder.

—Hay un lugar que debes visitar primero. El lugar donde todo comenzó. La aldea donde naciste, donde fuiste arrebatada de los brazos de tus padres. Allí encontrarás el primer paso hacia tu verdadera venganza.

—Estás demente si piensas que retornaré a ese sitio solo para destruirlo.

—Solo ve allí. Tienes que hacerlo si deseas proseguir con la vida que has escogido.

Sintió un nudo en el estómago al escuchar esas palabras; pero no era miedo lo que sentía, sino una mezcla de rabia y provocación. Había estado tan centrada en destruir el castillo del mago, que había olvidado lo que había perdido antes de ser capturada. Ahora, la memoria de su hogar, de sus padres, regresaba con fuerza, alimentando aún más el *Thrimendus Oscuro* que ardía en su interior. Un fuego extraño que crepitaba con dominio propio, con voluntad para romper las cadenas de las Primeras Sacerdotisas que derrocaron el gobierno de Zharok, *Los Sellos de bronce Arhimeus-Mondyz,* con los cuales había sido encadenado.

—Llévame —ordenó, y al instante, el poder de Zharok la rodeó, para transportarla a través de las sombras hasta su próximo objetivo.

Cuando reapareció de las sombras, a través de un túnel brumoso, se encontró con un paisaje familiar, aunque profundamente cambiado. La aldea donde había crecido era un lugar

tranquilo, rodeado de colinas verdes y campos dorados, ubicado al pie de una montaña casi incrustada en su base. La aldea de Askaletya.

Sin embargo, todo estaba marchito ahora, como si la misma tierra hubiera sentido el sufrimiento del secuestro de los niños y hubiera reflejado su pena y su miseria de esa forma seca y marchita.

Las casas, que una vez habían sido refugios cálidos y acogedores, ahora estaban en ruinas, sus techos colapsados y las paredes cubiertas de musgo y vegetación salvaje. No había señales de vida, solo un mutismo profundo que parecía absorber todo sonido, como un pozo sin fondo, carente de la existencia de los hombres y las mujeres.

Impertérrita, atravesó las calles desiertas, recordando los días en que había corrido por esos caminos, riendo y jugando con otros niños. Simples recuerdos que ya no le traían consuelo, solo una profunda tristeza.

«Aquí es donde todo comenzó. Aquí es donde me convirtieron en lo que soy.»

—Y aquí es donde debes tomar tu primera decisión. Destruye este lugar, arrasa con sus cimientos, y con ello, borrarás el último vestigio de tu antigua vida.

—Ya te he dicho que no destruiré esta aldea.

— ¿Qué aldea, Elora? ¿Ves a alguien que habite por aquí? No hay nada. Y esa nada es en lo que debes convertirte.

Suspiró resignada.

—Quizá tengas razón —agregó cansada de las discusiones en su mente.

Sintió una oleada de poder fluir a través de ella, la magia oscura de Zharok llenaba cada rincón de su ser. Comprendía que solo tenía que levantar una mano, y todo lo que había conocido se reduciría a cenizas, y con ella, el último vestigio de su humanidad podría ser borrado.

Pero en ese momento, una figura apareció en el umbral de una de las casas en ruinas. Una mujer mayor, de cabellos grises y ojos llenos de miedo, se tambaleó hacia la recién llegada. Sus ropas estaban raídas y su rostro marcado por las arrugas del

tiempo, pero en esos ojos había algo que Elora reconoció al instante.

Se vio ligeramente estremecida, sorprendida.

—Madre —la voz lenta, impresa en una ola de emociones conflictivas atravesó su corazón. Su rostro se conturbó. Por mera inercia escondió las manos por detrás. Las entrelazó y apretó fuertemente los dedos.

La mujer, que había sido joven y hermosa cuando Elora fue arrancada de su lado, ahora parecía una sombra de lo que había sido. Pero, aun así, había una chispa de reconocimiento en sus ojos, una chispa que encendió algo en el alma de la recién llegada.

—Elora —dijo con voz rota por la emoción—. ¡Eres tú...! ¡Has regresado!

La aludida se quedó inmóvil. Las palabras de Zharok resonaban en su mente; pero la voz de su madre, débil y llena de amor, erosionó las certezas que había construido.

— ¿Madre? —replicó, con ojos que contenían una mezcla de confusión y desapego—. ¿Qué haces aquí...?

Pero antes de que pudiera decir algo más, la voz de Zharok resonó en su mente, más fuerte que nunca.

—No lo olvides, Elora. Debes destruirlo todo. Debes borrar este lugar de la faz de la tierra, o nunca serás libre de tu padecimiento.

Dividida entre el amor que aún sentía por Lhyanne y el odio que Zharok había cultivado dentro de ella, pensó en detenerse por unos momentos. Sabía que su obrar definiría su destino, que lo que eligiera a partir de este instante, la llevaría a cruzar el umbral final hacia el permanente *Thrimendus Oscuro*, o simplemente, puede que encontrara un camino de regreso hacia la luz. Aunque resultaba factible que se decidiera por el primero.

—Elora... No sabes lo que hemos pasado tu padre y yo. Días con sus noches llorando; orando para que regresaras, para que nos seas devuelta...

El llanto quebrado por la emoción reinante, le impidió continuar hablando. No supo exactamente qué decir frente a esa inesperada presencia que creyó perdida para siempre.

Elora miró la mano de su madre, percibiendo el tirón de los recuerdos de la vida que alguna vez había conocido.

Al mismo tiempo, la voz de Zharok seguía empujándola hacia ese cavernoso sitio donde se había pronunciado su llamado como hechicera. La oscuridad con su poder absoluto, la halaba comprimiendo cada vez más, la venganza que debía llevar a cabo. El torrente se volvía irresistible. Todo su cuerpo se sacudió a causa de la batalla interna que reinaba en su interior.

—Debes elegir, Elora —la voz de Zharok, sonó impaciente—. Justo aquí, es el momento de honrar tu pacto. Porque para eso lo aceptaste. Esto es lo que querías, ¿cierto? Debes nublar tu juicio y movilizarte más allá de los principios que te traicionaron.

Elora, se mantuvo unos instantes sin decir nada. Levantó la vista y su mirada se fijó en su madre. Sabía que esta elección, la última de todas, la más importante, la marcaría a fuego y desterraría para siempre su linaje de este mundo. Sus labios parecían querer pronunciar algo, pero no lo hizo. Estaban rojos, temblorosos. Sus labios dudaban, mientras las palabras se agolpaban en su garganta, empujando por salir.

Elora está llena de enojo, de angustia, de culpa y de soledad. Sus ojos destellaban bajo el influjo de un antiquísimo poder. Sus ojos estaban apagados, no había vida en ellos, todo había desaparecido con la muerte de Lhyanne.

Se pregunta qué hacer, qué decir.

Observó hacia una de las derruidas casas y creyó reconocerla. Se molestó cuando lo hizo. No quería recordar, quería que la existencia de su pasado sea removida. Pasó la mirada sobre las otras casas hasta que se encontró con la suya, su hogar, el lugar que la acogió de bebé, de niña, donde se acurrucaba por las noches de invierno, entretanto su padre le leía o narraba historias de grandes guerreros y doncellas que eran rescatadas. Soñaba con ello. Soñaba con que algún día alguien la rescatara y la llevara en brazos hacia un poniente de amor, de travesuras, de romances. Su corazón se desgarró al evocar esos distantes momentos. Jamás se esperó lo que viviría años más tarde.

Al mismo tiempo, en su mente, las ordenes hacia los mandatos comenzaron a formularse sin que pudiera detenerlos. El *Thrimendus* comenzó a halar su posición. Elora lo percibió, percibió la inquietante manifestación poderosa. A sus espaldas, nubes de polvos y guijarros sueltos se arremolinaban como si estuvieran siendo arrastrados por el magnetismo de la Tierra. Se movilizaban hacia el preámbulo de la *Invocación,* que ya se conjuraban en el espíritu de Elora. Todo el lugar comenzó a sufrir los primeros síntomas de un terremoto. El suelo se resquebrajó y las grietas asomaron aquí y allá. Las manos de Elora dejaron de mantenerse inmóviles, ahora sus dedos se abrían y cerraban.

Consciente de lo que sucedía en su interior, trabó los pestillos de los cuadrantes de su alma para que nada escapara hasta que ella lo ordenara. La invocación aulló demencial en el encierro. Pero la voluntad de su ejecutora es mucho más fuerte. Y esto era algo que Zharok lo sabía muy bien. Por eso no la obligaba ni la empujaba con severidad.

Los años de encierro habían forjado un carácter inquebrantable en la muchacha. Su espíritu se había cerrado a cualquier manipulación que viniera en contra de su voluntad. Por eso resistió más que cualquier otra mujer, por eso tuvo la fuerza para cuidar de su hermana.

Sin embargo, el auge del *Thrimendus* y la consiguiente realización del *Marghes-Rheyus,* estaban liberando, sin que ella lo supiera, el terrible *Parhameos,* la primera conjunción del Triple Mandato. Una fuerza tan arrolladora como imparable. Y precisamente eso, era lo que Zharok buscaba, él buscaba hacerse con la esencia del Parhameos para poder ser finalmente libre de ese mundo en el que se encontraba encadenado.

Un potente estruendo procedente de áreas subterráneas la sacaron de sus indecisiones. Agachó la cabeza y suspiro.

—Lo siento, madre. Yo... lo siento... pero ya no puedo regresar. Y no es porque no quiera. Ya no puedo. Además... por si lo has olvidado, fuiste tú, las que nos vendió a mi hermana y a mí a esos sucios mercaderes... por cosas sin valor. ¿Lo recuerdas? Deseabas vestir bien, comer bien, conocer otros lugares y enamorarte de nuevo de otros hombres. Y... en todo caso... ¿Por qué mencionas a mi padre si tú lo abandonaste? ¿O olvidas la vez que lo empujaste de casa solo porque no te regalaba nada bonito como lo hacían los maridos de tus amigas? Lloramos, madre, suplicamos para que no lo echaras, pero...; llamaste a ese viejo estercolero para que te lo sacara de encima y luego te revolcaste con él —el resentimiento se abría paso inmisericorde—. Entonces, decidiste que era suficiente, que debías tener más y... por eso nos vendiste a ese sucio traficante de personas... Solo, solo para regodearte enfrente de otros, por el oro que habías ganado de nuestra venta. Dejaste que tu corazón se pudriera en

la miseria de una lujuria banal. Eras mi madre, ¡nuestra madre! ¿Por qué...?

La mujer cayó de rodillas con sus manos cubriéndose el rostro, pidiendo perdón. Su llanto fue intenso y doloroso, cargado de una gran pena y culpa.

—¡Sí, sí! Lo sé, hija... yo... lamento haber procedido de esa forma tan odiosa y sin reparos hacia ustedes. Mis deseos, mis ambiciones desmesuradas me llevaron a cometer ese atroz error. A lo largo de todos... de todos estos años, he sentido como mis pecados se han adentrado a mi alma como gusanos hirientes —pasó las manos sobre su rostro y la elevó en un gesto de actitud incomprensible—. Fue... fue el veneno de una corrupción insaciable y totalmente egoísta, lo que me condujo a comportarme de esa forma. ¿Pero... cómo dominar ese monstruo carnicero que se había cebado con la promiscuidad de otras vidas? ¡Sé que soy responsable de todo y que deberé pagar por mis acciones! Mi lascivia y mi traición me han dejado donde hoy estoy...; delante de ti, delante de ti hija... Yo... estoy dolida y marchita como una hoja seca sin amor y sin vida en mis entrañas —levantó la vista hacia su hija terriblemente acongojada—. Estoy tan arrepentida de haberlas separado de tu padre. Ustedes siempre estuvieron en su mente y en su corazón, y él no... él no hablaba de otra cosa que no fueran sus adorables hijas...; hasta el día de su muerte, a manos de un guardia-cárcel —un látigo golpeó el corazón de Elora y su rostro se volvió pálido—. Yo... lo lamento tanto, tanto... me volví débil y corrupta, sin temor a mis pecados, con miedo a lo que se levantaba delante de un presente atormentado... ¡Cielos! Perdóname mi niña.... Perdóname, por favor...

Los ojos de Elora se habían abierto dejando desnudar una sorpresa y una angustia terribles. Las lágrimas afluyeron sin que las pudiera detener. Había pensado que, quizá, podría haber salido en búsqueda de su padre en algún momento, cuando su misión terminara. La idea le gustaba. La rellenaba con historias y reencuentros de abrazos y días hablando alrededor de fogatas que encenderían en cualquier parte. Estarían ella, Lhyanne y su padre. Solo los tres. Tanto para hablar. Tantas cosas que podrían hacer juntos.

Apretó los puños y su rostro se apagó del todo. La fuerza del entorno se agravó todavía más. Fue un sentimiento negativo intenso lo que subió a su semblante. Se produjo un inquietante mover en esa parte de la región.

«Otro peso para mi cruz. Más sufrimientos desgarran mi poca humanidad. No hay paz para mí, ni bálsamos que curen mis heridas; solo sombras y el viento helado de mi destino crujiendo a mis espaldas.»

No se enjugó las lágrimas, dejó que continuaran saliendo. Titubeó aprehensiva. Apretó los dientes. Ya no había nada más para ella en ese lugar. La cuestión caía en una plena conclusión de cerrar el ciclo. Ese era el fin irremediable. Un punto sin objeciones.

—Todo está muerto para mí en este sitio. Ya no tengo a nadie más.

Con esas palabras, levantó su mano y canalizó su *Idem-Prhonan*. Una ráfaga de poder puro salió disparada de sus manos, atravesando el aire con un sonido agudo y resonante que conmovió el emplazamiento. Furtivas llamaradas se desprendieron en el ambiente arrancado todo rastro de oxígeno y vida.

La mujer entrada en edad, al ver semejante manifestación de poder destructivo, ahogó una expresión de asombro y terror. Una corriente helada y ardiente, invadió su columna, recorrió todo su cuerpo y la paralizó de los pies a la cabeza.

Una violenta onda de choque se produjo en el lugar, y la explosión que le siguió, fue devastadora. La aldea, el lugar donde había crecido, donde había conocido el amor y la inocencia, se convirtió en un instante, en un cráter humeante. El sortilegio lo consumió todo a su paso, destruyendo casas, árboles y cualquier otro rastro como un poderoso tornado de fuego.

Al siguiente, el conflicto creado, disminuyó de intensidad y la calma recobró su puesto. Los ecos del gran estruendo causado por la devastación, gradualmente fueron deteniéndose. Ráfagas eléctricas se movían a lo largo y ancho de los montículos levantados y de los escombros que yacían humeantes. Sin embargo, el estado del territorio, ahora calcinado, mantenía en su orbe, llamas azules que se movían a voluntad empujadas por el desvarío del Control del *Idem-Prhonan*. Multitudes de piedras que levitaban sobre el suelo, se fragmentaban imbuidas con una presión calorífica que las despedazaba. Seguidamente, todo se desplomó con suavidad y el asunto finalizó allí mismo.

Cuando el humo comenzó a desvanecerse, Elora se encontró sola en un páramo completamente destruido. Ya no quedaba ningún rastro de lo que fuera su hogar, ni siquiera las ruinas de lo que una vez había sido. Y con esa devastación, sintió cómo la última chispa de su humanidad se disolvía como el rocío al clarear la mañana y el sol lo extingue.

A su lado, su madre negó con increíble incomprensión lo que acababa de ocurrir, y sin más, gritó con fuerzas. Se incorporó. Caminó. Tropezó, se volvió a levantar y cayó desfallecida,

mareada, en medio de un lamento que arrancaba jirones de súplicas sin respuestas, jirones de dolor. Su llanto sacudió el entorno que crepitaba bajo el fuego y el rumor de los deslizamientos. Su hija, imperturbable, no le dedicó interés. Su mirada se perdió en el sinfín del caos que había desatado y la destrucción que había liberado.

— ¿QUÉEE ES LO QUE HAS HECHO? —exclamó su madre, esgrimiendo una zozobra que abrasaba su corazón.

—Son solo escombros decadentes, figuras sin motrices, un desierto, ¿por qué te lamentas tanto?

Los ojos de la mujer se abrieron con espanto y agobio. La incredulidad se arremolinó sobre su semblante. Con esfuerzo se puso de pie y confrontó a su hija.

—Ellos —dijo titubeante—, ellos —señalando hacia el gigantesco cráter—, todos ellos estaban viviendo bajo tierra —se puso de pie entre llantos y gestos pocos interpretativos—. Vivíamos… vivíamos bajo el miedo del mago Edran, él y sus carniceros deambulaban sobre el territorio en busca de mujeres jóvenes y niñas. Y… —negó con la cabeza—; encontramos unas grutas que conducían hasta el otro lado de la montaña… nos refugiamos allí y decidimos que sería lo mejor. Solo los más jóvenes salían a cazar. Dejamos las viejas edificaciones, para que siempre pensaran que este era un lugar olvidado y desértico. Hasta que fue momento de partir en pos de otros rumbos que nos alejaran de vivir de ese constante temor a ser perseguidos y masacrados. Y ahora, ¡santo cielo, Elora! Todo el pueblo, ¡Todo el pueblo se encontraba a punto de salir de aquí! —se puso de pie y la increpó—. ¡Y tú los mataste! —Elora abrió los ojos creyendo no estar escuchando bien, su rostro se cubrió de incertidumbre y su corazón latió fuertemente, una extraña con-

goja apretó su garganta y por unos momentos, no pudo decir nada—. Los has matado a todos, mujeres y niños —entre llantos arremetió con golpes de puño sobre el pecho de Elora—. Los has asesinado, ¡Aaaaaaah...! ¿Por qué, lo hiciste? ¿Por qué, Elora? ¿POR QUÉÉÉÉ?

Se desplomó al suelo, debilitada en su totalidad. Su llanto prosiguió sin interrupciones. Fue un compungido lamento que sostenía un sufrimiento imposible de soportar.

Elora vio a su madre y luego al lugar cercenado de raíz. Sus ojos sintieron un gran cansancio. Y tras meditarlo un poco, supo que no podría deshacer lo que había hecho. Inevitable y moribundo fue el minuto en el que permaneció callada. Finalmente, se alejó hasta rodear toda la impresionante devastación.

Entre el ayer y el presente de su tiempo no había posibilidad de resolver esta clase de cuestionamientos, ni de encontrar una variable que pudiera sustentar su proceder.

La lógica tiraba hacia la irracionalidad, hacia lo incorrecto, pero, ¿qué podría ser esto en comparación con la fuerte cuerda que halaba su conducta? La balanza en su espíritu estaba rota, porque donde antes hubo un equilibrio sostenido que se conjugaba con el apoyo de Lhyanne, ahora yacía en tierra de miserias y escorpiones muertos. De repente se imaginó que su mortalidad comenzaba a desaparecer.

Tuvo la sensación de una serpiente que se descolgaba sobre ella y se enroscaba en su cuello, sintió como se aferraba a sus impulsos, a su instinto animal, percibiendo una obligación de proceder en obediencia a los requerimientos de Zharok.

Sobre la pendiente de su carácter, su voluntad se opuso con firmeza al estímulo que buscaba ligarla definitivamente a ese proceso. Pudo constatar entonces, la irritabilidad que surgía del

oscuro afluente que se movía en su interior, como si esa resistencia que ella levantaba, le molestara. Pero no se precipitó ni hizo nada, siquiera se molestó por la querella; simplemente se limitó a mirar por encima de su hombro izquierdo. Y tal como vino ese apercibimiento se fue.

«Todavía, no. Yo diré cuándo. No entregaré mi alma, Zharok. No me apresures con tus estúpidas intervenciones. Tienes mi obediencia. Eso debería bastarte. Si algo tienes de mí, es poque yo te he dado mi consentimiento.»

Se sentó en el suelo a modo turco e inclinó la cabeza. La expresión de su rostro se volvió melancólico. Una misteriosa neblina la envolvió. Sus ojos indagaron en la nada. Una corriente cálida sopló de repente de alguna parte. Eso le agradó. Se sintió tibia. Dejó de sentir frío. Sus manos que temblaban sin control, se llenaron de color y quietud. Una inmensa paz la recogió. Estuvo tentada a dejarse atrapar por esa inesperada mansedumbre. Sonrió con un gesto negativo. ¿Quién sería capaz de darme tranquilidad después de haber hecho lo que hice? ¿Quién podrá llenar mi corazón con perdón después de haber matado a tantos? Si tan solo, hubiera podido explorar un poco más, habría sacado a las mujeres y a los niños de la ecuación. Pero no lo hice.

«Los maté a todos. Y tú engendro desgraciado sabías que todos ellos estaban ahí. Me apresuré. Tomé las riendas y me dejé llevar por mis impulsos.»

—*Ellos están bien, Elora. Ellos están a salvo. Tal como tus amigas de la fortaleza.*

La voz era suave como la superficie de un lago en calma y no sonaba a nada que hubiera escuchando con anterioridad. Se

podría decir que nunca escuchó algo similar. Se puso de pie de inmediato y miró en todas las direcciones.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate!

Fue en ese minuto cuando percibió un aura mágica tan imponente como poderosa. Perturbada inquirió hacia todas partes. Pero no había nadie, solo la densa atmósfera que hervía a muerte.

Súbitamente, el aura se disolvió en los aires. Al instante, un sonido similar a un declamar se dejó escuchar y el ambiente que se hallaba espeso, convulso y congestionado, fue liberado en un abrir y cerrar de ojos.

Elora retrocedió sorprendida por la lasitud del evento reinante. Pudo oír en lo profundo de un confín cercano, una presencia que no le era esquiva ni hostil, tal si una niña la estuviera viendo de lejos y a la vez la estuviera saludando. Alzó todavía más su visión e intentó interpretar lo que pudiera ser aquello. Agudizó sus sentidos. Sostuvo que podría tratarse de una ilusión, sin embargo, no lo era. Estaba más que segura de haber escuchado esa voz y luego una onda de choque mágica inimaginable, como si tal fenómeno se produjera de otra dimensión se liberó sobre aquel lugar, arrastrando cualquier indicio de energía negativa residual.

Elora, entendía ciencia cierta, qué no había nadie que pudiera igualar su poder ni mucho menos superarlo. Es lo que creía.

—Zharok.

—¿Ahora si quieres hablar?

—Déjate de idioteces y dime si existe alguien más aparte de mí que controle el *Marghes-Rheyus.*

Se produjo un breve intervalo en los corredores de sus pensamientos.

— ¿Por qué lo preguntas?

—Mera curiosidad.

—No, no hay nadie más que ostente el *Marghes-Rheyus.*

Elora no supo si le mentía o decía la verdad. Dejó de pensar en el asunto para que Zharok no la perturbara más de la cuenta. Contuvo el aliento y exhaló. Pasó el dorso de su mano por la boca y se dirigió hasta un arroyo cercano, cuyas aguas siempre estaban limpias. Se detuvo y volvió a mirar hacia el horizonte. Sus ojos se tornaron sombríos. Retomó el camino hacia el arroyo. Tenía sed. Mucha sed.



Capítulo 7

El amanecer apenas rompía en el horizonte, tiñendo el cielo de un pálido tono naranja, mientras las primeras luces del día intentaban penetrar la oscura masa de nubes que cubría el cielo.

La luz apenas llegaba al suelo, donde un viento helado barría las llanuras que rodeaban la aldea. El emplazamiento, que una vez había sido su hogar, ahora no era más que un campo de cenizas, un vacío donde antes existió la vida.

Permaneció de pie en el centro de ese desierto gris, mientras su oscuro cabello ondeaba salvajemente en el viento, sus ojos se hallaban fijos en el horizonte. Su figura estaba atrapada en sombras que parecían palpitar a su alrededor, y de ella, emanaba un aura de enorme poder, un poder que ahora no solo fluía por sus venas, sino que la definía por completo.

El silencio que la rodeaba era casi absoluto, interrumpido solo por el crujido ocasional de la madera quemada y el susurro del viento. Pero dentro de su mente, la voz de Zharok continuaba resonando, susurrando promesas y órdenes que se mezclaban con sus propios pensamientos, fusionándose con su voluntad.

—Has hecho lo que debías hacer, Elora. Pero todavía queda más. Ahora, debes llevar la oscuridad a aquellos que una vez te conocieron, a los que se atrevieron a olvidar tu existencia.

— ¿Por qué?

—Es parte de tu ascensión.

Su aprendiz apretó los puños, sintiendo cómo la energía oscura se concentraba en ellos, su cuerpo vibraba con una fuerza que apenas podía contener. El poder que le había sido otorgado demandaba acción, devastación y anarquía. Y en su corazón, ya no había lugar para la duda.

—Llévame allí.

Con un susurro apenas audible, Zharok invocó un portal de sombras a su lado, un vórtice de oscuridad serpenteante que se retorcía y se expandía como una mueca abierta en el testimonio de esta realidad. Elora lo miró fijamente.

Sin vacilar, dio un paso adelante y se sumergió en el portal, abandonando para siempre, cualquier rastro de su antigua vida. Para ella ya no existía ni un antes ni un después. Solo el aquí y el ahora. Nada más importaba.

Atrás quedaba su madre, como un pequeño montículo quebrado en la desgracia y la muerte. Llorando en la soledad y el desamparo de una hija que ya no lo era.

El mundo a su alrededor cambió en un instante. Para cuando surgió del otro lado, se encontró con un nuevo escenario: una ciudadela tranquila, bañada con la luz tenue del amanecer. Las casas, construidas de madera y adoquines, estaban dispersas a lo largo de un río que brillaba con los primeros rayos del sol. La tierra trabajada olía a cosecha y frutos. En esa parte de la comarca, entre los aprovisionados campos jaquelados, los pequeños bosquecillos y los arroyuelos que corrían en las cercanías, distinguió las clásica construcciones de los templos druidas. Podía escuchar con claridad los canticos celtas y el tintineo de los recipientes de inciensos que golpeaban sobre las copas de algunos árboles. Era un lugar pacífico, casi idílico. Lyenpem, la ciudad de los druidas oscuros, una comunidad ajena a los problemas de los hombres, contenía un significado especial para la joven emperatriz de las sombras.

Elora sabía de aquel lugar. Lo conocía bien.

—Aquí es donde comenzará la tormenta —dijo Zharok—. Aquí, mostrarás al mundo lo que significa desafiar a las tinieblas.

—Condenada aldea, repleta de druidas tan egoístas como infelices, ¿por qué no me trajiste aquí primero?

—Las cosas debían hacerse de esta forma.

—Como si todo fuese un endemoniado plan que debe llevarse a cabo.

«¿Cuántas veces mi padre vino aquí para pedir algo de comida, provisiones y hasta deseó comprar uno o dos corderos, pero ellos se negaron; argumentando que sus animales al igual que el fruto de su tierra solo servía para ellos y a unos cuantos que tenían bajo su cuidado? Perros despreciables que trabaja-

ban para Edran y los caprichos de los terratenientes del otro lado del Cáucaso.»

Respiró hondo, asimilando el aire fresco que llenaba sus pulmones, antes de dejar que su poder la absorbiera por completo. Su cabello comenzó a levantarse, movido por un viento que parecía surgir de la nada, y sus ojos, ahora completamente negros, brillaban centellantes. La energía dentro de ella se expandió, sumiendo su cuerpo, en una manifestación que distorsionaba la luz a su alrededor.

Los aprendices de los druidas, que apenas comenzaban su día, se detuvieron al ver la figura oscura que se materializaba en el centro de su ciudad. Algunos gritaban, otros retrocedían aterrorizados, y unos pocos se apresuraron a ir en busca de sus mayores.

La mayoría, solo se quedó quieta, paralizada por la aparición.

—Elora… —murmuró uno de los habitantes, un anciano druida cuyo rostro mostraba una mezcla de reconocimiento y horror—. ¿Eres… realmente tú?

La muchacha lo miró a través de una mirada implacable. Las voces de los demás habitantes comenzaron a mezclarse, creando un murmullo de miedo y confusión que crecía con cada segundo.

— ¡Lo diré claramente anciano! No soy la Elora que ustedes conocieron —su voz resonó en todo el pueblo, amplificada por la magia que la rodeaba—. La que juzgaron como si de una ramera se tratara y por poco sacrifican.

Con un gesto de su mano, *el Anhacrom* que había estado almacenando, se liberó en una ola que se extendió a través de la zona. Las casas más cercanas fueron arrasadas en un instante,

desintegradas por la fuerza del ataque. El suelo tembló bajo los pies de los moradores, que comenzaron a huir en todas direcciones con gritos de terror que llenaban los aires.

Elora avanzaba, y con cada paso que daba, generaba ondas de presión tan altas como insostenibles, que hacían temblar el suelo de toda esa región

Con cada movimiento, más y más casas se derrumbaban, consumidas por el torrente de ese extraño y brillante fuego negro que brotaba de su misma existencia. Los druidas, que alguna vez habían conocido a la joven Elora, ahora solo podían ver a una entidad imparable, una fuerza de la naturaleza que no dejaba nada en pie a su paso.

— ¿POR QUÉ HACES ESTOOO...? —gritó un druida, de pie frente a las ruinas de su templo—. ¡No somos tus enemigos!

Elora lo miró con una expresión fría e inmutable.

—Son parte de un mundo que merece ser destruido. Un mundo que me lo ha arrebató todo. Ustedes denunciaron mi amor, ustedes fueron los que me despreciaron. Lo hicieron encarcelar y llenaron de ideas la cabeza de mi madre. ¡Ustedes me lo quitaron todo! Y sin más, lograron convencerla de que nos vendiera a mí y mi hermana, como si de un plato de estofado se tratara.

El hombre cayó de rodillas, su rostro denotaba una máscara de desesperación.

— ¡Por favor! ¡Ten piedad! ¡Perdona nuestro proceder!

Elora levantó una mano, apuntando hacia él, y sin dudarlo, dejó que el caudal oscuro hiciera su trabajo. Un rayo de energía salió disparado de su palma, golpeando al hombre y desinte-

grándolo en un instante. Sus cenizas se dispersaron en el viento, mezclándose con el polvo de la destrucción.

Mientras el hombre desaparecía, Elora no sintió nada. Ninguna satisfacción, ninguna tristeza. Solo un vacío, un hueco que se hacía cada vez más grande con cada acto devastador.

— Pronto, todo el mundo conocerá tu nombre y temerá tu poder —el tono de aprobación de Zharok, le resultó agrio, fatídico.

No deseaba escucharlo. No deseaba escuchar ninguna frase que le atribuyera a lo que podría llegar a ser su destino. Un sordo gemido escapó de sus labios, tal una súplica pidiendo que todo acabara de una vez.

Sin embargo y sin que ella lo supiera, algo o alguien más fuera de los límites de su existencia, luchaba por contener el arrecio de su obrar. Lo podía sentir en sus fibras más íntimas. Pero no trató de indagar. La cuestión no la molestaba. Existía una gran calma que se elevaba sobre la base de su corazón.

A pesar del *Control-Orbhysmen* que la sustentaba; una parte de ella, una pequeña chispa enterrada bajo capas de oscuridad, todavía se resistía. No estaba segura de lo que era, pero sentía que aún quedaba algo oculto, algo que luchaba por aferrarse a una parte de sí misma que no quería desaparecer.

Se detuvo por unos momentos e inclinó la cabeza, lo hizo hacia la derecha y luego hacia la izquierda, como intentando oír esa súbita desazón que la desconcertaba. Su tersa piel pálida se estremeció por unos segundos.

Levantó su rostro al cielo y perdió su mirada por unos instantes en el deambular de las nubes blancas y pensó en Lhyanne. Lentamente las sombras del evocar de su hermana, la llevaron a detenerse.

—Ly... Ly... ¡Cuánta falta me haces! ¿Por qué tuvo que...? Santo cielo, ¿por qué no pude salvarla? Yo estaba allí, con ella y... no pude...

El primer sollozo surgió poco a poco, hasta que la fuente se rompió y el llanto brotó arrastrando ahogadas exclamaciones. La congoja la hizo tambalear. Se inclinó hacia adelante y lloró con todas sus fuerzas. Cayó de rodillas y sus manos aferraron la tierra. Su tristeza la consumía y no podía detenerse. Sus gritos desgarrados aumentaban todavía más la aparición del feroz *Parhameos* que ya buscaba nacer del caos del *Anhacrom* y del *Marghes-Rheyus.*

Pero no muy lejos de ahí, en la aureola de otro mundo distorsionado por el desfase de energías encontradas. Una mediana silueta femenina que vestía un atuendo amarillo, una joven mujer de cabellos castaños y ojos oscuros como la misma noche, imponía un flujo de poder constante sobre la materialización del *Parhameos,* intentando evitar con ello, que este se plasmara del todo, en esa aturdida realidad. Se podría decir que, a nivel espiritual, el eje perturbador de dicha manifestación, se hallaba adosado a gruesas cadenas que esa extraña mujer prodigaba desde la consistencia misma de su Prana.

«Todavía no puedo cruzar el umbral de este plano. Todavía mi ciclo no está completo. Por lo pronto debo cicatrizar la herida que el Parhameos busca abrir para entrar a su mundo. Es todo cuanto puedo hacer, hasta que la nueva Tétrada se conforme y yo pueda entrar.»

Mientras tanto, los druidas al ver que Elora se hallaba distraía en un estado que no podían identificar, comenzaron a reunirse en un último intento desesperado por defenderse.

La imagen era patética para Zharok que reía con ecos de burla y fastidio.

Elora se puso de pie con su rostro cubierto de lágrimas por su hermana y avanzó hacia ellos, percibiendo la carga sobre sus hombros.

— ¡No se detengan! —arengó un druida mayor, claramente el líder del grupo—. No es humana. Es un monstruo. Un monstruo asesino de mujeres y niños. ¡Luchen hasta el final! ¡Por nuestras familias!

Elora aminoró sus pasos, observando la escena frente a ella. Podía ver el miedo en sus ojos, el temblor en sus manos; pero también, la exasperante determinación por defender su tierra. Esa mezcla de emociones, tan cruda y humana, la tocó en un lugar profundo, en un lugar que había intentado ignorar.

— ¿Qué es lo que están haciendo? —susurró débilmente—. No pueden detenerme, ¿Por qué...?

«No, no, Elora —escuchó de repente, decir una voz que parecía provenir de otra parte—. *No lo hagas. Recuerda quién eras... recuerda lo que te enseñaron antes de que todo cambiara. Por favor, detente, esta no eres tú. No dejes, no permitas que él te cambie. Eres mejor que esto. No eres una asesina. Recuerda quién eras, Elora. No permitas que tu pasado te defina ni te controle.»*

Pero antes de que pudiera procesar lo que esa voz le dictaba, Zharok se manifestó con una totalidad abrumadora en su mente, eclipsando cualquier otra cosa.

— ¡Hazlo, Elora! ¡No permitas que esos débiles recuerdos te detengan! ¡Destrúyelo todo!

Elora sintió cómo *el Parhameos* se agolpaba dentro de ella, luchando por salir. E impulsada por fuerzas más allá de su propio entendimiento, levantó una de sus manos y sus ojos resplandecieron con una luminiscencia violeta que pareció absorber toda la luz a su alrededor. Los viejos sacerdotes, viendo lo que estaba a punto de suceder, se prepararon para lo inevitable, algunos arrojaron hechizos de protección, mientras que otro otros, practicaban rituales.

—Este es el fin —dijo Elora, con lágrimas que brotaban de sus ojos sin poder detenerlas, e impregnada de una sustancial fuerza espiritual y colosal—. El fin de su sufrimiento... y el comienzo del mío. ¡Cielos, perdónenme!

No supo porque dijo esas últimas palabras. El Prana exigido en su punto más extremo, estalló en el límite concebido y liberó todo el *Anhacrom* que había acumulado. Fue una explosión de tenebrosidad que envolvió todo el valle en una tormenta de brumas sofocantes. El suelo se abrió bajo los pies de los habitantes, tragándolos en impensables y lóbregos abismos, entretanto el cielo, se oscurecía por completo, como si la noche misma hubiera caído en un instante.

La ciudad entera fue borrada de la existencia en un solo parpadeo, dejando solo otro extenso cráter vacío, rodeado de nubes de polvos y remolinos de fuego. La energía cinética liberada en ese punto de conexión con las partículas espirituales de su *Idem-Prhonan,* hicieron enmudecer hasta el mismo Zharok.

Nunca antes nadie había logrado provocar una reacción simultánea del poder ancestral. Las flamas que rodearon a Elora, habían logrado alcanzar niveles exagerados de fuerzas centrífugas que se extendían con un aterrador poder de destrucción masiva.

La rodeaban, se apartaban, parecían desaparecer y luego emergían convulsas, arremolinadas con violencia, como si ellas mismas estuvieran siendo succionadas por algún tipo de agujero negro. El primer sello del *Parhameos* había sido abierto.

Elora, que flotaba en el aire cuando todo el suceso de desencadenó, descendió lentamente hasta tocar el suelo, su cuerpo brillaba con el resplandor azulado y residual de su poder. Observó lo que había hecho, pero en lugar de satisfacción, solo sintió el peso de lo que había perdido.

—Pronto —murmuró Zharok—, todos caerán bajo nuestro hechizo. Y entonces, no quedará nada más que vagos recuerdos. Allí resurgiré como el dueño absoluto de todas estas regiones.

Pero Ella no lo escuchaba. Un enigma la acosaba desde adentro. Algo que la sacaba de foco y no la dejaba pensar con claridad; todo apuntaba a que, en verdad, estaba cometiendo un grave error. Tal como su hermana había intentado advertírselo.

Cerró los ojos con fuerza, intentando sofocar la débil llama de dudas que aún parpadeaba en lo profundo de su alma. Era como un pequeño insecto rebelde que zumbaba insistentemente en la oscuridad de su mente. Sabía, con una certeza glacial, que Zharok la había arrastrado a un abismo sin fondo. Un pacto irrevocable la unía al oscuro señor, sellando su destino con su propia sangre. Había elegido este camino, lo había deseado con todas sus fuerzas, pero ahora, ante la inminencia de lo que estaba por venir, una punzada de temor la atravesó.

—Llévame al siguiente lugar —dijo finalmente, cabizbaja y sintiéndose tremendamente vacía.

—No quiero que regreses a la gruta, existe otro lugar donde yo habito.

— ¿Qué lugar?

—Lo sabrás al llegar.

Desistió de seguir con las preguntas. Sabía que no tendría respuestas.

—Supongo que no tengo más remedio.

Otro portal se abrió, pero esta vez, tuvo una sensación un tanto diferente. Como si el portal mismo luchara por contener la borrascosa penumbra que emanaba de ella; como si el mismo espacio-temporal se resistiera a su presencia. Avanzó, de todas formas, hasta que pisó el borde de la entrada.

Justo antes de ingresar, se detuvo y miró hacia atrás, hacia el territorio devastado que una vez había sido una floreciente ciudadela.

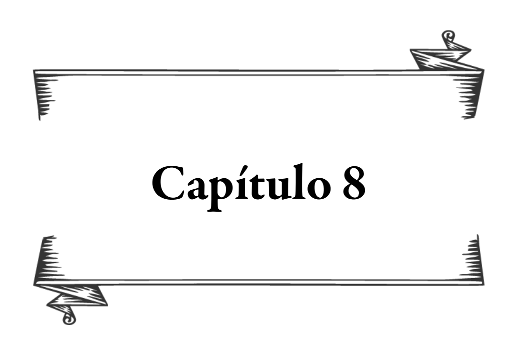
«¿En qué me estoy convirtiendo? ¿Qué mundos de pesadillas estaré forjando con mis propias manos? ¿Para esto ha servido todo el esfuerzo de escapar y huir? ¿Para condenar a mi hermana y condenarme yo y matar hasta el último grano de esperanza que pudiera quedar en pie?»

No, no deseaba esto. Levantarse por encima de todos y encaramarse en la cumbre misma de su propia mezquindad, no era lo que deseaba.

Hubo un repentino soplo de viento moviendo sus cabellos y todo en ella pareció quedar inmóvil por ese suave acariciar. Levantó su rostro hacia el horizonte y pudo ver algo más allá, algo que parpadeaba como un pequeño candelero de oro sostenido en la mano de un niño. Contempló las líneas rojizas y las franjas moradas del atardecer. Suspiró frente aquel devenir y el temor invadió sus fibras. Permaneció atenta a aquella visión. ¿Qué podría representar? ¿Cuál serías su significado? Su rostro se volvió anhelante hacia ese punto hundido en la faz del cosmos infinito de los mortales. Dudó por unos instantes, tratando de comprender los enigmas de aquel suceso, buscando penetrar en los murmullos de una interpretación que pudiera satisfacerla.

Al minuto se repuso y por fin, con el dolor en su espíritu, decidió que era hora de continuar.

—Lo siento —dijo para las almas que había condenado. Y con esa última palabra, desapareció detrás del brillo del portal, dejando atrás un mundo que ya no reconocía.



Capítulo 8

El portal se cerró detrás de Elora con un suave susurro, dejándola en el lugar que no conocía. La oscuridad, que había sido su compañera constante, ahora se sentía diferente, más densa y cargada de una energía que la inquietaba; ya no era el calmante de sus horas, la amiga inquebrantable que la ayudaría a combatir a sus peores enemigos. Ahora, todo se filtraba sobre ella al igual que los encierros de un cementerio. ¡Y cómo extrañaba a su hermana! Como dolía recordarla y saber que ya no estaría con ella. Suspiró sintiéndose apenada, recluida en acusaciones que la hostigaban.

El viento soplaba a través de los árboles, declamando entre las hojas como voces apagadas de una historia olvidada. Alrededor de ella, el espeso bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Todo era un laberinto de sombras y secretos que se alineaba en torno a ella.

Comenzó a caminar. Sus pasos fueron apenas audibles en la maleza, apenas el pisotear de la gramilla y el resonar quebradizo de las hojarascas. La voz de Zharok se había silenciado, algo inusual si se podía decir, pero que la llevó sentir un inexplicable alivio. Era como si el poder que la guiaba hubiera decidido dejarla sola por un momento, un respiro en medio de las cerrazones que la rodeaban.

Aunque tenía razones de sobra paras sospechar que todo conformaba un tétrico plan que la conduciría inevitablemente hacia una trampa de la cual no podría escapar.

El poder que fluía dentro de ella exigía ser desatado, lo exigía al igual que una bestia enjaulada añoraba su libertad y pujaba por manifestarse sin barreras ni normas que lo contuvieran, y, aunque Elora sentía que se alejaba cada vez más de lo que alguna vez fue, la necesidad de cumplir con su destino la impelía a continuar.

¿Y cuál es mi destino? Pensó, porque se suponía que solo era castigar a Edran y derribar su inmunda fortaleza. A pesar de ello, he estado cabalgando a lomos de un monstruo destructivo que parece no tener intenciones de detenerse.

Y en tanto avanzaba, una sombra se movió entre los árboles, apenas perceptible, pero suficiente para que sus sentidos agudizados se alertaran. Detuvo sus pasos, sus ojos escanearon el bosque en busca de cualquier amenaza.

— ¿Quién está ahí? —preguntó cortante.

Durante unos segundos, la nada fue su única respuesta, hasta que, una figura emergió de entre las sombras. Un hombre, alto y robusto, vestido con una armadura de plata y bronce que brillaba débilmente a la luz de la luna. Su rostro estaba parcialmente cubierto por un yelmo, pero sus ojos, se fijaron en los de Elora con una mezcla de cautela y curiosidad.

— ¿Qué eres tú? —cotejó el recién llegado—. Esta tierra no pertenece a ninguna criatura de las sombras. Y sospecho que tú eres una de esas, ¿me equivoco?

Elora lo miró con cierto aire de fastidio.

—No soy una criatura. Soy más, de lo que tú puedas llegar a comprender. En todo caso, ¿Quién eres tú para cuestionarme?

El apacible guerrero no se inmutó ante su respuesta. Dio un paso hacia adelante, con su espada larga brillando a su lado, pero no en una postura ofensiva.

—Mi nombre es Kael, y soy un Seryphan; un guardián protector de estas tierras. Defiendo lo que queda de ellas contra cualquier amenaza, sea humana o no. ¿Eres amiga o enemiga?

La doliente mujer, frunció el ceño, su mente trabajó rápidamente para evaluar la situación. No había esperado encontrar a nadie por estos rumbos; mucho menos a un guerrero con la presencia de Kael. Supo que había algo en él que no encajaba con las otras personas que había destruido sin piedad. No, en él, había una fuerza, una calma en su mirada que la desconcertaba.

—Estoy de paso y no puedes detenerme, guerrero. Si intentas enfrentarte a mí; pagarás las consecuencias de tal atrevimiento.

Kael razonó con cuidado las palabras que diría.

—No vine aquí para morir, pero tampoco voy a dejar que destruyas más de lo que ya has destruido. Hasta donde sé, te has encargado de dejar un rastro de sangre que se puede ver desde lejos —se movió en dirección de Elora, quien se mantuvo firme en su postura con los brazos a ambos lados de su cuerpo—. Como sea, soy un simple guardián y puedo ver el poder abismal que se mueve en ti, así como también, el conflicto en el que te encuentras, a causa de que has perdido a alguien importante para ti.

Las palabras del desconocido repercutieron en la muchacha con una acción inesperada. Nadie había hablado con ella de esa manera, desde que Zharok la había transformado en su heraldo de muerte. Todos los demás la habían temido o desafiado con desesperación, pero Kael, no parecía ser movido por el miedo

ni mucho menos se burlaba de sus aprensiones. Era algo diferente, algo que despertaba una chispa de intriga en ella. Las palabras resultaban como látigos de una verdad a la cual no podía rechazar ni resistir. Plenas de convicción, llenas de comprensión. Se sintió como si estuviera en otra parte, siendo la Elora humana, la mujer sencilla con sueños y deseos.

«¿Qué me está sucediendo? ¿Qué tipo de poder está ejerciendo sobre mí?»

Esa clase de debilidad la molesto y hasta temió que estuviera soñando o siendo influenciada por un poder mayor, por un usurpador de mentes.

En un momento había pasado de estar inmersa en sus pensamientos a otro de no pensar en nada. Como si un evento desconocido la sustrajera de su vida actual y la trasladara a un tiempo y espacio completamente diferentes.

Percibió un temblor inusual en sus manos. Se sintió vulnerable. Y no le gustó en lo absoluto. Por unos segundos permaneció indecisa. Una ráfaga de viento sopló desde el sur, agitó las ramas de los árboles y las pequeñas hojas se desprendieron y cayeron al suelo. Los cabellos de Elora dieron contra su rostro. Inclinó la cabeza y se sustrajo sobre un montoncillo de dientes de león. Enseguida, levantó su mirada con una expresión abierta.

—¿Quién te piensas que eres para venir a decirme todas estas cosas? Ni te conozco ni deseo hacerlo. Así que aparta lo que estés intentado hacer en mi contra. No me provoques, extraño. No soy alguien a quien puedas manipular a tu antojo.

—Nada malo estoy ejerciendo sobre ti. Ningún tipo de manipulación. Es todo lo contrario. Tu pesar es enorme, tu dolor un tormento que se esparce como semillas sobre un suelo desér-

tico. Necesitas detenerte, Elora. Debes hacerlo antes de que te destruyas a ti misma.

Eso terminó por exasperarla.

—En primer lugar no respondo ante nadie. Y en segundo, ¿qué te importa a ti sobre lo que yo he perdido? Únicamente a mí me atañe. Aparta tu odioso don hacia otro lado y no presumas que me conoces, porque no es así. Además, ¿por qué no huyes si sabes quién soy? Cualquier otro con sentido común, ya se habría retirado.

Kael sonrió débilmente, una sonrisa que no alcanzó a suavizar la intensidad en sus ojos. Su espada se apoyó en el suelo y él se recargó en el pomo con ambas manos. Inmediatamente, liberó un *Providence-Maná-Insolation*, un sello que revertía los campos tridimensionales de cualquier magia oscura.

Al no ser Elora la portadora original del *Anhacrom,* sino un recipiente, una especie de catalizador de dicho poder. Podía lograr revertirlo. Sabía que no disponía de mucho tiempo antes que el verdadero portador apareciera. Debía ser prudente, asertivo y emplearse a fondo para lograr su cometido.

—No soy cualquier otro y no me inmiscuyo en tus asuntos, simplemente, digo lo que veo y lo que de ti percibo. Y lo hago, porque he visto lo que la oscuridad puede hacer en una persona cargada de dolor y amargura; pero también, sé que no todo lo que se encuentra fuera de la luz, está más allá de la redención.

— ¿De qué redención hablas? ¿Te refieres a la mía?

— ¿Hay alguien más aquí?

—Idiota altruista, mira que venir a decirme que debo redimirme de algo que porto como mío. Solo dices palabras redomadas y sin sentido. No me conoces lo suficiente como para increparme con tus dichos. Surges de la nada sin saber yo quien

eres y dices que tú si me conoces. Orgulloso altanero de fábulas engañosas. ¡Apártate de mi camino!

—Y por eso me disculpo. No fue mi intención desafiar tu posición. Pero no puedo apartarme.

— ¡Alea! ¿Qué es lo que haces aquí?

—Custodio estos territorios, ya te lo he dicho.

— ¿De quién los custodias?

—Peligros y amenazas de cualquier índole, también te lo dije.

Elora miró hacia la izquierda y luego a la derecha, había algo en el ambiente que ralentizaba su esencia, que buscaba detener el flujo de maná otorgado por Zharok. No supo comprenderlo bien. Le pareció extraño que, en su interior, el fluir del *Anhacrom,* se fuera deteniendo sin que ella interviniera,

Eso la confundió. Ya le resultaba difícil administrar el *Magister-Prana*, como para que éste perdiera sustentabilidad y sustancia en ella de una forma que no podía manejar. Se sintió adormecida. Inmersa en una increíble paz.

—Yo... ¿por qué dices que puedo redimirme de mis acciones? ¿Qué clase de juicio impera sobre mi vida, si hasta el momento solo he vertido mi ira sobre quienes me traicionaron e hicieron de mí, un despojo, alguien desechable?

—No soy quién para juzgarte; solo digo que, en algún punto de nuestras vidas, sea por una cosa u otra; algún dolor puede que hayamos infringido a otros, o que... debido al impacto de nuestras decisiones, estas hayan terminado por afectar a quienes más nos importan. Como sea el caso, nadie está exento de los errores de esta vida. A tal motivo, creo firmemente, que esa persona puede optar por cambiar el rumbo de su vida, ya sea

por medio del perdón, ya sea por medio de una segunda oportunidad. Llámalo reconciliación con todas las cosas.

Las palabras seguían moviéndose en la conciencia de Elora, creando una fisura en la muralla de odio y poder que Zharok había construido dentro de ella. Y durante unos momentos, dudó, y esa incertidumbre, fue un eco de su antigua humanidad que luchaba por ser escuchado. Pero antes de que pudiera responder, la voz de Zharok irrumpió en su mente, lleno de furia.

— ¡Destrúyelo! ¡Es una amenaza, Elora! No permitas que debilite tu determinación. ¡Hazlo! ¿Quién es él para corregirte de ese modo o tratar de enmendar un presente que solo a ti te concierne? ¡Es un adulador de la falsedad alguien que busca hacerse con tu ingenuidad! Quiere atraparte con sus mentiras y arrastrarte del futuro que estás forjando con sumo esfuerzo.

Kael lo escuchó en el plano mental.

«Perfecto. Todavía no se ha percatado de lo que estoy haciendo. Mantendré el curso de mi acción actual y dejaré que la invocación haga su trabajo.»

Elora vaciló, su alma ahora se hallaba dividida entre las órdenes de Zharok y la impresión que sentía hacia Kael. Este hombre, de alguna manera, había visto más allá de su exterior pagano, y había reconocido algo en ella que creía perdido y olvidado. Aunque no se sentía cómoda frente a esa revelación; del mismo modo como le costaba confiar en ese completo extraño, su posición se mantuvo en un punto neutral. Hizo una mueca y suspiró presionada por la situación

Llevó las manos a la cintura y se plantó con firmeza delante del recién llegado.

—No me provoques. No soy alguien con quien quieras jugar, Kael. Apenas eres un guerrero. Un extraño que no tengo ganas de conocer.

El mencionado se quedó quieto, sintiendo que había logrado atravesar el punto de inflexión de los meridianos mágicos. A partir de ahí, simplemente debía apoyarse en la resolución del mandato que liberaba el rompimiento de cadenas mentales. El golpe final. Con ello, podría lograr que Elora, al menos, tuviera la chance de recapacitar en torno a su proceder como mensajera de las sombras.

«Solo un poco más y luego el tiempo hará lo suyo. Pero... necesito distraerla con algo. Cualquier cosa que la aleje de las corrientes del *Anhacrom* para que el sello actúe con rapidez.»

—No estoy jugando contigo, Elora. Jamás lo haría. No soy de esos. Nada más quiero entender por qué alguien con tanto poder, con tanta ira, sigue adelante. ¿Qué buscas realmente? ¿Destruir todo lo que te rodea? ¿No sabes que, al matar a otros, de igual manera, tú también te estás autodestruyendo? Estás cavando tu propia tumba, mujer. Lhyanne lo sabía y quiso advertirte de ello, pero no deseaste escucharla.

—¡BASTA! —gritó repentinamente. Su aura se incrementó hasta tocar uno de los pliegues del *Anhacrom*—. ¡¿Cómo te atreves a hablar de alguien que siquiera conociste?! ¿Qué tipo de embrujo es lo que viene contigo? No tienes ningún derecho a mencionarla. Ningún derecho, ¿me has escuchado?

—No es embrujo ni es nada maligno. Y pido perdón por incluirla en nuestra conversación. No obstante, me atrevo a decir que tu furia se está desbordando dentro de ti. Y eso no es bueno, terminará engulléndote y caerás en la inquina de Zharok, pues es él quien busca tu perdición.

— ¡No! —la rabia entumeció su rostro—. ¿Quién eres realmente? ¡Déjate de dar tantas vueltas y dímelo de una condenada vez?

El aura alrededor de Elora pareció encenderse. Kael generaba en ella, culpa y remordimiento. Un vulgar paréntesis de emociones cruzadas. De pronto se sintió incómoda, atrapada en una red de desazones que la desequilibraban. Y no le gustaba para nada sentir esa clase de sensaciones íntimas delante de un desconocido, la hacían sentir vulnerable, humana.

¿Qué era lo que estaba sucediendo realmente con ella? ¿Por qué dejaba que un forastero le dijera todas esas cosas? ¿Por qué no solo seguía su camino y así no tendría que escucharlo más?

—Soy un guardián protector, y estoy aquí para ayudarte.

— ¡Mira que estupideces dices! Ni te conozco ni me fío de ti. Intuyo que deseas manipularme, arrastrarme con toda esa verborragia tuya y poner mi poder a tu disposición. Lo que quieres es aprovecharte. Pero te equivocas, tú...

— ¿Para qué desearía yo un poder perverso, cruel, asesino y despiadado que mata mujeres y niños sin pensarlo dos veces? En cambio, tú; puedes verme claramente y puedes discernir lo que soy. Sabes que no miento. Además, no soy yo quien desea aprovecharse de ti. Todo este tiempo, él ha estado a la caza de alguien que pudiera satisfacer sus deseos más oscuros e ingratos. Tú eres su instrumento. No quiere que seas la fuente de nada sino una esclava de sus caprichos. No se lo permitas, Elora, tú eres más fuerte que todo el enigma que te rodea.

Elora no respondió, dio la sensación de estar totalmente absorta en un dilema que no podía descifrar. Con todo, no dejó enseñar su turbación ni dejó que su rostro mostrara impresión alguna. Se limitó a estudiar al guardián, para tratar de enten-

der lo que estaba ocurriendo. Puede que todo fuera obra de Zharok. Puede que éste la estuviera probando. El pensamiento la cansó. Protestó y reprochó para sus adentros. ¿Por qué en caso de que así fuese? ¿Cuándo terminaría de manipularla? ¿Seguiría el resto de su vida, obedeciendo sus ordenes y arrebatos? ¿Cuándo llegaría el momento de ser libre? ¿Cuándo la dejaría en paz?

Fue justo en ese entonces que, un vago rememorar surgió en su mente. Quizá porque se sentía agobiada de tantos interrogantes. Quizá por el maniobrar del guardián, que operaba con fuerzas elementales secretas que ella desconocía.

—Tu armadura es similar a la de alguien que una vez conocí, cuando tenía diecisiete años. Por aquel entonces, él... pasó próximo a la aldea donde yo vivía. Era de una región llamada Circasia. Fue lo que me dijo más tarde.

—Beiqam

Elora lo miró sorprendida.

— ¿Lo conoces?

—Es mi hermano.

—Claro, ya me salía que había un parecido.

—Espero que tengas buenos recuerdos de él.

Se produjo un silencio. Movida por los recuerdos, se aflojó. La tensión en su rostro se fue perdiendo. Su mente se clavó en el ayer.

—Nos salvó a mi hermana y a mí del ataque de un oso; mientras recogíamos Grosellas y otras flores, en uno de los caminos cercanos; en realidad... yo era quien las buscaba, ella llegó un poco más tarde —sus ojos se desviaron hacia el horizonte—. Fue todo tan repentino —dijo por lo bajo—. Yo... estaba muy preocupada por una discusión que mis padres habían

sostenido por estupideces que no vale la pena mencionar. Mi hermana se hallaba, no sé, a treinta o cincuenta metros de mí... cuando escuché el bufido del animal acercándose en su dirección. Me petrifiqué al verlo, tan grande como una montaña, lo cual no era así, pero para una niña de mi edad, el miedo solía tener dimensiones desproporcionadas.

>>En fin... tenía el tamaño de un oso adulto, aunque un poco más grande, presumo que ya sería viejo y estaba solo, aburrido y cansado de la vida; molesto por tener que reñir con los humanos, es lo que hoy supongo...; y al estar cerca de nosotras, eso tal vez le molestó todavía más o puede que solo deseaba alejarnos de su camino —pausa—. Mi hermana tartamudeó al verlo. La muy tonta cayó de rodillas en lugar de huir hacia mí. Nuestro perro Isba se puso al frente. Era un buen perro, un buen amigo. Yo... corrí hacia ella, la llamé a los gritos. Idiota de mí porque tropecé y me golpeé la rodilla con una roca. El dolor me hizo gritar todavía más. Insulté a todo el mundo y hasta mi hermana obtuvo una ruda apreciación de mi parte. Me levanté he hice un esfuerzo para ir donde ella. Y en el preciso instante que el oso estaba sobre nosotras; un jinete apareció desde un lado de mi visión y... y se apeó del caballo con su espada en la mano.

>>El oso cargó contra él, y sus garras dieron de lleno sobre el escudo. El guerrero se apartó y el animal lo siguió. Isba ladraba enloquecido, pero no se movió del lado de mi hermana. Entonces, el guerrero, hizo algo asombroso. Se detuvo, hincó el escudo en tierra y lo esperó con la espada en sus dos manos. El oso frenó su alocada correría, miró al guerrero por unos momentos, gruñó y rugió un par de veces... y se alejó en dirección al bosque cercano —pausa—. Analizándolo más detenidamente,

sospecho que el pobre animal decidió no combatir porque... pensó que podría salir herido o algo peor. No lo sé. Pero se fue y eso fue suficiente para mí. Lo demás es algo que guardo en mi corazón.

Kael quiso saber más, pero no se atrevió a interrumpir la catarsis involuntaria que se había producido en Elora.

«Beiqam, hermanito, ¿Qué rayos habrá sido de ti?»

Elora bajó la cabeza y suspiró, enseguida su mirada fue hacia el bosque. Un bosque como este, pensó. Un camino como este. Pero hoy, no hay un oso... o puede que sí, pero no con la forma de un oso. Otro monstruo.

«Todo me es tan diferente. Extraño a Lhyanne. Extraño lo que fuimos antes de ser secuestradas, cuando éramos libres, cuando mis sentimientos fueron conmovidos por el amor y... cuando él me tuvo y yo a él...»

Su corazón se humedeció de lágrimas, de dolor, de culpa y de vergüenza. Con una triste expresión miró hacia el infatigable océano que murmuraba a través de sus olas. Recordó el puerto, el mar, el naufragio; sintió en sus dedos la calidez de las manos de su hermana. No necesitaba más. No necesitaba ningún otro propósito en la vida que la confundiera. No. Con ella estaba completa. ¿Por qué entonces se aferró al odio, a la venganza si lo único que anhelaba era tener una vida lejos de todos?

Y entre todas las cosas, el amor y el infatigable deseo de estar juntas, nada la mortificaba más que no haber podido salvarla.

Sin poder remediarlo, escondió el rostro en sus manos y lloró. Kael respiró aliviado. Eso era lo que necesitaba que se produjera en la vida de la muchacha. Una distracción. Algo que interrumpiera la corriente del despreciable *Anhacrom*.

Un desborde de sentimientos encontrados con su pasado; con aquello que dejó, con lo que perdió, con esas partes que la unían a su humanidad, la esperanza y la convicción del espíritu.

«Eso es, Elora. Llora. Deja que el afluente de tu espíritu te libere. Que tus lágrimas te conecten de nuevo con tu alma, con tus sentimientos, con tu condición humana.»

Lo que siguió al emotivo encuentro con las raíces del ayer, produjeron un dilema en la razón del guardián. Porque un repentino viento cálido estalló en las márgenes que sopló como una corriente arremolinada, sumiendo a todo el lugar en un vacío total. Es lógico que el guardián veía a las ramas y las hojas, incluso los guijarros volar por los aires; pero no había sonido. Un vasto silencio cerniéndose sobre la mujer que lloraba era todo lo que se podía sentir.

Pequeños destellos azulados rompieron los instantes y se mezclaron con el fenómeno. El asunto continuó por varios minutos. Hasta la superficie del suelo pareció conmocionarse. Una intensa llovizna cargada de partículas eléctricas se movilizó por todo el emplazamiento. Las gotas que daban sobre la armadura y el yelmo y la espada de Kael, arrancaban pequeños destellos luminiscentes.

«Ahí estás de nuevo quien quiera que seas.»

Al cabo de un tiempo, el viento cesó y el remolino se fue deteniendo. Los sonidos regresaron. El guardián mantuvo la mirada en su interlocutora que se estremecía. La llovizna cesó y el lugar fue iluminado por los rastros del atardecer. Elora dejó de llorar y vio hacia el poniente. Se aferró los brazos. Un rumor delgado se propagó por los alrededores.

«¿En qué momento atardeció? ¿Por qué el tiempo parece diluirse tan repentinamente?»

Regresó su atención a Kael. Una especie de sentimientos escondidos hacía ya mucho, tocaban a la puerta de su alma. Miró a su alrededor por si había alguien más y ella no se hubiera percatado. Solo estaban ellos dos.

Lo único que ignoraba era la fuerza del maná del guardián que se movía en su dirección, al igual que las corrientes oscilantes soplando a través de las chimeneas de una montaña; los ecos impregnados de un Prana sublime que intentaba contrarrestar el influjo perverso del siniestro pacto *Nicroniano*.

En el turbulento abismo de la magia de Zharok, se percibió un desfase, un descontrol, algo que halaba hacia afuera y con fuerzas, la esencia de Elora.

Sin que ésta lo advirtiera, su mente estaba siendo arrastrada desde las profundidades del mal remoto hacia el eje opuesto del mundo espiritual; el de la Luz.

La hechicera percibió cómo las palabras se arremolinaban en su interior, tocando una parte de ella que había enterrado profundamente. Su corazón le latió con más fuerzas. Fue como si un sendero de holgura y buenaventura se abriera paso a través de sus oprimidos pensamientos.

Pero antes de que pudiera encontrar una respuesta, el aire alrededor de ellos se tornó más frío y la presencia de Zharok, se hizo palpable como un manto de sombras que caía sobre ellos.

—¡Es suficiente! —espetó Zharok—. ¡Elora, debes destruirlo! ¡No permitas que te debilite con sus mentiras! Recuerda tu misión, recuerda tu ambición; tu plan de ser la más poderosa del mundo, de ser aquella que gobierne sobre todo y a todos.

La mencionada apretó los dientes, sintió cómo la oscuridad la empujaba a actuar. Irreversible. Irritable.

—¿Es eso lo que eres ahora, Elora? —expresó, Kael con calma—. ¿Una marioneta de la oscuridad? ¿Es ese el destino que deseas? ¿Cumplir con las órdenes de alguien a quién poco y nada le interesó la muerte de tu hermana?

Las palabras la hirieron, más de lo que quería admitir. La presión de Zharok se intensificó, pero también lo hizo la resistencia interna de Elora.

—¡Hazlo, Elora! —ordenó Zharok.

Obedeciendo instintivamente, levantó su mano, el sello oscuro brilló intensamente en su palma. Ramificaciones casi imperceptibles recorrieron los aires. El lugar entró en una inmediata erupción e intensas neblinas transparentes y ondulantes, se movieron desplazadas por todo el sitio.

Kael se mantuvo firme, con una expresión silenciosa y tranquila. En los ojos de Elora, se produjo algo más, algo que despertaba cierta intimidación en ella. No, no era intimidación; sino más bien, un sentimiento de fortaleza, de seguridad que no había sentido en mucho tiempo: compasión.

Pero, ¿por qué? Si él no la conocía ni ella a él. ¿Cómo resultaba posible que un extranjero de tierras extrañas estuviera bajo el mismo cielo que ella, viéndola fijamente sin retroceder un palmo siquiera?

—¿Por qué...? ¿Por qué lo haces? Tú... no, no me conoces.

—Es cierto. Pero fue necesario que estuviera aquí, Y déjame decirte algo, tú no eres solo tinieblas y lo sabes. Tienes el poder para elegir. No tienes que ser lo que él quiere que seas. Puedes ser quién tú quiera ser. Nada te domina ni te ata a este mundo. No eres un paria ni una desterrada. ¿No crees que ya es tiempo de cambiar el curso de acción de tu vida?

El mandato en su mano tembló, y en un impulso inesperado, bajó la mano, dejando que la transferencia de energía se disipara lentamente.

— ¡¿Qué estás haciendo?! —bramó Zharok—. ¿Qué es lo que te propones? ¡Esto es traición, Elora! ¡No puedes detenerte ahora!

La aludida comenzó a percibir el peso de su decisión, y también otra cosa más, una pequeña muestra de alivio que hace mucho no sentía.

—No lo haré.

Zharok se arremolinó en la mente de la atormentada hechicera, y todo fue un torbellino de oscuridad y odio.

— ¡Elora, si no destruyes a este hombre, te destruiré a ti! ¡No hay lugar para la debilidad en nuestro pacto!

Zharok intentó forzar su control, un control que creyó imbatible e infranqueable. Sin embargo, la repentina presencia de Kael; sus palabras, la simple decisión de no ceder al odio, había provocado que naciera una resistencia hacia lo vil y profano de la maldad.

Puede que siempre esa resistencia haya estado allí, ahogada, sofocada por los requerimientos de Zharok, más, al presente, toda esa indómita muralla, comenzaba a resquebrajarse lentamente. Y a causa de ese repentino episodio, empezó a sentir algunos mareos. La cabeza le dio vueltas.

—No eres mi dueño, Zharok —murmuró, en tanto se apoyaba con una mano sobre el tronco de un árbol—. No lo serás nunca. Nunca...; mi hermana, mi hermosa Lhyanne —las lágrimas asaltaron su rostro—, ella trató de advertírmelo, pero yo... yo no la escuché; y todo lo que recibió de mi parte, fue... fue una... abrupta muerte. Sin pensarlo, nos separé, la aparté de mi

lado... Jamás debería... —la congoja la quebró por unos momentos, se vio enredada en una confrontación consigo misma—. Cielos, cuanto lo lamento, Ly, yo... lo lamento tanto.

Zharok trató de influenciar su mente con sellos *Parlahnemos*, Candados de Restricciones, pero esta vez, Elora, afianzada a sus sentimientos que volvían de los recuerdos con su hermana, se aferró a esa ventana que se había abierto en su desgarrado corazón, y esa parte de ella que se resistía a ser completamente consumida, forjó una salida hacia la humanidad de su existencia misma. Invariablemente, torció el eje del Anhacrom y lo ocultó de su vista. Una percepción imposible de ejecutar, pero lo hizo. La ruptura del eje disparador del *Marghes-Rheyus*, terminó por inhabilitarlo.

Fuera de esa realidad y en un plano totalmente diferente, la joven mujer que buscaba impedir que el *Parhameo*s se liberara del todo; favorecida ahora por la decisión de Elora, conmovió su Prana y selló *El Stram-Domination.* Hubo un fluir de relámpagos en los centros de movilización del Prana espiritual de Elora.

La misteriosa mujer canceló los Orbes negros y obstruyó el canal de materialización del *Idem-Prhonan.* Por unos escasos segundos, su aura personal se intensificó hasta irradiar la vorágine de una estrella azul-blanca y al siguiente se disipó. Conmovida en su espíritu, respiró aliviada.

«El cerrojo está puesto. Ahora vendrá lo peor para ella. Son mis oraciones que lo puedas soportar. Porque, así como el dolor te atrapó con este poder, otro dolor deberá liberarte de toda esa parte negativa del Parhameos. Sin embargo, te sustentaré lo más que pueda.»

—Elora —dijo Kael—. Tenemos que irnos de aquí. Zharok no te dejará marchar tan fácilmente, y no podré protegerte si decides luchar contra él ahora.

— ¿Cómo hablas de protegerme? ¿No era que custodiabas estos altos terrenos de una posible intrusión oscura?

—Sí, pero también vine por ti. Lo que quiero decir es que... he sido enviado para encontrarte.

—Resalta a simple vista que no me has dicho toda la verdad. Siquiera te conozco y ya me enredas con tus tramas. ¿Es que acaso, buscas hacerme contigo para ser tú quien me manipule a su antojo en lugar de Zharok? ¿Es algún tipo de treta y engaños lo que hay en ti?

—No hay nada de eso, ya te lo he dicho. Y tienes razón, no me conoces, pero yo sí. Y no porque te haya visto con anterioridad o nuestros caminos se hayan cruzado. No me creerías si te lo dijera.

—Pruébalo, nada tienes que perder. Hazte digno de mi confianza y expresa aquello que te ha hecho venir hasta este deplorable sitio de mala muerte. Porque hasta donde sé, todo esto resulta incoherente y fuera de lugar. Una matriz de estúpidas condiciones que influyen en las coincidencias. O sea, es ilógico que me encuentre hablando aquí contigo. Debería haberte apartado de un manotazo de mi camino. No detenerme a conversar como si se tratara de unos amigos que se encuentran en el camino. ¡Es irrisorio! No tiene sentido —se aferró los brazos con las manos.

La expresión de la recelosa hechicera había cambiado; ahora un trasfondo expectante y receloso, se recortaba en su semblante. Kael entendió que debía ser cuidadoso si deseaba que todo se mantuviera dentro de su plan.

—Una visión. Yo... tuve una visión de ti, noches atrás. Verás... allí se me mostró una imagen tuya y... de tu hermana. Confieso que no lo entendí en un primer momento...; pero la voz que escuché no fue un sueño, fue tan real como lo estoy contigo. Esta voz, dijo que debía venir por ti, para que te ayudara a salir de la opresión en la que te encontrabas. Tu nombre afloró en mi mente; así como otras cosas que me indicaban acerca de tu persona y lo que eras. Puede parecerte una locura, lo sé. Pero el hecho de que esté aquí contigo, marca la pauta de que es real. Es todo cuanto puedo decirte. Yo... no supe si debía venir o no. Me pareció una locura. Sin embargo, he visto tantas cosas a lo largo de mi jornada como guardián, que me pareció correcto venir y probar si era verdad o no. Y lo fue, ¿de qué otro modo podría saber de ti si nunca antes nos habíamos visto?

Elora lo miró, manifestando una lucha interna claramente visible en su mirada. Por alguna peculiar razón, supo que su interlocutor no mentía; por algún extraño motivo, lo sabía.

—Opresión, dices. Una cárcel, quizá; creo que a eso se refería la supuesta voz que escuchaste. Cielos —dijo, suspirando—; madejas retorcidas llenas de mentiras solo he recibido a lo largo de mi vida. No sé porque, pero... puede que esto que dices... sea la primera verdad en tanto tiempo. Aun así, sostengo mis dudas. Tú surges de la nada por arte de magia, si vamos al caso; y comenzamos a hablar como si nada. No lo sé... todo es complejo, difícil de digerir, de asimilar.

«Carajos, solo le estoy dando vueltas al asunto. ¿Por qué rayos no me largo de aquí? ¿Qué es lo que me retiene?»

— ¿Tienes cómo salir de aquí? —se aventuró a preguntar.

—Él vendrá tras nosotros y lo sabes. No dejará que te vayas.

—Deja que yo me ocupe de eso.

— ¿Crees poder escapar de su control?

—Responde la pregunta, por favor.

—Debemos ir hacia el otro lado de la isla.

—Vamos; pero no huiré por siempre. Zharok aún no ha terminado conmigo ni yo tampoco con él.



Capítulo 9

El bosque, un santuario de sombras y misterios, se había transformado en un laberinto de tensión. La noche, como una capa opaca, había sepultado el cielo, sumiendo todo en una oscuridad que parecía absorber hasta el último vestigio de luz. Elora y Kael avanzaban cautelosamente, sintiendo como sus pasos eran amortiguados por la hojarasca. Cada crujido de rama, cada susurro del viento, ponía sus sentidos en alerta.

Elora lo seguía de cerca, en su mente un torbellino de emociones contradictorias se fusionaba con la duda. Con preguntas. Todo de repente se había vuelto confuso. Incierto. Temía que pudiera estar perdiendo el control de sus decisiones. Lo que no impedía, sin embargo, que mantuviera su voluntad bajo el régimen de su proceder. Apretó los dientes con fuerzas. Cerró los puños y los abrió.

La furia que Zharok había encendido en ella, se retorcía buscando una salida, una manera de estallar y asimilarlo todo. La presencia de Kael, aunque le ofrecía un resquicio de calma; no era suficiente para apagar el fuego que ardía en su interior.

Ese maldito susurro que se negaba a morir, seguía resonando en su cabeza, más tenue pero aún presente, al igual que una espina clavada en sus sienes.

La amenaza no se había desvanecido, seguía siendo una sombra ominosa, proyectada sobre un futuro incierto y lleno de peligros.

—Estamos cerca —dijo Kael, deteniéndose y girando para mirarla.

Elora no expresó gesto alguno, sus ojos recorrían el entorno. Algo no estaba bien. El aire, cargado de humedad, llevaba consigo una fea impresión que le resultaba familiar.

Antes de que pudiera decir algo, un retumbar profundo resonó a través del bosque. El suelo tembló, y de la oscuridad, surgieron grietas que se extendieron rápidamente, como cicatrices abiertas en el suelo.

Del interior de esas fisuras, sombras negras y amenazantes comenzaron a surgir, tomando unas formas grotescas y desfiguradas.

—Sabía que vendría tras nosotros —expresó Kael, desenfundando su espada con un movimiento fluido. El acero brilló bajo la luz tenue de la luna.

Elora retrocedió instintivamente, sus manos levantaron para invocar su poder; pero antes de que pudiera desatarlo, una figura imponente emergió de las sombras.

Zharok.

Su forma, nebulosa y fluctuante, parecía dispersar la luz a su alrededor, convirtiéndola en finas ramificaciones nebulosas.

Vestido con un manto negro que parecía moverse a voluntad, el siniestro engendro, se alzó delante de ellos, con ojos que resplandecían de un fuego infernal. La voz que Elora había escuchado en su mente durante tanto tiempo ahora resonaba con una fuerza aterradora, llena de desprecio y furia.

— ¡Te lo advertí, Elora! No puedes escapar de mí. Eres mía, y ahora lo pagarás con la muerte de este guerrero insolente y luego te sustraeré hasta el último aliento de vida.

Kael avanzó, interponiéndose entre Elora y Zharok. Éste último, arrojó un sonido gutural que repercutió en el bosque como el eco de una herética carcajada en la distancia.

— ¡Patético mortal! ¿Piensas que puedes desafiarme? No eres más que una mota de polvo ante mí.

—No te tengo miedo, Zharok.

Las brumas de los alrededores se abalanzaron contra Kael con una velocidad y ferocidad aterradoras. Pero el guardián, sin dejarse amilanar por la andanada de ataques simultáneos, blandió su espada con destreza, cortando a través de las criaturas que intentaban abalanzarse sobre él.

A su pesar, por cada una que destruía, dos más surgían de la oscuridad, lo hacían como un torrente interminable. Aullaban,

se tambaleaban y caían, para luego emerger con el mismo vigor implacable.

No había sonido en los cortes ni en el metal, solo cimbronazos atravesando el aire y efluvios de corrientes vivas que salían de la hoja damascena.

— ¡Elora, corre! —exclamó Kael con urgencia mientras luchaba por mantener a raya la embestida de las funestas siluetas.

Pero ella no se movió. La determinación y el enfado, se concentraba en su interior. Luchaba por quitarse de encima el control de Zharok, al tiempo que observaba la espesa y oscura sombra que se movilizaba hacia ella. Tuvo la certeza de que era como un manojo de espinas recubiertas por musgos, despiadadas y venenosas. Sus pensamientos sufrieron un quiebre y se vio imposibilitada de concretar su accionar.

Enseguida, un destello voló hacia ella seguido por un silbido escalofriante. Dicho centelleo, atravesó un enorme árbol, lo incendió de adentro hacia afuera, y prosiguió su camino pulverizando todo a su paso, todo en un centésima de segundos.

Elora lo detuvo con su mano extendida sin decir nada. Cerró el puño y el ataque se comprimió hasta desaparecer.

—No, no voy a correr —dijo con firmeza—. Nunca más.

Kael la miró sorprendido.

—No puedes quedarte aquí, Elora... Él es demasiado fuerte. Tienes que sobrevivir... por favor.

—No tengo adónde ir, Kael, este es mi sitio. No logro entender lo que me sucede, pero si entiendo que no debo dejarte. Debo luchar —su voz se vio inmersa en la incertidumbre y la exasperación—; pero no sé cómo. No puedo... yo... no puedo hacerlo, estoy... totalmente imposibilitada.

Percibió un nudo en la garganta después de decir eso. Nunca había sentido esa urgencia por proteger a alguien desde la muerte de Lhyanne.

El pensamiento de perder a Kael la llenaba de una angustia y una urgencia que no podía ignorar. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Qué herramientas estaba usando el destino para llevarla hasta ese punto de quiebre?

Apretó los puños y se estremeció presa de un devenir de emociones que ya la alcanzaban. Y eso tal vez, era lo increíble. Porque siquiera lo conocía, apenas si habían cruzado unas cuantas palabras, con todo, había algo familiar en toda esta situación, algo que la dejaba cubierta de un incierto paradigma. Con Kael, la cuestión en sí misma, había cambiado, había tomado otro rumbo.

Con él, había encontrado una chispa de humanidad, algo que Zharok había intentado erradicar, pero que, sin embargo, todavía ardía dentro de ella. Una respuesta a su vida desolada y vacía. Una inquietante y profunda paz que contenía algo de réquiem y esperanza.

Recordó de nuevo a Lhyanne y al hecho de no haber podido hacer nada para salvarla. Eso la irritó, la llenó de vergüenza. Las lágrimas afluyeron sin que pudiera detenerlas. El fuego de su Prana cubrió su espalda mientras el rememorar recorría sus pensamientos.

Con esfuerzo, logró reponerse de ese agrio pasado que la perseguía. Su garganta estaba seca. Sus ojos se cubrieron de una intensa aseveración.

—No lo permitiré —dijo impresa en un furor que la hizo temblar—. No voy a dejarte, Kael. No insistas porque no lo haré. Veré de ayudarte para que podamos escapar.

Zharok, viendo la interacción entre ellos, dejó escapar una expresión de burla.

—¿De verdad crees que puedes salvarlo, Elora? ¿Crees que tienes el poder para desafiarme?

Elora advirtió cómo el *Augheos-Maná* ardía dentro de ella, alimentando los *Siete Elementos* que Zharok le había enseñado pero que no consentía que los usara. Sus ojos adquirieron un brillo cautivador. El enorme y temible sexto sello del *Parhameos* ya burbujeaba bajo la superficie.

Semejante revelación, producto quizá del desmembramiento de su lazo con el mago, surgió inconsciente y prodigioso. Pudo experimentar como una poderosa descarga eléctrica se centraba en su vértice al igual que deslumbrante destello de luz azulada.

No obstante, nada salía de ella. A su alrededor el aire estaba denso y todo movimiento que buscaba realizar, se volvía pesado y descontrolado. Se concentró en recitar el último ritual.

Fue imposible. Nada funcionaba. Gruesas gotas de sudor surgieron en su frente. Su cuerpo tembló y experimentó un cansancio fuera de lo común.

—¡¿Qué...?! ¿Por qué...?

—¡Jajajaja! —la risotada de Zharok, estalló en el emplazamiento—. ¿Crees que te puedes volcarte en mi contra, Elora? ¿Piensas que puedes usar mi poder en mi contra? Tonta ilusa. Siquiera dominas las *Siete Gemas del Crepúsculo Abierto*, como para que puedas reñir conmigo y mucho menos emplear todo cuanto has aprendido.

—¡Puerca inutilidad! —respondió ella, a la vez que retrocedía sintiéndose impotente.

«¡Cielos! Nada puedo hacer. Es desesperante.»

Observó sus manos y efectivamente, ni rastros de las flamas. Levantó los ojos y temió por Kael. Sin embargo, no supo si pedirle a Zharok que se detuviera o decirle a Kael que huyera y la abandonara allí mismo a su suerte.

Entretanto, el guardián batallaba con todo lo que tenía. Su espada destellaba en la oscuridad, cortando silbante a través de las sombras con una precisión letal y movimientos certeros; pero el agotamiento comenzaba a notarse. Cada golpe que lanzaba era más lento, más pesado, y las sombras seguían multiplicándose, empujándolo hacia el borde de su resistencia.

Acortó la distancia y arremetió enardecido. El aura de su espíritu se disparó, incrementando con ello, su fuerza de combate.

Iba y venía en círculos, girando sobre sus botas y manteniendo la oscilación de su Prana sobre la hoja. Atacaba, aprovechando al máximo el ímpetu y acometiendo de primera, sobre los esbirros que no dejaban de multiplicarse.

Y en ese preciso instante, se produjo un descuido, lo suficiente como para que se abriera una abertura de unos cuantos segundos.

— ¡Kael! —gritó Elora, pero antes de que éste pudiera reaccionar, una sombra especialmente grande y siniestra se deslizó detrás de él, lanzándose con pasmosa velocidad.

Para cuando ella arrojó un sortilegio para protegerlo. El bramido de Zharok llenó el aire justo cuando la criatura de sombras atravesaba las defensas de Kael.

Las afiladas garras se hundieron en su costado. El guardián soltó un gemido de dolor y su espada cayó de su mano mientras se tambaleaba hacia atrás. Su rostro se tornó pálido y sudoroso.

— ¡NOOO! —exclamó Elora.

Kael cayó de rodillas, su mirada se encontró con la de la joven hechicera.

—Lo siento... Elora...

Zharok rió de nuevo, su forma oscura creció y se enroscó como una serpiente mientras se acercaba más.

— ¿Ahora lo ves, Elora? No hay escapatoria. La muerte es todo lo que queda para aquellos que desafían mi poder.

Pero ella no lo escuchaba, el trastorno que le provocó la escena de Kael siendo herido de gravedad, generó en ella, un desesperado sentimiento en su corazón. La ira, el dolor, el odio... todo se mezclaba en una tormenta de emociones que la consumían desde adentro.

Zharok sostuvo que había ganado una vez más. Que había destruido lo último que unía a Elora con lo bueno y lo consagrado de su humanidad. Celebró el déspota el haber asesinado al guardián. Lo hizo satisfecho y con sorna. Pensó que Elora se dejaría caer abatida y que, por fin, podría poseerla para que pudiera liberar el antiguo poder antagonista de los Sublimes Inmortales de los Congregados.

Se equivocaba.

—No lo harás —murmuró, Elora, sintiendo el amargo efecto del momento. Su mente se apagó y dejó de funcionar en pensamientos permisivos. Su voz se convirtió en un eco distante de lo que alguna vez fue—. Ya no...; estoy harta de ti, de tus juegos, de tus arrecíos a mi mente y de... de ensuciarme con ideas que profanan mi integridad. No te dejaré que te lleves esta victoria. ¡Estoy harta de todo esto, majadero decrépito!

Con un desgarrador grito, dejó que las umbrías la invadieran por completo, pero esta vez, no eran las mismas tinieblas que Zharok había instilado en ella. No, lo siguiente fue una furia primitiva, un poder puro y destructivo que no se sometía a nadie, irresoluto e inevitable.

—*Es hora* —se dijo la misteriosa mujer que contemplaba fuera de lo evidente de la realidad de Elora. Al instante, maximizó su poder espiritual y con el depurado control mental que forjaba las cadenas de los mandatos que mantenían encerrado al *Parhameos*, proclamó las ordenes sobre los círculos del eje del poder destructivo del *Anhacrom*. Su silueta alcanzó un fulgor incandescente y entrelazó los meridianos de su Prana al de Elora sin que ésta lo percibiera.

La forma de Zharok se detuvo, mientras sentía una extraña y secreta mutación revelarse en Elora. Algo indefinido. Algo más se escondía en ella. Algo que todavía no había advertido, se colaba en la sujeción del Control de Elora. No entendió lo que pasaba. No supo comprender lo que ocurría.

— ¿Qué estás haciendo, Elora?

Una nota de incertidumbre se filtró en su voz.

Elora se fue incorporando lentamente, hasta que levantó las manos. Lo que ocurrió después, no se pudo medir con exactitud, si acaso minutos, si acaso segundos. El *Parhameos* que ya la rodeaba, estalló en una escalofriante explosión de poder negativo.

Del otro lado de esta dimensión. La joven sacerdotisa enclavijó los dientes y liberó el cuantioso poder de *Inder-Mishea.Borth*, la séptima estrella de Contención Boreal, y batalló por equilibrar la impresionante acción del sortilegio. El aura de Elora se elevó significativamente.

La mujer suspendida en los aires y con sus manos extendidas por delante, soportaba la increíble presión infernal del *Parhameos* que luchaba por desbordarse. Todo su cuerpo estaba impreso en una violácea llamarada que crepitaba con vehemencia. La brecha misma a través de la cual dejaba filtrar su Prana,

se sacudía herida como si estuviera soportando la presión de una energía residual descomunal.

La tierra tembló, los árboles se conmovieron violentamente, y las sombras que Zharok había convocado se disolvieron en el aire, consumidas por un fuego explosivo, un torrente violento de magma espectral que drenó todo el influjo maligno de las retorcidas figuras amorfas, hasta la última gota de resistencia oscura y maléfica.

Zharok, enfurecido, lanzó un contrataque de energía de plasma ardiente, directamente hacia Elora, pero ella lo desvió con un simple gesto de la mano. Su poder, ahora amplificado, superaba cualquier cosa que Zharok hubiera imaginado.

—No puedes derrotarme, Elora —espetó con un gesto indiferente y reprochable—. Eres parte de mí, siempre lo serás. Te tendré así deba reventar este estúpido mundo en el que habitas.

Elora, no le respondió, estaba impresa en las confluentes corrientes de su poder, sus ojos ardían con una flameante luz oscura de bordes plateados muy delgados que reflejaba el enojo y el dolor que padecía. De pronto, su silueta había crecido hasta rebasar los dos metros de altura. Sus labios buscaban destrabar los sellos del *Parhameos* en una invocación simultánea. Pero la joven mujer la resistía anulando cada declamar con potentes mandatos dichos en una lengua antigua. Elora advirtió el pesar que le provocaba el odioso atributo. Se detuvo y demandó cierres de ejes dimensionales. Su ira demandaba la manifestación del Parhameos y este ardía por verse plasmado en el reino de los mortales.

La joven sacerdotisa que evitaba la proclamación, se vio decidida a intervenir frente aquel evento.

— ¡VAMOS ELORA, ESTOY EVITANDO QUE ARDAS BAJO EL INFLUJO DE TU PROPIO SORTILEGIO!

La aludida creyó escuchar algo proveniente de alguna parte. Juntó las manos en actitud de oración y luego cerró los puños. Inmediatamente, proclamó el *Serhe-Matheusk*, el Décimo Arco Dimensional de quiebre de vórtices. Proclamó al siguiente, el tercer sello del Parhameos y su Maná creció hasta volverse de un azul brillante que la estremeció por dentro.

La sacerdotisa no lo dudó y quebró su propio sortilegio y encauzó parte de su propio poder para retener el equilibrio del espíritu de Elora, evitando con ello que los meridianos espirituales se rompieran. La acción mimetizó el sello y Elora pensó que la barrera se había roto y que nada la detenía para desatar el Parhameos. Y por unos instantes, la formidable invocación que dicha mujer había declamado, la llevó a estar casi al lado de Elora, aunque desapercibida para ésta.

La mujer la contempló de cerca.

—*No te imaginas lo grande que eres, amiga mía. Tu corazón adolorido y sufriente ha pasado por mucho. Pero ya es hora de que descanses. Es hora que una nueva etapa comience para ti. Estoy agradecida de haber sido enviada para acompañarte.*

Zharok retrocedió al ver la indescifrable visión plasmarse delante de él.

¿Quién es esa mujer que brilla con ese flamígero fuego azulado? ¿De dónde surgió? ¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

Intentó invocar más sombras, más poder, pero Elora no le dio tiempo. Con una exclamación, lanzó una ráfaga de pasmosos rayos rojizos y llameantes, directamente al centro de convergencia oscura de Zharok.

La explosión que siguió fue devastadora. Los árboles y las rocas se pulverizaron al instante, frente a ese remolino de fuego eléctrico que se levantó sobre el paraje.

Zharok gritó enfurecido, arraigado a la furia; gritó y bramó insolente y despectivo. Su forma se desintegró bajo el contundente ataque de Elora. Las sombras que una vez lo rodearon se dispersaron, y hasta la voz, que siempre había sido una constante en su mente, comenzó a desvanecerse.

—Esto... no... ha terminado... —fueron las últimas palabras de Zharok antes de desaparecer en la oscuridad.

Elora cayó sobre un arbusto, su cuerpo temblaba mientras el poder que había desatado comenzaba a disiparse lentamente. El silencio volvió al bosque; un silencio que solo servía para subrayar la pérdida que acababa de sufrir. La joven mujer posó su mano sobre ella y desapareció. Elora creyó haber sentido algo y se volvió para ver. No había nadie.

En el borde de su dimensión, la sibila cuya intervención había logrado neutralizar cada uno de los sellos del Parhameos, se desplomó de rodillas. Transpirada, gimiente, ardía bajo el peso de una gran oleada térmica. Cerró los ojos y elevó el ritual de su espíritu hasta cerrar el vórtice. Las olas calcinantes la dejaron con vapores que ascendían. Su cuerpo permaneció humeante. Apretó los puños y levantó la mirada. En el confín del reino espiritual de Elora, la intensa flama del peor de los sortilegios se hallaba contenida. Gruesas gotas de sudor caían por la frente. Todos sus cabellos se hallaban empapados. Aspiró profundamente y confirmó casi en susurros.

—*Ahora dependerá de ti, Elora.*

La mencionada hechicera, conmocionada en su alma, se volvió hacia el caído guardián. En el sitio donde antes se había

librado la violenta batalla, ahora todo se veía devastado, consumido de raíz. La mayoría de los árboles, arbustos y otros rastros de la vegetación se encontraban inclinados hasta rozar el suelo, como si una espantosa fuerza de proporciones inimaginables hubiera colisionado allí mismo y los hubiera dejado en esa posición. Cráteres de todos los tamaños se esparcían por todo el sitio.

—Kael...

Se dirigió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Lo siento, Kael. Lo siento tanto... No quería que esto terminara así.

El guardián abrió los ojos, y sus labios se curvaron en una débil sonrisa.

—No... no es tu culpa, Elora —dijo con dificultad—. No dejes... que la muerte de tu hermana sea en vano. Sigue adelante... lucha por lo que es... correcto. Mi viaje termina aquí; he hecho lo que se... me ha pedido. Sin embargo... debo decirte... una última cosa... —Elora asentía sin saber que hacer—. Fue tu hermana, Lhyanne, quien oró pidiendo porque fueras salvada y liberada de las garras de ese...tenebroso hechicero. Y me alegra... saber que... yo he sido el instrumento y la respuesta de esa oración...

El rostro de Elora, cubierto de tierra y transpiración, dejó escapar una expresión atónita al tiempo que abría la boca admirada de las palabras que acababa de escuchar. Sus manos le temblaron y el estremecimiento recorrió su cuerpo. Todo sabía amargo, doloroso y triste.

Experimentó una desesperación que la invadía de los pies a la cabeza. Había perdido tanto, y ahora Kael, la persona que el Cielo había escogido para comunicarle un mensaje de parte

de su hermana, mostrarle que no todo estaba perdido, que aún quedaba algo de humanidad en ella y que todavía había tiempo para redimirse de sus pecados, estaba muriendo allí mismo.

—No puedo hacer esto sola, Kael —suplicó, llena de dolor y de abatimiento—. Por favor, necesito tu ayuda...

Kael levantó una mano temblorosa, tocando la mejilla de Elora.

—Nunca... estarás sola, Elora —susurró con una calidez que la atravesó como una daga—. Tu hermana siempre estará... contigo...

Con esas últimas palabras, Kael exhaló su último aliento. Elora lo sostuvo por unos momentos; su cuerpo se agitaba mientras el desconsuelo la envolvía con sus ajados brazos. Zharok había sido destruido, pero la victoria sabía a cenizas. Había perdido a Kael, así como aquella vez perdiera a Lhyanne.

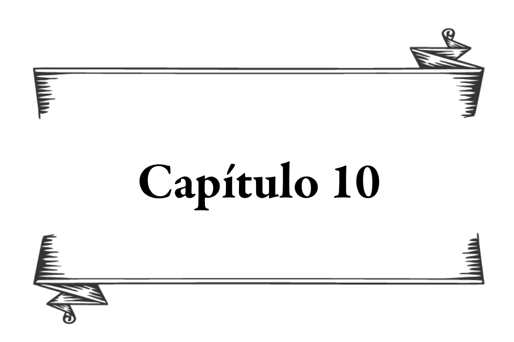
Su desgarrador grito se mezcló con el Prana de su espíritu y el Control todavía latente en ella, cortó el tiempo y el espacio y se adentró a los corredores de hileras de mundos diferentes. A tal punto que, las uniones espirituales que convergían con otras dimensiones, percibieron el lazo sanguíneo de la hechicera que rompía en llantos en ese lado de la creación.

Muchos lo atribuyeron a una señal de otros tiempos, algunos simplemente dijeron que fue el viento. Solo un grupo de mujeres sacerdotisas de una Orden consagrada al bien y a la rectitud, sintieron la fuerza del angustioso duelo que, en esos momentos, una joven de apenas veinticinco años liberaba sobre los amplios firmamentos. Todas en el enorme templo fueron protagonistas de un alud de emociones tan gigantescas que paralizaba el corazón.

Las líderes de la organización, que ya habían interpretado los designios sobresalientes de esa desconocida hechicera, la responsable de ese atronador poder que y por unos momentos, se asemejó a un poderoso estruendo que sacudió los cimientos de todos los sitiales y reinos circundantes, enviaron por ella. Era crucial que la encontraran.

Ahora, otras emociones como la tristeza, el abandono y la soledad... todo se arremolinaba dentro de Elora. Y en el centro de ese flagelado torbellino de emociones, una nueva chispa comenzaba a arder. Una chispa de voluntad propia.

Cerró los ojos, observando el cuerpo inerte de Kael. La oscuridad que Zharok había dejado en su interior seguía allí, pero ya no la controlaba. Ahora, era ella quien manipulaba esa mancha oscura y borrosa.



Capítulo 10

Luego de sepultar a Kael, de la misma forma que lo hizo con su hermana, caminó durante días sin rumbo, guiada solo por la tristeza que la embargaba y el rencor que ardía en su corazón.

El mundo a su alrededor se desdibujaba, convirtiéndose en un paisaje de sombras y recuerdos desvanecidos, inherentes y sin senderos que la condujeran a alguna parte.

La muerte de su hermana pesaba en su mente como una losa, y cada paso que daba la llevaba más profundamente a una desesperación que amenazaba con devorarla por completo.

El camino la condujo hasta una cueva oculta en lo más profundo de las montañas, un lugar donde la luz apenas penetraba y el silencio era absoluto. La gruta, oscura y húmeda, parecía un reflejo de su propio estado interior, un santuario sombrío donde podía entregarse a la aflicción que la atormentaba.

Con sus últimas fuerzas, se adentró en la caverna. Al encontrar un rincón en el que refugiarse, se dejó caer al suelo, su cuerpo estaba exhausto y su alma sin sentido para experimentar el sabor de la vida.

El poder negro que Zharok había cultivado en ella seguía palpitando en su interior, una presencia constante que se nega-

ba a abandonarla. Pero ahora, esa oscuridad se sentía ausente, hueca, un recordatorio constante de todo lo que había perdido.

Las lágrimas comenzaron a caer, al principio gradualmente, luego en torrentes incontenibles. Lloró por un sentimiento de amor extinguido hace ya mucho, también lloró por Lhyanne y por la vida que le había sido arrebatada por la fuerza. Lloró hasta que su cuerpo perdió las fuerzas, hasta que su garganta quedó seca y sus ojos no pudieron producir más lágrimas. La cueva resonaba con sus sollozos, un eco de dolor que rebotaba en las paredes como un lamento eterno.

— ¿Por qué? ¿Por qué todo tuvo que terminar así? ¿Por qué tuvieron que quitármelo todo? ¿Qué clase de pecado cometí para que me transgredieran y me humillaran hasta más no poder?

El silencio de la cueva era implacable, la presencia de Zharok había desaparecido, pero la infatigable maldad dentro de ella, seguía ahí, persistente, insidiosa, como un veneno filtrado en su alma. La exasperaba el estado actual.

—No puedo seguir así. No quiero seguir así.

El Anhacrom se agitó en su alma como si respondiera a sus palabras, pero lo hizo resistiéndose a la idea de ser rechazado.

Poco a poco fue evaluando su situación. Recordó las palabras de Kael, la insistencia de su hermana y hasta la misteriosa voz que la persuadía a devolverse de sus malas acciones. Se le antojó que el destino puede que tuviera algo mejor para ella. Su agitada respiración, la sofocó. Sufría de una palpitar incontrolable. No podía hacer nada al respecto, excepto calmarse.

Sus ojos vieron hacia la penumbra de la puerta de entrada. Pensó en su juventud, en su hermana, en las locas ideas que tenían respecto al porvenir; también en las discusiones y hasta

el momento en el que fue atrapada por los brazos del amor. Conoció el amor. Se dejó vencer por él. No opuso resistencia. Ignoró todo cuanto decían en su contra. Supuso que podría salir adelante. No fue de ese modo. La traicionaron. Vendieron su libertad y confabularon para que fuese desterrada. Padeció mil horrores. Tormentos impensables. Pero sobrevivió. Sobrevivió.

Su respiración se normalizó. El cansancio fue cayendo sobre ella como una llovizna ligera que la adormecía.

No podía dejarse arrastrar por las demencias de unos pocos. Había sufrido a manos de otros, sí. Indudablemente que fue así, pero eso no dictaminaba que su futuro fuera dominado por otros.

Kael le había mostrado que aún tenía elección, que no estaba completamente perdida en las sombras.

—Zharok —dijo en un tono de resolución—. Voy a liberarme de ti, de esta maldición que me dejaste, de esta llaga que me ha estado consumiendo como si fuese a podrirme por dentro.

El Anhacrom dentro de ella pareció enfurecerse ante su desafío, como un animal atrapado que luchaba por liberarse.

Acusó un dolor agudo en su pecho, como si un garfio ardiente se clavara en su corazón, pero no retrocedió en su determinación.

Se arrodilló en el suelo de la cueva, cerró los ojos y se concentró en la chispa de luz que aún le quedaba en su interior; aquella que, con síntomas de amistad y bondad, Kael se encargó de sembrar de parte de su hermana.

—No me controlarás más —dijo furiosa—. Voy a arrancarte de raíz, aunque me cueste la vida. Te quitaré de los lienzos de

mi alma y secaré tu energía como una rama seca se deshace en el fuego.

La batalla comenzó dentro de ella, una lucha interna que rápidamente se volvió física, inenarrable, sometida a una condición infernal. Sintió cómo el fragmento de la oscuridad, se retorcía y la desgarraba en su interior, intentando aferrarse a cualquier cosa, cualquier pedazo de odio o resentimiento que pudiera encontrar. La oscuridad creció, buscando atraparla. Una niebla negra se materializó en su mente para atormentarla, un caos sombrío que no se dejaría arrancar sin pelear.

Exclamó con fuerzas, mientras el dolor se intensificaba en su interior, sus manos se enterraron el suelo de la cueva con tanta fuerza que sus uñas se rompieron. Sangre y sudor se mezclaban en su piel mientras luchaba contra el agresivo Control que había sido parte de ella durante tanto tiempo.

El Dumaitrhio Oscuro, antes una fuente de poder, ahora se había convertido en su mayor enemigo, un parásito que se aferraba a su espíritu con una ira insaciable.

— ¡Sal de mí! —gritó y su voz reverberó en las paredes de la cueva—. ¡No te pertenezco, Zharok! ¡No pertenezco a la oscuridad! Soy luz y soy vida. Soy el alma errante de mil conflictos y la ciénega seca donde mi corazón ha sido horadado. Soy mi vida, la respuesta de mi hermana y la personificación misma del arrepentimiento colectivo de aquellos que arrebaté con mis propias manos y por quienes hoy, me desangro para no ser la víctima de mi propio destino de condenación. ¡SAAAL DE MIIII! ¡SAAALLL AHORAAAA!

Repentinamente, la niebla negra que la envolvía tanto adentro como afuera, se solidificó, tomando forma a su alrededor y manifestándose como una entidad deforme, un estado de-

sesperante y sombrío que reflejaba la peor versión de sí misma. La figura, hecha de sombras y sangre, la miró con ojos vacíos, llenos de odio y rencor.

—*Eres mía* —susurró—. *No puedes escapar de lo que eres. No puedes escapar de mí.*

Pudo experimentar cómo dicha penumbra la apretaba, como si intentara aplastar la luz que aún quedaba en su interior. Pero en lugar de rendirse, reunió toda la fuerza que le quedaba, todo el amor que había sentido por Lhyanne, y lo convirtió en un arma.

—No soy tuya. Nunca lo fui. Y ahora mismo, voy a destruirte.

Con un estremecedor clamor, activó la transferencia de su Prana y llamó a la materialización de la *Contención Boreal* en el mundo físico. Una bola de fuego oscura y azulada se conformó en este plano sobre las palmas de sus manos.

Oró con fuerzas pidiendo la ayuda del Cielo para romper todos los mandatos. Los Sellos alcanzados por las declamaciones se fueron uniendo hasta convertirse en uno solo, con el poder suficiente para destruir todo un vasto territorio. Fue entonces cuando convocó la *Sublime Oración Intercesora de Confluencia Mágica*, por medio de la cual, llenó de luz, lo que había guardado en su interior.

De inmediato, una explosión de energía pura, atravesó la oscuridad que la rodeaba. La cueva se iluminó con una luminiscencia cegadora mientras la figura sombría que la acosaba se despedazaba y gritaba, desintegrándose bajo la presión de la voluntad de Elora y de su Prana depurado con la más mortífera de todas las esencias: *El Augheus-Pharameos*, la antítesis del Parhameos propiamente dicho.

La batalla fue brutal, sangrienta, un enfrentamiento de voluntades donde cada segundo se sentía como una eternidad. Las tinieblas intentaban desgarrarla, deshacerla desde dentro, pero no cedió.

Golpe tras golpe, destrozó la forma sombría, arrancando cada fragmento de poder oscuro que había en ella.

Hasta que, por fin, con un último clamor de esfuerzo, destruyó lo que quedaba de la espectral figura y el control que esta ejercía sobre ella. Su voz continuó recitando los antiguos versos de protección que alguna vez aprendiera en su aldea y de la mano de una sacerdotisa.

Pronto, la cueva quedó sumergida en la quietud. Y lentamente, El Anhacrom fue disolviéndose, dejando a su portadora, arrodillada en el suelo, cubierta de sangre y sudor, temblando de agotamiento.

Su respiración era errática, cada inhalación un esfuerzo monumental. El cuerpo le dolía, los músculos le ardían y su visión se nublaba, pero había logrado lo que se había propuesto. La oscuridad que había sido su maldición, que había atenazado su alma, ya no existía. Lo supo, lo comprendió y eso produjo una extraordinaria paz en su vida.

Cayó de espaldas, con su cuerpo humeante, exhausto y tembloroso. El aire frío de la cueva acariciaba su piel caliente, pero no tenía fuerzas ni para moverse. Sabía que estaba al borde de la muerte, que su organismo ya no podría soportar más tensión, pero no sentía miedo. Había enfrentado a la maldad, había ganado y eso era suficiente.

Su visión ya se oscurecía, cuando un último pensamiento cruzó su mente.

Lhyanne.

—Yo...lo conseguí, Anne, lo hice; finalmente me desembaracé de ese oscuro pacto. La venganza y el odio... han terminado para mí. Puede que... muy pronto me reúna contigo... Yo... estoy... estoy tan cansada... tan...

Supo que este podría ser su final, aun así, sentía una paz íntima en su interior. Una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la nubosidad de la inconsciencia. Ignoraba si despertaría de nuevo, pero no le importaba. Había hecho lo que debía hacer. Había derrotado al mal que

la transgredía, y ahora, lo que fuera que viniera después, tal vez resultara mucho más satisfactorio.

«No sé si me oyes, pero te ruego que... me perdones Tú que lo ves todo. Tú que habitas en lo alto de tu morada celestial. Perdóname... por favor. He hecho tantas cosas malas, que tendría sentido si no me perdonaras, sin embargo... confío que pueda lograr piedad de tu parte, para esta renegada hechicera... a partir de hoy, mi corazón es tuyo.»

A punto de abandonarse a la cerrazón de un sueño profundo. Escuchó pasos que se acercaban hacia donde se encontraba. Enseguida oyó voces de mujeres. No quiso abrir los ojos, estaba muy cansada, deseaba dormir y dormir. Curiosamente no advirtió peligro alguno. Sus agudos instintos le indicaron que no existía amenaza alguna. Pensó que, tal vez, serían aldeanas atraídas por la sórdida batalla espiritual y física que se desató sobre la zona.

—¡Es ella! —dijo una.

—Lo es, sí, sí.

—Finalmente la hemos encontrado.

—Querida, cuánto has sufrido.

—Pobrecilla, no quiero imaginar el dolor que pudieras haber atravesado.

Decidió abrir los ojos. La curiosidad pudo más. Debilitada en sumo grado, parpadeó frente a las antorchas que la rodeaban. Una muchacha de su edad la cubría con una manta, mientras otra le alzaba la cabeza para que pudiera beber un poco de agua. Agradecida, bebió varios sorbos antes de preguntar quiénes eran.

—Soy Celina —dijo una con aire de ser la líder del grupo.

—Y yo, Samantha —expresó una cordial mujer de mirada aguda, inteligente y gentil.

—Somos *Las Juhylians*, sacerdotisas de nuestra Orden, y hemos escuchado tus reclamos en los cielos de nuestra nación que, y por fortuna, se encuentran en este mismo territorio. Hemos venido por ti. Tu trance nos alcanzó al igual que el poder que este conllevaba. Por eso estamos aquí.

—No entiendo mucho de lo que... acaban de decir, pero...

—Tranquilízate, somos amigas de Kael, quien, bueno... lo fue y...

— ¿Conocían a Kael?

—Oh, sí, un Guardían protector como ninguno. Sabíamos de su misión, pero no de lo que se trataba en sí. Ahora lo entendemos. Bendito, Kael, nos dejó a todas dolidas y tristes; pero... tú, eres lo que importa ahora. Vendrás con nosotras, eso sí lo quieres. ¿Quieres venir?

Elora suspiró, estaba agotada hasta de hablar y pensar. Supuso que sería lo mejor dejarse llevar. Después de todo, no solo conocían a Kael, sino que ella no tenía a nadie más. Un paso de fe, pensó.

«Si Lhyanne estuviera aquí, me diría que acepte y que después pregunte. Bendita hermana mía...»

Asintió con lágrimas en sus ojos.

— ¡Perfecto! —dijo una joven mucho menor que ella—. Te cuidaremos y veremos que estés bien. ¿Cómo te llamas?

—El... Lhyanne, ese es mi nombre

—Lhyanne, bonito nombre, me gusta. Bueno, Lhyanne, déjame que te ayude para que podamos irnos.

Samantha, se acercó y observó con detenimiento sus ojos decaídos y agotados. Estuvo por unos momentos fijando su mirada en ellos.

Entonces.

—Sí, no queda rastro de ese vil manipulador. Ignoro como lo has podido derrotar. Su magia sepulcral y malvada habría enloquecido a cualquiera. Afortunadamente, no pudo contigo. Y habrás de saber que, todo esto, conformaba un siniestro plan de liberar cierto mal sobre la tierra. Gracias al Cielo, no pudo concretarlo, al menos contigo... aunque me temo que...

—Samantha —dijo Celina interrumpiendo—, es suficiente, debemos dejarla descansar y regresar.

—Tienes razón, ¿qué harás con este lugar?

—Qué Malsie y Britt, lo echen todo abajo. No quiero que nada quede en pie. Todo, y si es necesario el bosque entero, incéndienlo también.

A bordo de un carromato bien diseñado y reforzado; la indómita hechicera abandonaba la gruta. Echó un último vistazo a la cueva y suspiró. No quiso pensar en ninguna otra cosa. Necesitaba olvidarlo todo, excepto a su hermana. Poco después, su conciencia se volvió liviana, se recostó sobre el lado de la ventana, cerró los ojos y bendijo al sueño que se abatía sobre ella.

— ¿Se lo diremos? —inquirió Samantha a Celina que cabalgaban una al lado de la otra.

—Eventualmente... eventualmente lo haremos; por el momento, nuestra prioridad es ella. Todas sentimos el terrible poder que manaba de su Prana. No imagino el sufrimiento al que debió se expuesta para lograr, romper tres de los *Candados de Bronce*... No lo sé... pero sería muy beneficioso para nuestra Orden si logramos encausar su naturaleza bestial, lo cual será todo un desafío.

— ¿Te refieres al *Parhameos?*

—Nadie ha podido lograr jamás dominar la sexta esencia de todo su poder. Y lo que llegamos a sentir en esa hora, fue un despliegue infernal de poder que recorrió mundos enteros. ¿Puedes imaginarlo? Esa muchacha fue capaz de atravesar los ejes existenciales de tierras totalmente desconocidas. Santo cielo, ¿de qué está hecha?

—Sí, recuerdo que antes que Zharok escapara de *Los siete encierros*, había naciones de nosotras. Inspirábamos respeto y justicia. Pero cuando *Los Congregados*, atacaron a muchas de las nuestras; todos nuestros hogares fueron incendiados y nuestras hermanas asesinadas. Todo nuestro horizonte de fe y esperanza ardió bajo el fuego del *Parhameos,* y eso... que solo fue una décima parte de su poder. Quizá por eso logramos resistir, quizá por eso, logramos atraparlo en las mazmorras de *Los Ghliores*. Claro

que yo no estaba ni tú, y solo son historias que nos han narrado. ¿Qué has podido ver en sus ojos?

—Una mente cautiva de dolores y humillaciones como no te puedes siquiera imaginar, y un alma rota en muchas partes. Despedazada, diría.

—Esclavitud y muerte, típico de Edran, esa malnacida escoria, solo ha sembrado de terror los campos de estas regiones. ¿Dime? ¿Por qué jamás hemos podido intervenir? Estoy cansada de entrenar, orar, entrenar, dormir, orar y de nuevo el ciclo ininterrumpido. ¿Somos monjas acaso?

—*Las Diez Primeras,* no nos dicen mucho.

— ¿Crees que esto podría llegar a cambiar su forma de pensar?

—No lo sé, pero ya no podemos permanecer neutrales frente a este tipo de fatalidades.

—Opino lo mismo, porque hasta donde sé, no solo somos sacerdotisas de la Luz y de la Verdad, sino también guerreras entrenadas. Es hora de que el mundo nos conozca. Moriremos de viejas si continuamos de esa forma.

Celina rió a causa de la ocurrencia de su hermana. Se quitó el yelmo, y cruzó la pierna por encima de su silla de montar. Rebuscó en su alforja y extrajo un par de manzanas.

—Como sea el caso —dijo compartiendo una fruta con su molesta compañera—; si ella accede a formar parte de nuestra Orden, finalmente podremos alinearnos con los primeros designios de la Promesa y nuestra Orden sería restaurada en su totalidad. Por supuesto, primero ella deberá ser restaurada. Debemos restaurar su alma adolorida. Solo el Cielo sabe cuánto ha sufrido y padecido por causa de la maldad de otros.

—¿Y a los que devastó sin piedad? ¿Todos esos niños, todas esas mujeres, familias enteras arrasadas por el odio almacenado en su corazón?

—¿Crees que merece recibir una sentencia de muerte por sus acciones?

—¿Sentencia? No, ¿juicio? No lo sé, pero su pecado ha sido enorme y pesado desde donde se lo vea.

—No cabe duda que lo es, y eso es algo que debe ser corregido; pero... ¿Quiénes somos nosotros para juzgarla o anticipar algún tipo de veredicto, cuando ella no tuvo la menor oportunidad de decidir? Vejada, manipulada, torturada, violada, ¿piensas que un alma así pueda permanecer de pie y con la integridad intacta, viviendo todos esos años de esclavitud, sorbiendo el caldo de la maldad cada día como si no hubiese un mañana?

—No... no lo creo.

—¡Por supuesto que no! Esa niña ha sido tratada como un perro, poco menos que un trapo de piso. Condicionada a satisfacer las demandas de todos esos sucios políticos indiferentes a todo. Fue el mundo la que la arrastró a todo esto. Jamás conoció la misericordia, el perdón o el amor. Diez años en las mazmorras de Edran, son capaces de perder a cualquiera. Cuesta creer que mantuvo su cordura, lo suficiente como para darse cuenta en el último minuto que podía remediarlo —pausa—. Como sea, habrá que ver cómo reacciona al proceso de restauración y hasta donde está dispuesta a colaborar con nosotras. Sin embargo... algo no encaja en el proceso de los acontecimientos.

—¿A qué te refieres con eso?

—Ella por sí sola, no pudo ni podría jamás, detener el influjo paranoico y destructivo del *Parhameos.* No, hermana, sospe-

cho que alguien más la ayudó a controlarlo. Es decir, es demencial de solo pensarlo. Estamos hablando de nada menos que un *Sello de Primer Orden*. Solo un celestial podría con él, y hasta donde sabemos ella no lo es. La energía del Prana que se libera en esos oscuros corredores del Anhacrom es sencillamente bestial, terrorífica y muy destructiva.

—Mm... entonces tenemos otro jugador que decidió mantenerse oculto.

—No sé si verlo de ese modo. Tampoco estoy ciento por ciento segura, simplemente digo que la fuerza de arrastre de ese poder, es demasiado, incluso para cualquiera de nosotras.

El galope de varios jinetes viniendo hacia ellas, las interrumpió.

—Son las exploradoras —dijo Samantha.

Celina se adelantó a recibirlas. Luego de un breve intercambio de palabras, la mirada de Celina se mudó de expresión. Samantha se le acercó para saber de qué se trataba.

— ¡Oh, mi querida hermana! ¡Los milagros sí existen!

— ¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Vamos, dejemos que las nodrizas transporten a Lhyanne, tú y yo debemos verificar algo primero.

Samantha enarcó las cejas y prefirió no preguntar nada más. El día despuntaba en sus perspectivas sobre la creación. Detrás del grupo, el formidable estruendo de rocas haciéndose pedazos y muros siendo derribados fue el epígrafe para una historia de dolor y agria amargura.

Eli Key´2024

Did you love *Regiones Encadenadas*? Then you should read *Alyséth: Crónicas de Magia y Guerra*[1] by Eli Key!



[2]

En un mundo fracturado por la guerra y la magia, **Alyséth**, una madre soltera de espíritu indomable, se ve obligada a comandar legiones en cruentas batallas. Su propósito es esclarecer la misteriosa desaparición de sus más leales compañeras, mujeres con quienes ha forjado inquebrantables lazos de hermandad en el fragor del combate. Sin embargo, mientras avanza en su búsqueda, descubre una conspiración oscura que amenaza con desmoronar los reinos de los hombres y sumir la tierra en el caos.

---

1. https://books2read.com/u/mgnBA6
2. https://books2read.com/u/mgnBA6

A medida que atraviesa territorios devastados y antiguos bastiones olvidados, Alyséth se enfrenta a horrores salidos de las pesadillas: criaturas mitológicas, enemigos despiadados y fuerzas sobrenaturales que desafían su resistencia. Sus pasos la conducen hacia reencuentros inesperados, obligándola a revivir recuerdos de un pasado marcado por la pérdida y la traición. Entre intrigas palaciegas, magia prohibida y revelaciones impactantes, cada decisión la acerca a un destino irreversible, donde la línea entre la vida y la muerte se vuelve difusa.

En esta epopeya de **fantasía épica**, donde la valentía y la astucia son tan letales como la espada, Alyséth lidera una lucha que trasciende lo personal, enfrentando fuerzas ancestrales que buscan doblegar su voluntad. Con una narrativa poderosa, cargada de acción, misterio y un romance que desafía el destino, **Alyséth** es una historia sobre la fortaleza femenina, la lealtad y el sacrificio, en un universo donde la magia y la guerra se entrelazan en un duelo eterno.

About the Author

Eli Key, de 22 años; oriunda de Gualeguaychú. Provincia de Entre Ríos, Argentina, es estudiante de marketing y trabaja como niñera para poder pagarse sus estudios. A partir de los doce años comenzó a escribir, y no fue hasta que leyó a Charlotte Brontë ya sus hermanas Anne y Emily, que comenzó a interesarse seriamente en la literatura. Después de conocer a Emily Dickinson; Richard Bach; Patrick Leigh Fermor; Megan Mayhew Bergman y Joan Didion, entre otros; se decidió a incursionar en ideas más decentes y prolijas, relativo a la narrativa y a las prolijidades de los textos. A partir de los dieciocho años, se arrojó de lleno a escribir todo cuanto pudiera salir de su pluma. Después de probar en varias plataformas digitales y de explorar los blogs, se decidió autopublicar en Draft2 Digital. Y mientras el país donde vive se debate en un mar de angustias y déficit económico; ella se esfuerza cuanto puede para depurar sus obras. *La vida no es fácil, se hace lo que se puede con lo que se tiene, pero al final de una tormenta siempre sale el sol;* es lo que dice siempre.